AÑO VII ENERO DE 1913 NÚM. 45

# NOSOTROS

## LA OBRA DE RODÓ (1)

Género de *heroísmo,* en el ya clásico sentido que fijó Carlyle para la palabra, es la labor del grande hombre de letras, y no sólo la del que atrae a la multitud con los prestigios de la palabra hablada, — poesía, discursos, cátedra, — sino también la del que influye con sus libros, con su *alma escrita,* — sin que para ejercer su ministerio haya de abandonar el retiro donde florecen sus inspiraciones. El libro, como elemento característico de acción en la sociedad, como elemento aislado, sin directo apoyo en la fuerza personal de la voz y del ejemplo vivientes, no es antiguo en la civilización; y sin embargo, en todas partes se le ve ya influir. Libros constructores y libros destructores; libros que imprimen su sello a una época, a un pueblo, a grandes grupos de humanidad, todos los recordamos: la *Divina Comedia* y *El Príncipe,* el *Contrato Social* y la *Enciclopedia,* y, menos populares pero no menos poderosos, las *Críticas* de Kant y *El origen del hombre,* de Darwin.

No es en nuestras sociedades hispanoamericanas, adaptadas sólo a medias a la civilización europea, donde la labor intelectual,

(1) De *Mes Literario,* Coro (Venezuela).

donde el libro, pueden revelar plenamente su eficacia. Y con todo, la formación, inconclusa todavía, del núcleo de nuestras tendencias directoras, del espíritu de nuestros pueblos, ha exigido siempre, y ha encontrado a veces, hombres de pensamiento a la vez que hombres de acción: más aún, cabe afirmar que buena parte de ese espíritu se ha formado con libros.

Y si bien una larga experiencia dolorosa nos demuestra cuánto es ilusorio creer que los pueblos producen siempre el *héroe* que necesitan, porque a menudo, aunque los tiempos lo pidan, la entraña social es estéril para darlo, no en toda ocasión nos han faltado maestros, educadores, formadores de razón y de conciencia moral.

Apenas consumada la independencia de América, aparece Andrés Bello, tipo de selección, hombre sabio y hombre justo, que piensa y canta, legisla y educa, "comparable en algún modo, — dice Menéndez y Pelayo, — con aquellos patriarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, a la vez filósofos y poetas, atrayendo a los hombres con el halago de la armonía para reducirlos a cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley".

Otros vienen después, y son: Sarmiento, espíritu original, ardoroso y rebelde, de aquilina mirada profética: Luz y Caballero, todo pensamiento y persuasión; Juan Montalvo, alma castizamente castellana, turbulento defensor de ideales más sentidos que pensados; Ignacio Ramírez, audaz y brillante, con los rebuscados gustos de un alejandrino y las implacables ironías de un estoico; Barreda, rectilíneo, macizo, certero en sus propósitos; Hostos, místico intelectualista, embriagado de razón y moral, sin mancha en la vida y sin desmayos en la obra.

No vacilemos ya en nombrar a José Enrique Rodó entre los maestros de América. Rodó es el maestro que educa con sus libros, el primero, quizás, que entre nosotros influye con sólo la palabra escrita. No a todos será fácil, sin duda, conocer la extensión de esa influencia; pero quien observe la descubrirá, a poco ahondar, esparcida por donde quiera: los partidarios de *Ariel,* los futuros secuaces de *Proteo,* son multitud que crece cada día. Hecho singular si se considera que los libros de Rodó son de difícil acceso en la mayor parte de América; explicable, en cambio, por la virtud sugestiva de ellos, que a todos sus admiradores nos convierte en propagandistas.

Esa virtud sugestiva, virtud de persuasión, don de maestro, habría podido, quizás, bastar a hacernos presentir en los primeros trabajos de Rodó, puramente literarios, su actual personalidad de pensador, de director de espíritus. La incitación que lleva a los lectores de Rodó a propagar sus ideas se explica con relación a su primer artículo famoso, intitulado *El que vendrá* (1897), por el interés mismo, interés dramático, cabe decir, del asunto: el problema de cómo será la personalidad del futuro dominador literario, la figura que haya de aparecer, en días próximos, a orientar las ideas y las formas hacia rumbos nuevos. Allí, al profundo estudio psicológico del ambiente literario en los últimos tiempos se unen la creación imaginativa, la curiosidad del hombre a quien interesa la vida, el delicado gusto del humanista que se complace en observar combinaciones y transformaciones de elementos intelectuales; y sobre todo, el entusiasmo del espíritu joven, entusiasmo que hace pensar, como en su modelo, en la *atenta avidez,* característica, según Walter Pater, de la maravillosa juventud de Goethe.

Pero la virtud sugestiva, comunicativa, de la obra de Rodó, persiste en sus estudios de crítica pura, que a primera vista se diría debieran atraer sólo a los que tienen aficiones críticas. Hay en ellos el mismo sentido humano, que, aparte de las cualidades de saber y de estilo, los hace amables para todo gusto educado. Así, apenas hay estudio literario escrito en América en los últimos quince años que sea tan conocido como lo es el *Rubén Darío* de Rodó (1898), conocido aún de aquellos que ignoran el nombre de su autor, suprimido, por impericia de una casa editorial (aunque el error se corrigió después, afortunadamente) en la primera reimpresión europea de *Prosas Profanas.* En este juicio sobre Darío, realización crítica excelente, perfecta a ratos, el escritor uruguayo se da a vagar, con juvenil desenfado, a través de cuantos problemas, de cuantas evocaciones hacen surgir la poesía. Diréis que promete juzgar a Darío, y sólo juzga de *Prosas Profanas;* diréis que empieza comentando largamente los primeros poemas y acaba saltando por sobre los últimos. Pero no os engañen esas apariencias de *impresionismo:* el estudio, a la verdad, no versa sino sobre *Prosas Profanas;* pero no se dirá mucho más, ni nada mejor, sobre ese florilegio, aisladamente considerado. Todo el estudio está hecho como con desgano de la síntesis (la síntesis, no el análisis, debe ser el fin supremo del crítico); pero la síntesis

va formándose a través de las largas páginas de divagación estética. Y ¿quién no ve surgir, a la postre, la figura completa del Rubén Darío de *Prosas Profanas,* aristocrático, enemigo de la muchedumbre, indiferente a las cuestiones sociales, esquivo a todo *naturalismo* de la emoción, sutilizador del sentimiento, adorador de brillante apariencia; ansioso de novedades exquisitas, *curioso mercadante* del verso? Poeta y crítico se corresponden: a la transitoria actitud de refinada artificialidad del poeta (debajo de la cual, empero, latía un corazón) corresponde el complaciente *dilettantismo* del crítico. Sino que, poco después, uno y otro, habían de dirigir su atención hacia nuevos motivos, hacia aspectos graves, cuestiones hondas de la vida individual y también de la vida social.

La obra inmediatamente posterior de José Enrique Rodó es *Ariel* (1899). La vocación del maestro se define ya aquí: la forma misma es de discurso dirigido por un maestro a sus discípulos. Junto a la estatua simbólica del *Ariel* de Shakespeare, *Próspero* habla a la juventud hispanoamericana. Y habla de cómo ha de atenderse a la formación y al desarrollo de la personalidad, dándole a la vez carácter individual y amplitud humana; cómo debe existir, en quien aspire a llamarse selecto, el jardín interior, la meditación íntima que da la clave del ser; cómo el sentido de la belleza, el *entendimiento de hermosura,* posee eficacia única para ayudar a la justa comprensión de las cosas y a la práctica segura del mundo; como la fe en nosotros mismos, y "las prendas del espíritu joven, el entusiasmo y la esperanza", son necesarias en toda empresa trascendental; y cómo, por último, nuestros pueblos hispanoamericanos no deben buscar fuera de sí propios el ideal de su vida. *Próspero* hace dura crítica de la civilización norteamericana, declarándola la menos adecuada para servir de modelo a la nuestra. No define cuáles sean ni cuáles deban ser nuestros ideales: pero el error habría estado en querer definirlos. Ni la vida independiente de la América española permite aun descubrir la síntesis espiritual, la *idea-fuerza* directora de sus manifestaciones, ni menos autoriza a construir, sobre tales inseguras bases, las normas a que haya de ajustarse su desarrollo futuro. Queda, pues, el coeficiente de imprecisión inevitable en cosas humanas, y aun en las normas ideales, cuando, como en este caso, deben ellas referirse a estados sociales de complejidad punto menos que enigmática. Dentro de límites sagaces predica *Próspero;* y

busca la pureza de las ideas fundamentales, las doctrinas que atañen a lo más esencial, enseñanza valiosa sobre todas a donde los conceptos de la personalidad y de la vida humanas flotan todavía entre nieblas. Y por cuanto a los casos concretos en que hayan de resolverse problemas de innovación y adaptación social, confía sin duda en el instinto que suele iluminar, ya al pueblo mismo, ya a sus directores, para hacerles encontrar (aunque no siempre, por desgracia, les da fuerza para imponerla) la resolución que responde al genuino espíritu de raza.

Hoy, cuando entre nosotros empieza a perderse la castiza costumbre de pensar personalmente las cuestiones morales y se prefiere tratarlas según las fórmulas *librescas* de una psicología barata y de una sociología endeble, el esfuerzo de Rodó, al renunciar a tan fácil y vulgar triunfo, adquiere significación señaladísima, atrevido es desafiar así a la moda que se presenta con máscara de ciencia. Pero, pese a los que, para concederle valor máximo al libro, necesitarían encontrar, al abrirlo, una aparatosa clasificación de *elementos étnicos* y una autoritaria valuación de *influencias ambientes;* pese a los que creen imposible hallar ideas donde hay estilo, — como si el *gran estilo* no exigiera, precisamente, ejercicio de pensar, como si los grandes pensamientos de la humanidad se hubieran expresado siempre en la prosa incorrecta de Comte o en la enmarañada de Krause, y no más bien en la pintoresca de Bacon, en la ágil de Descartes, en la perfecta de Platón, "el maestro de la prosa griega y acaso el maestro supremo de la prosa en la humanidad", según la expresión de Gilbert Murray, — pese a toda incomprensión, *Ariel* es la más poderosa voz de verdad, de ideal, de fe, dirigida a la América en los últimos años.

Después de *Ariel* sobreviene en la carrera de José Enrique Rodó largo silencio, interrumpido apenas por el trabajo, de carácter polémico, sobre *Liberalismo y jacobinismo*, donde se estudian los orígenes históricos de la caridad y la personalidad de Jesús.

Y al fin aparece, incubado en largo silencio; anunciado por fragmentos breves concedidos a la publicidad, el nuevo libro, inicial de la serie que constituirá la obra definitiva de Rodó, *Motivos de Proteo* (1909). No se trata ya, en apariencia, de prédica social, sino de meditaciones y consejos individuales: detrás del psicólogo se ve siempre al educador. *Motivos de Proteo* no se ajustará a la regla usual, a la arquitectura común de las obras

literarias, sino que, como cualesquiera porciones de él pueden formar conjunto armónico, aparecerá sin ceñirse a marcos y se completará constantemente: "es, — dice el autor, — un libro en perpetuo *devenir,* un libro abierto sobre una perspectiva indefinida". Y esa idea de evolución, de renovación perenne, que define la forma del libro, define también su espíritu, su fundamento filosófico y sus conclusiones morales.

Estamos frente a una concepción nueva de la evolución. La filosofía post-kantiana, al lanzarse en busca de principios con que explicar la multitud de problemas que dejó pendientes, aunque con nuevo planteo, el *criticismo,* dió con la idea de evolución por diversos caminos. Hegel creó una fórmula: el *werden,* el *devenir* universal procede dialécticamente: toda *tesis* engendra su *antítesis* y de ambas surge la *síntesis;* el proceso recomienza, y continúa hasta su término, la *Idea absoluta.*

Spencer creó otra fórmula, que hasta hace poco andaba en boca de todos, a manera de palabra mágica: "proceso de integración de materia y concomitante disipación de movimiento, durante el cual la materia pasa de una homogeneidad relativamente indefinida e incoherente a una heterogeneidad relativamente definida y coherente, a la vez que el movimiento retenido sufre una transformación paralela".

Ambas son estrictamente deterministas: obtened los datos precisos y completos sobre cualquier hecho, y podréis determinar, con matemática exactitud, cuál será su progreso según la una o según la otra fórmulas.

La evolución está en todo, ciertamente; es condición imprescindible de los fenómenos, tales como ellos nos aparecen. Pero si su fórmula es asequible y ha de encontrarse, por lo menos no será la de Hegel ni tampoco la de Spencer, contradichas a diario por la observación y aplicables pocas veces, pero nunca con el rigor científico a que aspiran. ¿Iba a encontrarse el espíritu filosófico de nuestros días con repetirlas? Tras larga y docta crítica de las teorías en auge, el trabajo de definir la evolución vuelve a entrar en la esfera de los problemas.

Apoyándose en la observación sútil, sirviéndose del razonamiento metódico y de la expresión clara, enérgicamente exacta, el insigne Boutroux ha opuesto el implacable ariete de su análisis, no a las teorías de la evolución directamente, sino a la propia noción de determinismo, en sus ya clásicos opúsculos sobre *La*

*idea de la ley natural* y *La contingencia de las leyes de la naturaleza.* Inspirándose tal vez en el concepto de la discontinuidad de las series de fenómenos que son objetos de las ciencias abstractas fundamentales, concepto que aparece, aunque con vacilaciones, en la filosofía de Comte, Boutroux se arriesga a discutir la idea de necesidad. En principio, antes de la aparición de la existencia, "todo lo posible tiende igualmente a ser; ningún hecho es posible sin que lo sea también su contrario: no hay razón, pues, para que una posibilidad se realice en vez de otra. El ser actual no es, pues, consecuencia necesaria de lo posible: es una forma contingente. El mundo, considerado en la unidad de su existencia real, presenta una indeterminación radical". La atrevida tesis se desarrolla, abarcando todas las formas de la existencia, desde la materia hasta su más compleja organización, el hombre.

Después de Boutroux ha llegado Bergson, y, atendiendo a la poderosa crítica del maestro, pero atraído también por la inmortal idea del *devenir,* formula una síntesis original: la *evolución creadora.* La evolución, en el sistema de Bergson, parece reemplazar a la necesidad, la aparición constante de los hechos imprevistos, de las contingencias, nace del *devenir;* la evolución *crea.* Sobre una perspectiva indefinida se desarrolla el universo.

Y este nuevo concepto de evolución, esta visión de una perspectiva indefinida, preside al libro *Motivos de Proteo,* de José Enrique Rodó. El pensador uruguayo trae esta nueva inspiración filosófica al campo de la psicología y de la ética.

"Reformarse es vivir... Y desde luego, nuestra transformación personal en cierto grado, ¿no es ley constante e infalible en el tiempo? ¿Qué importa que el deseo y la voluntad queden en un punto, si el tiempo pasa y nos lleva? El tiempo es el sumo innovador... Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no *uno,* sino *muchos*... Perseveramos sólo en la continuidad de nuestras modificaciones; en el orden, más o menos regular, que las rige; en la fuerza que nos lleva adelante hasta arribar a la transformación más misteriosa y trascendente de todas... Somos la estela de la nave, cuya entidad material no permanece la misma en dos momentos sucesivos, porque sin cesar muere, renace de entre las ondas: la estela, que es, no una persistente realidad, sino una forma andante, una sucesión de impulsos rítmicos, que obran sobre un objeto constantemente renovado."

"Nos creamos continuamente a nosotros mismos, — dice también Bergson. — Existir consiste en cambiar; cambiar, en madurarse; madurarse, en crearse indefinidamente a sí mismo."

La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora* con el ideal de una norma de acción para la vida. Pues que vivimos transformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla. La *persistencia indefinida de la educación:* he ahí la verdad que no debe olvidarse. "Mientras vivimos está sobre el yunque nuestra personalidad. Mientras vivimos, nada hay en nosotros que no sufra retoque y complemento. Todo es revelación, todo es enseñanza, todo es tesoro oculto en las cosas; y el sol de cada día arranca de ellas nuevo destello de originalidad. Y todo es, dentro de nosotros, según transcurre el tiempo, necesidad de renovarse, de adquirir fuerza y luz nuevas, de apercibirse contra males aun no sentidos, de tender a bienes aun no gozados; de preparar, en fin, nuestra adaptación a condiciones de que no sabe la experiencia. Para satisfacer esta necesidad y utilizar aquel tesoro, conviene mantener viva en nuestra alma la idea de que ella está en perpetuo aprendizaje e iniciación continua. Conviene, en lo intelectual, cuidar de que jamás se marchite y desvanezca por completo en nosotros el interés, la curiosidad del niño, esa agilidad de la atención nueva y candorosa, y el estímulo que nace de saberse ignorante (ya que lo somos siempre)... Y en la disciplina del corazón y la voluntad, de donde el alma de cada cual toma su temple, conviene, aun en mayor grado, afinar nuestra potencia de reacción, vigilar las adquisiciones de la costumbre, alentar cuanto propenda a que extendamos a más ancho espacio nuestro amor, a nueva aptitud nuestra energía y concitar las imágenes que anima la esperanza contra las imágenes que mueve el recuerdo, legiones enemigas que luchan, la una por nuestra libertad, la otra por nuestra esclavitud".

Pero la personalidad humana es *Proteo.* No lo es sólo en lo individual, por el cambio constante; lo es, en lo colectivo, por la radical diferencia que va de espíritu a espíritu, y, en lo individual otra vez, por las muchas virtualidades ignoradas que hay en cada hombre. Así, un campo inmenso de estudio se presenta a los ojos del pensador que quiera discurrir sobre las vías por donde puede encaminarse la acción. ¿Comprendéis ahora por

qué *Motivos de Proteo* es un libro abierto sobre una perspectiva indefinida?

Un elemento del desarrollo de la personalidad, el elemento director, *la vocación,* es el que ocupa principalmente a Rodó en estas primeras disquisiciones sobre los motivos que inspira a *Proteo.* Se estudian en el libro, con extraordinario vigor de análisis psicológico, las formas con que se manifiesta la vocación: una multitud de aspectos de casos, desfila, en orden armonioso, por las páginas. Y cuando la experiencia personal nos advierte de la exactitud del análisis en los aspectos que conocemos, casi se viene a los labios la idea con que los sencillos declaran su admiración ante la obra de los privilegiados poseedores del don de psicología: "Parece que cuanto nos dice lo hubiera encontrado en la realidad íntima de su vida".

La vocación, la aptitud que, al desarrollarse y hacerse consciente, da carácter definitivo a la personalidad, da el *sentido sintético de sus movimientos,* participa, por su misma importancia central, de la variedad proteica del espíritu. Hay vocaciones inalterables; pero ¿cuántas son las que se definen desde temprano y para siempre? Definirlas implica ordenar el conjunto de aptitudes, de deseos interiores, de incitaciones externas que para todo hombre existen. Todos partimos, como naves descubridoras, rumbo al porvenir. Unos van rectos a su fin, seguros de doblar el Cabo de Buena Esperanza; otros, en busca de viejos mundos, encuentran mundos nuevos; unos se lanzan a la conquista de continentes inexplorados; otros, corren en pesquisa de puertos para el comercio, o quizá sólo de paisajes para deleitar los ojos; otros, en fin, se dirigen a regiones solitarias y frías donde saben que habrían de avanzar lentísimamente, sin otro fruto cierto que acercarse a la realidad del polo, inaccesible quizás.

Si a veces es única, persistente, clara desde su origen; si también se reparte en variedad de acciones, sin que el esparcimiento la debilite, la vocación se revela de otros muchos modos: madura con lentitud; o bien diríase que aparece de súbito, cuando una fuerza exterior, — palabra, ejemplo, amor quizás, — la evoca; o despierta tras largo adormecimiento; o se encuentra a sí misma después de ensayos inseguros en otro sentido; o se transforma, como cuando el hombre de acción se vuelve historiador, o vive ignorada en nosotros, no mostrándose nunca o manifestándose sin que la concedamos valor, como en el caso de Fray Luis de

León, el más grande de los poetas castellanos, para quien lo menor de su vida eran sus versos. Y junto a las vocaciones que se definen, ¡cuántas aptitudes desconocidas o malgastadas! ¡Cuántos hombres han pasado por la vida, como el *Peer Gynt* de Ibsen, sin llegar a ser *ellos mismos!* Rodó compara las aptitudes humanas con las semillas que difunde el viento, de las que sólo unas pocas caen en disposición de arraigarse y convertirse en plantas.

La fuerza capaz de definir y dirigir la vocación personal radica en la intuición de nuestros estados interiores, en la práctica del consejo apolíneo: Conócete a tí mismo... Nuestra individualidad no se nos revela plenamente, — piensa Bergson, — sino cuando nos desligamos de toda influencia exterior, social, y descendemos a lo profundo del yo, dejando llegar hasta nosotros las obscuras voces de la subconciencia. Ayúdate de la soledad y del silencio, dice Rodó. Aunque ni golpe ni crisis nos urjan a hacerlo, el examen interior es siempre práctica saludable. El maestro llega a sugerir la posible ventaja de que, "a la manera del *jubileo* de la antigua Ley... se consagrara, cumplido cada año, una semana cuando menos, para que cada uno de nosotros se retrajese, favorecido por la soledad, a lo interior de su conciencia, y allí en silencio pitagórico, llamara a examen sus opiniones y doctrinas, tal cual las profesa ante el mundo, a fin de aquilatar nuevamente su sinceridad, la realidad de su persistencia en lo íntimo y tomar otro punto de partida si las sentía agotadas, o resumirlas y darlas nuevo impulso si las reconocía consistentes y vivas. La primera vez que esto se hiciera, yo doy por cierto que serían superadas todas nuestras conjeturas en cuanto a la rareza de la convicción profunda y firme. ¡Y qué de inopinadas conversiones veríamos entonces!"

Pero, al menos, cada trance crítico en donde tropiece la vocación pide un esfuerzo de recogimiento que nos guíe a comprendernos mejor y muestre a su voluntad la vía segura por donde debe continuar la acción. En trances tales, hay siempre sacrificio de ilusiones; de nuestra fe depende que el sacrificio sea en bien de más altos fines. La tendencia de la acción, para justificarse, debe ser siempre ascendente. Goethe, para quien la vida nunca hubo de aparecer como un movimiento de descenso, decía que vivimos substituyendo ideales.

"¿Qué vienes de buscar, — dice el maestro, — qué vienes de buscar donde suena ese vago clamor y pueblan el aire esas cien

torres? ¿Por qué traes los ojos humillados y la laxitud del cansancio estéril ahoga en tí la efervescencia de la vida en su mejor sazón? Muchos vi pasar como tú. Sé tu historia aunque no me la cuentes, peregrino. Saliste por primera vez al campo del mundo; iban contigo sueños de ambición; se disiparon todos; perdiste el caudalito de tu alma; la negra duda se te entró en el pecho, y ahora vuelves a tu terrón sin la esperanza en tí mismo, sin el amor de tí mismo, que son la más triste desesperanza y el más aciago desamor de cuantos puede haber. Donde te atrajo la huella de los otros; donde te detuvo el vocear de los chalanes y te deslumbraron los colores de la feria; donde cien veces te sentiste mover antes de que tu voluntad se moviese, no hallaste el bien que apetecías; y, herido en las alas del corazón: *el bien que soñé era vano sueño,* vas pensando. Mas yo te digo que, desde el instante en que renunciaste a buscarle del modo como no podías dar con él, es cuando más cerca estás del bien que soñaste. Tu desaliento y melancolía hacen que el mirar de tus ojos, desasido de lo exterior, se reconcentre ahora en lo íntimo de tí. ¡Gran principio! ¡Grande ocasión! ¡Gran soplo de viento favorable!... ¿Nada crees ya en lo que dentro de tu alma se contiene? ¿Piensas que has apurado las disposiciones y posibilidades de ella; dices que has probado en la acción todas las energías y aptitudes que, con harta confianza, reconocías en tí mismo, y que, vencido en todas, eres ya como barco sin gobernalle, como lira sin cuerdas, como cuadrante sin sol?... ¡Hombre de poca fe! ¿qué sabes tú lo que hay acaso dentro de tí mismo?"

Alta enseñanza se deriva de esas palabras: la fe en el destino personal debe apoyarse en la confianza de que nunca se habrá agotado nuestra energía, de que subsisten en nuestro espíritu capacidad para manifestaciones nuevas, vigor para superarnos en el trabajo. La robusta moral de Willian James, que se apoya en la más profunda ciencia psicológica, proclama la eficacia del esfuerzo máximo: el espíritu sabe que, en un momento dado, puede superarse, excederse del límite común de su trabajo, sin padecer por ello (en casos tales, acude a sus reservas de energía); en realidad, es capaz de trabajo mayor que el que a diario realiza, y el esfuerzo máximo, sin otro límite que la aparición de la fatiga, puede ser su nivel normal y constante.

El conocimiento de nosotros mismos; el consciente amor de nuestros propósitos; la *autarquía,* el propio dominio por la volun-

tad disciplinada: en ellos estriba el secreto que nos puede convertir en artífices de nuestro destino. La educación es el arte de la transformación ordenada y progresiva de la personalidad, — dice Rodó; — pero la educación, cuando dada por otros, es incompleta por su esencia: la verdadera educación es personal, y, si no dirigida, sí realizada por nosotros. "Arte soberano en que se resume toda la superioridad de nuestra naturaleza, toda la dignidad de nuestro destino, todo lo que nos levanta sobre la condición de la cosa y del bruto; arte que nos convierte, no en amos de la Fatalidad, porque esto no es de hombres, ni aun fué de los dioses, pero sí en contendores y rivales de ella, después de lograr que dejemos de ser sus esclavos".

Pero la educación no es sólo obra de la voluntad en calculado ejercicio frente al medio exterior, sino que en ella intervienen elementos psicológicos imprevisibles. Uno sobre todo: el amor. En toda vida hay amor, y todo amor verdadero es insumiso y es decisivo en su influjo. Y cuanto del amor se diga puede extenderse, en más mitigada forma, a toda afición vehemente del espíritu. La vocación, en verdad, es forma de amor, y, como tal, imprevisible e imperiosa.

"¿Valdrá más, — pregunta Rodó frente a este problema, — valdrá más, para el buen gobierno de la vida, ausencia de amor o amor consagrado a quien sea indigno de inspirarle?" Las páginas que en *Motivos de Proteo* se dedican a este problema son quizás las más hermosas del libro: tienen el sabor de páginas de Platón vertidas en prosa española del tiempo de Carlos V. El amor tiende a "asemejar a quien lo atributa y a quien lo inspira, siendo éste el original y aquél el traslado... En todo amor hay abnegación de misticismo, sea el misticismo divinal o diabólico; porque, desposeyéndose de su voluntad y ser propio el amante, se transporta al objeto de su amor; renace en él y participa de él; *vive en su cuerpo,* según el enérgico decir de Eurípides, y si el objeto es ruín o ha menester, para el término que se propone, los oficios de la ruindad, ruín hará al amador, y le hará noble y grande si por afinidad busca estas alturas... Si esto fuese absolutamente verdadero, una helada impasibilidad valdría más que el amor que se cifra en quien no merece ser amado. Sólo que en la misma esencia de la amorosa pasión está contenido, para límite de esa fatalidad, un principio liberador y espontáneo, de tal propiedad y energía, que con frecuencia triunfa de lo inferior del objeto...

Es virtud del alma enamorada propender a sublimar la idea del objeto, y lo que la subyuga y gobierna es, más que el objeto real, la idea que del objeto concibe, y por la cual se depura y magnifica la baja realidad, y se ennoblece, correlativamente, el poder que, en manos de ésta, fuera torpe maleficio... Este es el triunfo que sobre su propio dueño logra a menudo el siervo de amor, siendo el amor desinteresado y de altos quilates... Lo que importa es, no tanto la calidad del objeto, sino la calidad del amor."

Rodó llega a formular su norma: "La esperanza como norte y luz; la voluntad como fuerza; y, por primer objetivo y aplicación de esta fuerza: nuestra propia personalidad, a fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores."

¿Y los pueblos? Los pueblos también tienen su personalidad, su espíritu, su genio; y cuanto del individuo se dice puede transportarse a ellos. "Si a la continuidad de las generaciones se une la persistencia de cierto tipo hereditario, — dice el maestro, — no ya en lo físico, sino también en lo espiritual, y una suprema idea dentro de la que pueda enlazarse, en definitiva, la actividad de aquellas sucesivas generaciones, el pueblo tiene una personalidad constante y firme. Esta personalidad es su arca santa, su paladión, su fuerza y su tesoro; es mucho más que el suelo donde está asentada la patria. Es lo que le hace único y necesario al orden del mundo: su originalidad, dádiva de la naturaleza, que no puede traspasarse a otro, ni recobrarse, si una vez se ha perdido, a no ser abismándose en la profundidad interior donde está oculta. Porque toda alma nacional es una agrupación de elementos ordenada según un ritmo que, ni tiene precedentes en lo creado, ni se reproducirá jamás, una vez roto aquel inefable consorcio. Mantener esta personalidad es la epopeya ideal de los pueblos."

* * *

El pensador cuyas ideas he ensayado exponeros, en rápida síntesis, es, ya lo habréis sentido, una de las más nobles figuras intelectuales de nuestra América. En el orden puramente literario no cede a ninguno de sus contemporáneos: dueño de rica y amena erudición, conocedor magistral de la lengua, dominador de los secretos arquitectónicos y musicales del estilo, señor de la imaginación plástica, exquisito *conteur* de narraciones incidentales (lo son todas, hasta ahora, en sus libros), crítico de aguda percep-

ción, ha hecho prorrumpir en su elogio las voces del solar clásico, de España, con hipérboles no tributadas a ningún otro prosador americano. Como pensador, posee, si no la originalidad que crea un sistema filosófico, sí la del *eticista:* en vez de dejarse arrastrar por la corriente que lleva a la cïencia fácil, a hacer libros con libros ajenos, vuelve a la clásica tradición que enseña a buscar en la propia experiencia, íntima y social, las verdades morales que deben darse al mundo como fruto acendrado de la personalidad, como aportación real al tesoro de la sabiduría humana. Es, en suma, un maestro, con la aureola de *misticismo laico* y el ambiente de silenciosa quietud que corresponde a los pensadores de su estirpe. Es de la familia de Epicteto y de Plutarco, de Séneca y de Marco Aurelio, de Fray Luis de León y de Raimundo Sebonde, la familia que preside, cobijándola con una de sus alas de arcángel, el divino Platón.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

---

# POEMAS

**Revelación.**

Poeta: tú que has ido por el monte y el mar,
que sabes de la nieve, que sabes de la onda,
tú que apagaste todos los fuegos de tu altar
para poder quitarle su guijarro a tu honda;
poeta: tú que has ido por el monte y el mar.

Tú que has visto la paz federal de un rebaño
y el siniestro tumulto de la turba civil,
tú que hallas más sentido al vigor de un castaño
que a la filosofía de tu amigo senil;
tú que has visto la paz federal de un rebaño.

Tú que has sido pastor de tus propias locuras
y en tu pan siempre echaste más sal que tus vecinos,
que gozaste el empacho de todas las harturas
y sufriste el cansancio de todos los caminos;
tú que has sido pastor de tus propias locuras.

Tú que el mármol y el mirto de Grecia comprendiste,
no la sabiduría de sus Siete Doctores,
y dejaste la Esparta de Leónidas triste,

---

José Martínez Jerez, autor del libro *Siembras,* que la Academia de la Poesía Española premió con *accésit* en su primer concurso, es uno de los más jóvenes poetas de la actual generación hispana. Fuerte y al mismo tiempo suave, sentimental y vigoroso, tiene grandes aciertos que hacen concebir múltiples esperanzas.

Actualmente se halla en Buenos Aires donde no tardará en abrirse camino. Su saludo a la familia intelectual argentina ha querido hacerlo, oficialmente, desde las páginas de NOSOTROS, con lo que, para todos cuantos comulgamos en su mismo ideal, Martínez Jerez no es ya un extraño. Desde hoy es uno de los nuestros, uno de los "bienvenidos", incorporando su esfuerzo a la ruda tarea de dignificar la materialidad que informa el vivir nuestro. — *(N. de la D.).*

para entrar en la Atenas de tus claros amores;
tú que el mármol y el mirto de Grecia comprendiste.

Tú que en Roma negaste su Pretor y su Edicto,
tú que a sus Doce Tablas arrojaste un venablo,
y en el circo a la fiera y al mártir fuiste adicto
y llevaste a la mesa de Petronio a San Pablo;
tú que en Roma negaste su Pretor y su Edicto.

Ve por todo sembrado, ve por todo sendero,
acógete a la aldea, visita la ciudad,
sé triste, sé callado, sé humilde, sé sincero,
pon en todos tus actos un poco de bondad;
ve por todo sembrado, ve por todo sendero.

Ni aplastes al gusano, ni el águila te asombre,
todos somos histriones de una farsa falaz.
Aunque un placer te busque o un insulto te nombre
no turbes la alegría de tus horas de paz.
(Tú acaso hubieras hecho mejor alondra que hombre).

Vas solo. Tu tristeza te lleva a gran empeño.
Hijo mío, irás lento, pensativo, cansado.
Cuando el último verso, cuando el último sueño,
cuando tu alma no sepa suspirar, ya has llegado.
Y entrarás en la Muerte destrozado.
Y risueño.

**Letanía de las rosas.**

Una tartana lejana se oía:
oro del sol en la alegre collera.
Todo en el campo cantaba y reía.
Era la mano de la Primavera
y abrió las rosas de la letanía.

Rosa carmín, la novia que besa.
Rosa de sangre, la flor del ejido.
Rosa de fuego, la joven marquesa.

Rosa de te, la pálida Olvido.
Rosa de nieve, la blanca abadesa.

Rubia de sol, la clara mañana
se iba poblando de vagas visiones.
Cantó el ruiseñor. Bajo la ventana
se hizo una ronda de augustos pavones
Y un asterisco de luz, la fontana.

Era un alegre cortejo nupcial
bajo la primaveral insolación,
toda esta ilustre quimera irreal
que dió a mi vida un encanto ancestral.
Y nacieron rosas en mi corazón.

**Ars vivendi.**

Ten un gesto de paz empedernida,
que nada vale tu dolor. Sé fuerte
y espera en esa gruta de tu vida
la callada visita de la muerte.

El secreto es morir. El arte enoja
y el mal acecha, y el amor engaña.
Si quieres ser para las brisas, hoja,
para las tempestades sé montaña.

**Parábola de la voluntad.**

Dijo el sol:
— Vivirás
caracol,
y serás

feliz. Ve
lento y
llévame
sobre tí.

Y el sensual
animal
dijo: — No;
quiero ser
a placer. —
Y murió.

**Rosa mística.**

Sor Blanca, sor, celeste prometida,
hermanita menor de las Blancas Bondades,
en tus ojos humildes y en tu frente ceñida
de claros linos, casta se reposa la vida.
Pero tu boca tiene dulces perversidades.

Posa tu pie sus pausas eclesiásticamente.
Tiene tu mano un gesto de largas devociones.
Bajo tu pie se hubiera dormido la serpiente
y tu mano la hubieran lamido los leones.
Pero en tus labios arden todas las tentaciones.

Porque bajo el misterio de claustro de tu toca,
un beso de lujuria te ensangrentó la boca,
y Amor, un ascua viva te arrojó por venablo.

Delirante de angustia, de horror y de placer,
bajo el celeste fuego del pecado, has de ser
dulce esposa de Cristo, la querida del Diablo.

**Colombina.**

Claros ojos, labios rojos,
dos estrellas en los ojos
y en los labios un clavel.
Gran sonrisa, dulce risa,
miel y besos la sonrisa
y la risa un cascabel.

Colombina, Colombina,
por tu locura divina
lloran versos los poetas.
Pierrot con su mandolina
hace sollozar en una
sentimental cavatina
sus tristes voces secretas.
Y Arlequín hace piruetas
a la Luna.

**Madrigal.**

Breve como tu mano, mi madrigal se posa
sobre el rojo martirio de tus labios, y acosa
ese fuego interior de delirios perversos.
Pero tu mano blanca, pulida y primorosa,
desfleca cinco rosas sobre mis cinco versos.

José Martínez Jerez.

---

Juan Más y Pí

# LA MUERTE DE JESUS

Por extraño acaso encontré este viejo manuscrito, copiado, en bárbaro latín, del viejo "papirus" primitivo. No lo traduzco textualmente: sería incomprensible e irritaría nuestros hábitos críticos, psicológicos! Al lenguaje moderno, complejo, sutil, sabio, traslado el estrecho decir antiguo.

Así ordenado este documento, que no encierra cosas nuevas, sirve para poner de relieve muchos estados de espíritu, muchas situaciones civiles de una persona excepcional que en estos últimos tiempos ha merecido cuidadosa atención de la historia y de la crítica. — *E. de Q.* — *Jerusalén, Mediterranean Hotel, 1.º de Diciembre de 1869.*

*Dies iræ, dies illa...*

---

En 1869 los periódicos del Cairo, la vieja ciudad a que la inauguración del Canal de Suez devolvía el brillo de sus mejores tiempos, anunciaban la llegada del *comte de Rezende, grand amiral du Portugal et le chevalier de Queiroz.* Este, todavía no era Eça, el gran Eça, sino el secretario del enviado de Portugal a la inauguración de la portentosa obra de Lesseps. De aquel viaje han quedado por ahí unas cartas brillantísimas en que el ingenio del futuro gran novelista aparecía con raro vigor.

Eça acompañó al conde de Rezende por Egipto y por Palestina, desde entonces guardando en su espíritu ese deseo que le llevaba a no permanecer dos años en un consulado, espíritu inquieto que necesitaba el cambio de panoramas para completar las ilusiones de su labor infatigable.

De aquel viaje, empero, quedó algo más: quedó esta obra inconclusa, *La muerte de Jesús,* hasta ahora no traducida al castellano y que NOSOTROS ofrece a sus lectores.

Jayme Batalha Reis dice en sus notas biográficas sobre Eça que éste escribió su obra bajo la influencia de Flaubert, a quien tanto admiraba. *La muerte de Jesús* se publicó en el semanario *A Revolução de Setembro,* del 13 de Abril al 8 de Julio de 1870; pero, no íntegramente, sino, apenas, los capítulos que ahora se traducen.

Algo más había escrito, según se dice, pero sin duda destruyó o se perdió la continuación. En realidad no podía ir más lejos ni hacer más de lo que hizo.

Nuestros lectores verán en esta obra todas las cualidades que después hicieron famoso el nombre del novelista, uno de los más finos y grandes del siglo XIX. (N. del T.).

I

Mi nombre es Eliziel y fuí capitán de la policía del templo: estoy viejo y me inclino hacia la sepultura; y antes de que me pongan para toda la eternidad bajo una piedra lisa en Josafat o en los mortuorios de Siloeh, quiero contar lo que sé y lo que ví de un hombre excelente que por los acasos providenciales de la simpatía estuvo en mi juventud íntimamente ligado a mi vida. En estos últimos tiempos, sobre todo, su imagen vive activa y poderosa en mi cerebro; y cuando al terminar la tarde, bajo la triste luz que llena el cielo de Judea, voy a sentarme junto al blanco sepulcro de Raquel, contemplando las murallas de Jerusalén y la vieja Sión, llena de claridad, y las ruinas de David, pienso en él — y en esos tiempos distantes en que yo tenía la fuerza, obscura la barba, ágil y firme el andar y fácil la esperanza.

Yo soy el más viejo de la generación de ese hombre. Vivo aquí, alejado de la cruel Jerusalén, en Belén, junto a este pozo, cuya agua es tan fresca y consoladora que David la lamentaba en el destierro.

¿Dónde están los otros? ¿Dónde estáis vosotros, Tomás, Mateo, Simón, Pedro, Juan? ¿Dónde estáis? Judas de Keriot sé que murió tranquilo y obscuro en el campo de Haceldama; Poncio Pilatos está en España, retirado y pobre, él, el viejo amigo de Tiberio; Antipas, Herodiades, vegetan en la aflicción del destierro; Hannan murió, pero su memoria y su doctrina todavía gobiernan el templo... ¿Dónde están los demás: Nicodemo, José, María, las santas mujeres, Cleofás, Gamaliel, el sabio doctor? Unos están en el valle de Josafat, otros en el valle de Hinnón, todos olvidados... ¡Que tanto la memoria del hombre es como la ola, fugitiva y pérfida!...

Y es por esto, para que no se pierda el recuerdo de aquel hombre justo y bueno, que intento decir con sencillez y verdad todo cuanto ví y comprendí de su vida, tan breve por sus días, tan larga por sus dolores.

Cuando le conocí, en Jerusalén, por la fiesta de la Pascua, yo era joven. Mi vida transcurría en el templo. Este, reconstrucción de Herodes el Grande, era entonces nuevo y resplandeciente: aún se trabajaba en los pórticos exteriores. Aquel era el centro de

Jerusalén: allí se oraba, celebrábanse los oficios religiosos, tratábanse las cuestiones civiles, juzgábase a los condenados, establecíanse las escuelas rabínicas de la ley, discutíanse los edictos de Roma, el procedimiento de los legados imperiales y de los procuradores, curábase a los enfermos y se tramaban las sediciones. Los romanos no podían entrar en el templo: en el atrio de la primera galería había inscripciones, en griego y en latín, vedando a los gentiles, a los paganos, a los samaritanos, de ir más lejos. Entre tanto nosotros veíamos siempre a los romanos, en las terrazas de la torre Antonia, que domina el recinto del templo, observar, reir, dormir al sol, y, por la tarde, jugar a la barra, adiestrarse en luchas.

A mí, como oficial de la policía del templo, me correspondía abrir, cerrar las puertas, impedir que se entrase al santuario con bastones o con armas, que se ensuciasen las losas de los patios con barro, que se entrase con fardos, o que viniesen a orar junto a las columnas del santuario los que estuviesen maculados de impureza.

Yo era metódico y cuidadoso; desagradábame — muchas veces lo dije — que el servicio del culto autorizase hechos indignos de la santidad de la ley y de la consagración del lugar, porque, en el recinto del templo, venían a establecerse toda clase de vendedores y de bazares; allí venían a vender los animales para los sacrificios, las telas, los velos, las fajas de Tiro; cambiábanse monedas; negociábase el aceite; y, como el templo era el centro vital de Jerusalén, había allí toda la semejanza de una feria: pregones, fardos, arcas; y más parecía el mercado pagano de Cesárea que el interior de la casa de Dios.

Otra cosa, singularmente, me irritaba: eran los fariseos, los escribas y los doctores de la ley; no les estimo: entre ellos sólo ví ceremonias, odios, disputas estériles. Nunca comprendí el orgullo de los doctores, ni su desprecio por la sabiduría griega: mi padre cultivaba las letras helénicas y me había dado sus conocimientos de aquella ciencia, incurriendo así en la ira de los doctores fariseos, que en una misma maldición envuelven a quien cría cerdos y a quien enseña a su hijo la ciencia griega. Mi padre había viajado por Egipto, en Alejandría, y allí se había ligado con un sabio, Philon, judío por la madre, griego por el alma, y de quien los maestros de las sinagogas decían toda suerte de males. Desde entonces había sentido gran afecto por la ciencia griega y el viejo

se entretenía en hacer pasar a mi espíritu las grandes doctrinas de aquellas gentes. Y el odio de los escribas por la ciencia helénica me indignaba. Además, son repulsivos y groseros.

Los fariseos, especialmente, son ásperos, desdeñosos, malos, respetando más las minuciosidades del culto que el espíritu de la ley. En todo son llenos de artificio y vanidad: si entran en la sinagoga quieren el mejor lugar, el más vasto, y todos pueden verles golpeándose el pecho, bajo la amplitud del manto: si van por la calle o por el campo, póstranse ruidosamente en oración cuando ven la mirada del hombre: si dan una limosna, cuéntanla como virtud, pregonándola como ejemplo: y siempre argumentando, vociferando, llenando el santuario de disputas y de invectivas! Si, en una cena, alguno de los convidados hace la ablución sobre la testa, con toda la mano, en vez de hacerla solamente con dos dedos, le maldicen, claman por las iras de Jehová y se levantan escandalizados; nadie los vió nunca consolando una viuda, ayudando a caminar a un anciano; los pobres, los abandonados, son para ellos como enfermos de peste; caminan con los ojos cerrados para no ver a las mujeres y con los pies desnudos para herirse en las piedras: pero, están llenos de apetitos, como un hombre sanguíneo!

Cuánto mejor que éstos el alto sacerdocio, todo de la secta de los saduceos y de los bethozinos. Hay ahí más sinceridad y más humanidad: son hombres pacíficos y fastuosos, que intrigan con Roma, no tienen celos ni devociones irritantes, aman el sosiego, las lindas casas de campo junto a Sión o más allá de Bezeta, las muelles alfombras de Sidón, las bellas mujeres de Idumea.

Mas lo que en la vida del templo me indignaba superiormente, era verlo convertido en lugar de comercio, de venta y cambio de moneda. Y fué por estos odiosos mercaderes del templo, que además hacían mi trabajo difícil y fatigoso, que conocí al hombre inefable por quien todavía se humedecen mis ojos.

Un día, entraba yo por la galería de Salomón, que es la que tiene tres órdenes de columnas, el techo de cedro labrado y mira hacia el monte de los Olivos. Era en la fiesta de Pascua, cuando ella se llena con la multitud de los peregrinos. Un soldado de la milicia del templo habíame dicho que a pesar de los avisos, dos mercaderes de palomas y de carneros habían ido a cruzar sus esteras junto a las columnas, con las reses adornadas de escarlata y los cestos llenos de blancas aves. Iba yo, lleno de cólera,

para expulsarlos, cuando ví un confuso gentío, dominado por el fuerte ruido de una voz: frente a los mercaderes había un hombre, en pie, que les hablaba. Era alto, delgado, débil; tenía los cabellos rubios, en guedejas, separados por el medio, cabellos de hombre de la Galilea; además, percibí por el acento, por la pronunciación, que era galileo; en aquel momento su rostro era irritado, severo; tenía el gesto amplio, al modo de los que predican en las sinagogas, inflamado el rostro, los ojos llenos de una luz indignada; su estatura, erguida por la cólera, ennoblecida por la justicia de sus palabras, llena de su pensamiento, le hacía parecer mucho más que un hombre.

Los mercaderes, asustados, recogían los cestos, doblaban las esteras, arrastraban las reses; las palomas revoloteaban.

—¡Idos! — decíales él — vosotros hacéis de la casa de la oración una caverna de ladrones!

Y con la mano violenta les empujó largamente, más allá de las columnas. Ellos obedecían, llenos de temor. En rededor los hombres tenían una aprobación simpática por el de Galilea; algunos reían; criaturas, asustadas, gritaban. Yo, contemplaba la escena, admirado.

—¿Quién es éste?, pregunté a Juan, un galileo que estaba a su lado y a quien yo conocía de haberle encontrado en el atrio de la casa de Hannán.

—¿No le conoces tú? ¡Es Jesús de Nazaret, profeta de Galilea!

## II

Durante mi vida en el templo yo había visto muchos videntes, muchos profetas: venían de Galilea, de Judea, de todo el país que va hasta Joppé. No diré lo que pienso de la intención profética y de la creencia mesiánica. Sólo diré que los profetas que, en mi tiempo, vivieron y eran lapidados a las puertas de Jerusalén, eran buenos; eran una voz colectiva, la esperanza, el consuelo, el alivio.

El pueblo era profundamente infeliz: los saduceos ahogados en su reposo, los fariseos perdidos en sus devociones, los escribas y doctores absortos en sus meditaciones, no veían el estado de las almas. Además de todo, estaban lejos del pueblo, en una separación desdeñosa y enfática. Yo estaba profundamente ligado al pueblo por la raza y por el instinto. Ya en la vida estrecha y co-

mún de Jerusalén, ya en las conversaciones en los atrios del templo, ya en mis excursiones por Betel, Efraín, Galilea, pude ver y comprender al pueblo. Infeliz, despreciado, eternamente esclavo, aplastado por el tributo de la dominación y por el diezmo, se refugiaba, maltratado de la tierra, en la esperanza de un libertador, de un Mesías. El judío es dado a preocupaciones divinas y su verdadera patria es Dios.

Una serie de hombres fuertes y piadosos eran los intérpretes de este deseo ideal, eran la voz de aquella melancolía y eran los amigos del pobre, los ásperos jueces del rico, los consoladores austeros.

El pueblo, sofocado en su pasión interior, sentíase aliviado, consolado, cuando un profeta hablaba. Los profetas confirmaban la venida del Mesías, decíanle la figura y las acciones, la piedad y la pasión, desgarraban sus vestidos, iban a vivir al desierto: de ahí que la exaltación tornárase un estado natural y humano, y las almas crecían en deseo y voluntad. De suerte que todos los años aparecían videntes e inspiradores que el sanhedrín hacía lapidar junto a la Puerta Esterquilinaria. Pero lo lamentaban, porque el pueblo sigue siempre todo movimiento que sea original, amigo del pobre, anunciador de buena nueva: Schammaï, Hillel, Jesús de Sirach, que tuvieron estos pensamientos de pureza y de justicia, vivieron ignorados de Judea y de Galilea porque no predicaban en nombre de la esperanza religiosa, no tenían la pasión mesiánica. Eran espíritus sabios y justos y no videntes llenos de fe.

Ahora bien, la esperanza del Mesías era activa en ese tiempo. Clamaban por él a Dios, ayunaban, oraban, para no morir antes de su advenimiento; tenían desalientos, esperaban ávidamente las señales místicas y las almas hablaban en murmullo suave porque venía el Señor!

Yo mismo había visto muchos profetas, muchos maestros innovadores; no conocía a Juan el Bautista, porque vivía en el desierto del Jordán, pero sabía que también él predicaba un renacimiento y que, habiendo escandalizado a la olímpica Herodiades, desfallecía en una prisión de Antipas.

Entre tanto, nunca ninguno de esos hombres pudo darme una sensación feliz como ese Jesús de Nazaret. Sus ojos llenos de infinito, su voz poderosa y serena, la justicia de sus palabras, me dejaron sumido en una vaga e imprevista perturbación, como cuan-

do se mira hacia el cielo, que se supone obscuro, y de pronto se ve una estrella inmortalmente luminosa.

En esa tarde, caminando por la cuesta de Sión, hacia el lado del huerto salomónico, con Simeón, escriba del templo, le pregunté si conocía a Jesús de Nazaret, que predicaba en Galilea. Simeón dijo, con una sonrisa:

—¿Crees que puede venir algo bueno de Nazaret?

En verdad; toda Galilea es muy despreciada por los de Jerusalén. Seguimos conversando en ese tono; Simeón decíame que los galileos eran débiles, femeninos, imbéciles; que eran ignorantes y poco ortodoxos; que su sangre era el conjunto de muchas sangres; que tenían mucho de samaritanismo; que eran grotescos en el hablar, insuficientes en el pensar; y que *idiotismo galileo* era un proverbio de Jerusalén. Yo respondía que la gente de Galilea me parecía sencilla y afectuosa; que quien vive en esa naturaleza tan humana, tan llena de aguas, tan auxiliada de sombras, no podía dejar de tener cualidades finas y armoniosas; que los galileos eran trabajadores y sabios; y que Isaías había dicho: — "¡Oh tierra de Zabulón y de Neftalí, camino del mar, Galilea de los gentiles, el pueblo que caminaba en la sombra vió una gran luz!"

— Ya ves, Simeón — decía yo — estas palabras de Isaías indican que en Galilea puede nacer un profeta!

Íbamos así, conversando ampliamente, cuando llégamos al huerto de Salomón. La natural belleza, los árboles, las viñas, la perspectiva suave y recogida de los valles de Jerusalén, la silenciosa espesura, la fresca serenidad, las bandadas de palomas que vienen a beber en las viejas fuentes salomónicas, hacen de aquel lugar un retiro bueno para espíritus sabios, para los que en el corazón guardan una idea o que están habitados por una esperanza: allí se reunen muchos de Jerusalén. Andaba aquel día por allí, absorto y grave, el sabio Gamaliel. Gamaliel era el mayor del templo: si los otros eran el poder, la intriga, la riqueza, la tradición, él era la ciencia; si los otros eran la ley, él era la justicia. Yo preocupado por el Nazareno, pregunté a Gamaliel si conocía aquel hombre severo.

— Por lo que sé de él, — dijo Gamaliel, — pienso que es un justo.

Guardé con amor esta palabra; ella correspondía a la atracción suave que yo sentía por el severo maestro de Galilea. Al volver a Jerusalén pensaba en él: veíalo irritado y augusto; me lo imaginé

lleno de la cólera del justo y de la rebeldía del oprimido: lo que él predicaba era ciertamente la condenación del rico y la humillación del fariseo. "Era lo que tú necesitabas, Jerusalén, decía yo: un profeta amado y seguido, que fuese el alma de una infinita desgracia vengadora, que irguiese al pueblo, aniquilase los sacerdocios corrompidos, expulsase al romano, que reconstituyese en las almas el viejo Israel, en las instituciones la vieja Judea, que fuese el hombre fuerte y puro, y el continuador de los Macabeos. ¿Habría producido Galilea esta alma terrible? ¿Habría resucitado Elías de entre los muertos?" Así pensaba yo, encaminándome, mientras la noche se hacía, a casa de Hannan.

Hannan era el gran sacerdote, aunque en la realidad y en las cosas del templo lo fuese su yerno Caifás. Pero, él era el espíritu, la dirección, el cuerpo, la iniciativa de toda la vida sacerdotal del templo. Era viejo, conocedor de las tradiciones, astuto; poseía enormes riquezas, conspiraba contra Roma, era concentrado y soberbio.

En uno de los vastos patios cubiertos de su casa, en Bezeta, acostumbraban a reunirse alrededor de un gran fuego, cuando el frío entristecía Jerusalén, los oficiales del templo: a veces venían escribas, doctores, sacerdotes afables. Aquel grupo, siempre igual, era como la conciencia del templo. A veces, cuando no se hallaba presente algún austero doctor fariseo, pedíase a un soldado expedicionario que se acercase al hogar, dábasele vino de Sidón y de las colinas del Líbano y se le pedía que entonara alguna de las canciones latinas del barrio de Suburra. Viejos sacerdotes reían bajo sus barbas blancas. Esa noche, cuando yo atravesaba el atrio de Hannan, deparé con aquel galileo, Juan, que había visto junto a Jesús de Nazaret, en las galerías de Salomón. El acostumbraba a ir por allí a ver a una vieja, guardiana de los perros, que era de Cafarnaum, en Galilea. Le llamé y estrechando sus manos le hablé afablemente de Jesús de Nazaret; yo, por fin, comprendía bien a aquel que por un imprevisto interés, por la elevación de su palabra, por la belleza de su aspecto, habitaba ya en mi pecho, como un amigo de lejanas mocedades.

## III

Juan me explicó vagamente todo el pasado de Jesús, en palabras sencillas, pero repletas de fe y de deseo.

Entonces pude reconstruir, espiritualmente, la vida obscura de Jesús; lo ví, en mi intuición, en Nazaret, educado por aquel dulce paisaje de la Galilea, bajo la influencia del Carmelo, de las sierras del Tabor y de las tierras patriarcales.

Yo había viajado por allí y muchas veces me había sentado en una roca, en las alturas de Nazaret. Si hay en el mundo algún lugar en que el hombre sienta la estrechez de la vida civil, la inestabilidad de los intereses, lo contingente y fugitivo de las afecciones y de los deseos, es allí, en aquel vasto y tranquilo horizonte, en que el cielo parece ejercer más profundamente su atracción infinita sobre el alma cautiva.

¡Qué huertas, qué prados, qué humanas aguas, qué aldeas delicadamente adormecidas entre higueras y viñas!

¡Y yo veía a Jesús, imaginando, esperando, en aquel húmedo paraíso de Galilea y en sus montañas queridas, de bellas formas amorosas!

Veíalo con sus primeros amigos, ya poseído de la idea de Dios, hablando en las sinagogas, corriendo por las aldeas, ayudando a la pesca, durmiendo en los anchos patios bajo la luz de las estrellas, tan bellas, tan expresivas como en la vieja Caldea; llamando a los que encontraba para que le amasen, acariciando a los débiles y dándose a sí mismo y al Dios interior que lo habitaba en alimento a las almas infelices.

Los de Jerusalén, que nunca han salido de sus estrechas y duras calles y apenas han visto de la naturaleza sus yermas colinas y sus valles llenos de muertos, rien cuando se les habla de la naturaleza del norte, de la fecundidad de Samaria y Galilea, y de la excelencia de aquella gente.

Y entretanto, si Jerusalén ha de levantarse de sus lloradas humillaciones, será por alguien llegado de las aldeas y de los lagos de Galilea! Esta Jerusalén áspera, seca, toda de piedra y de indiferencia, sólo dará espíritus estrechos, fariseos argumentadores, escribas y lapidadores de hombres. La sangre de Judas Galanit, de Hillel, del hijo de Sirach, de Gamaliel, de todos los hombres justos

de nuestro tiempo, tiene parentesco con la savia de los árboles de Galilea. Una elevación ideal sale de aquellas sombras y del rumor de aquellas aguas. Jerusalén será la ley, la autoridad, la sabiduría, la habilidad, la astucia; pero Galilea será la virtud, el sacrificio.

Allí no hay ciudades: hay sólo pequeñas aldeas sirias que yo adoro, donde las mujeres tienen el seno pacífico, los hombres la fuerza serena y hasta los pequeños asnos tienen un dulce mirar, en el que parece habitar una resignación humana. Todo es fecundo, bien cultivado; la abundancia impide la hostilidad al impuesto, la avaricia, la economía áspera, cualidades de Jerusalén. ¡Ah, láminas doradas del templo, tumbas griegas de los Herodes, con relieves de follajes, yo os cambiaría por uno de los arroyuelos azulados que duermen y sueñan en la espesura amada de los trigales de Chorazín!... Porque no conozco alegría más honda que la de marchar por los caminos de Galilea: se ven las cabañas obscurecidas por la sombra de las higueras, de las viñas, las huertas de granados, estrellados de rojo y se camina por una fresca espesura poblada de aves gloriosas! Cuando el viajero está fatigado siéntase delante de una puerta, a la sombra de un cedro, bébese el vino de Safed, contémplanse las formas lánguidas de las montañas, se charla con las mujeres que vienen de la fuente, todas frescas, cantando todavía los cantos del tiempo de Salomón! Y no se encuentran fariseos, ni escribas, ni saduceos, ni herodianos!

Allí vivía Jesús, hablando en los campos, en las cabañas, en las sinagogas; allí debía ser escuchado; no tenía sabios de la ley que le contradijeran e injuriaran y podía compenetrarse del encanto de decir la verdad a los simples.

Lo que Juan me contaba de su dulce vida junto al lago de Tiberiades me llenaba de inefable afecto por el buen maestro. Yo conozco bien el lago de Tiberiades, todo el país de Genezaret: muchas madrugadas fuí por sus aldeas, por los caminos de sus villas! Ay! Magdala, Chorazin, Bethsaide, márgenes del lago, lugares que lloro, hoy, viejo, seco, pálido de saudades por la fuerza de mi pecho, por la altura de mi esperanza! Oh, sonoras arboledas de Genezaret, cruzadas de arroyos, donde mis pasos levantaban vuelos de palomas! Oh, estrecho camino en las rocas, lleno de musgo! Oh, río salado que naces al pie del lago y en el lago caes, y que yo tantas veces comparé a mi ser fugitivo! Oh, margen del lago, llena de tamarindos, donde el agua, tan azul

como los ojos de las mujeres de Tiro, viene a terminar sin ondas, sin aflicciones, entre las hierbas verdinegras! Oh, Galilea! si las ideas jóvenes que traigo muertas dentro de mi pecho, las pudiese sepultar fuera de mí, escogería tus praderas, oh tierra de Neftalí...

Jesús y sus amigos vivían junto al lago la vida de pescadores; aquel clima es tan dulce, tan afable, que el hombre poco piensa en su cuerpo: así, durante el día, pescaban, por la noche dormían en la arena, bajo las estrellas, al rumor del agua. Jesús pescaba, o hablaba en una barca, en el tranquilo brezar del agua, a sus compañeros de red; sentábase a veces en las colinas, que son de una viva libertad de aire y de luz, y cercado de los simples pescadores, de mujeres, de criaturas, predicábase a sí mismo, enseñaba su corazón, hablaba de las esperanzas del reino de Dios. El amaba todo lo que era delicado, las mujeres, las criaturas, los lirios, las aves; su palabra era para ellos tan suave como el mirar de los niños, tan pacífica como el deslizar de los arroyos: y él solo pedía que le amasen, no tenía razones inflamadas de profeta. Era el centro de todo amor en la verde Galilea: daba esperanza a las almas: decía la venida del Señor, el fin de las lágrimas, las glorias del pobre.

— El cielo es de los simples — les decía. — Los que lloran serán consolados; los miserables poseerán la tierra. ¿Tenéis hambre y sed de justicia? Venid a mí: seréis saciados. Sed pacíficos, sed puros. Si os persiguieren en el reino de la tierra, se os abrirá el reino del cielo. Seguidme, seguidme!...

Y le seguían; abandonaban los campos, las huertas, las barcas: los niños le amaban, las mujeres iban prendidas de la luz inmortal de sus ojos. Todos querían ir con él por el país de Genezaret, comiendo los frutos casuales de las huertas, bebiendo como los rebaños del agua de los arroyos.

Explicaba a Dios de una manera nueva; nadie le conocía mejor: él era la conciencia viva de Dios. Su Dios no era Jehová, amigo de Israel, enemigo de los hombres: no era el ser solitario, tenebroso, irritable; su Dios era el padre, el consolador, el purificador, el eternamente sereno, el eternamente justo.

El maestro predicaba la fraternidad entre los hombres, el perdón, la caridad, la humanidad, la grandeza, la poderosa virtud del sacrificio.

— Si os golpean una mejilla, presentad la otra. Si os odian, amad. Si os persiguen, orad! ¿Qué mérito habría en amar a los que ya nos aman?

Una cosa singularmente me chocaba en las enseñanzas que Jesús me repetía: era la condenación de los usos del templo, del celo devoto de los fariseos; pues, en verdad, ¿para qué tantas purificaciones, tantos cilicios, tantos usos de piedad? ¿Por qué los fariseos han de traer en sus túnicas las hojas de papirus, señal de devoción, y por qué dan la limosna, de pie, en la escalinata del templo, gritando y mostrando la moneda?

—Cuando des tu limosna—decía el Maestro de Nazaret—que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

Y estas palabras llenaban mi corazón. Y alegrábame saber que él no era como los demás profetas; no se retiraba al desierto, no enflaquecía a fuerza de ayunos, no rasgaba sus vestidos, no hería su cuerpo en las aristas de las rocas: vivía como un sencillo y como un pobre, y si a veces buscaba los lugares retirados, y amaba las montañas, es porque ahí estaba más en la fraternidad de los suyos y en el corazón de Dios.

Juan me hablaba de las mujeres que le seguían, y eran Juana, mujer de Khouza, Salomé, María de Cleofás y María de Magdala, que yo conocía del Acra, en Jerusalén. María de Magdala, ahí y en Tiberiades había tenido una vida de pasión e impureza: una exaltación inexplicable era la esencia de aquel ser; tenía espasmos, contracciones, entusiasmos perturbados: creía poder calmar la impetuosidad de su naturaleza febril con el amor de los hombres; se aproximaba a los doctores notables de entonces, penetraba en las discusiones y explicaciones de la ley, después se rodeaba de fariseos y envolvía en devociones. Era un alma inquieta que buscaba alguna cosa. Todo lo que hacía era con pasión: el cultivo de plantas raras, la composición de aromáticos, el estudio de las hierbas, todo lo hacía, ardiente y hastiada. Enferma, pobre, fué a Magdala. Encontró a Jesús, predicando. Le siguió. Adoraba la doctrina del Maestro y amaba su figura delicada y bella. Tenía, empero, fuertes impaciencias, levantaba discordias con los discípulos, retirábase al desierto. Pero volvía, porque su afecto suave por el Maestro era mayor y dominaba su tenebrosa y confusa naturaleza.

Le agradaba derramar perfumes en el cuerpo de Jesús y coser en su túnica franjas de Tiro.

Jesús, por otra parte, aceptaba en su compañía a las mujeres transviadas, a los publicanos, a los pecadores.

Tal era Jesús, según Juan. Yo estaba lleno de admiración.

"¿Además, decía yo, aquel hombre que vi en el templo, con la indignación de Isaías, es, pues, suave como el cielo de Galilea?" ¿Realmente, una raza tan humana, tan sencilla. tan pacífica, podría dar un profeta irritado?"

— El Maestro es la dulzura misma, — decía Juan.

¿De dónde venía, entonces, aquella cólera, aquel gesto de Mesías vengador?

— ¿Desde cuándo es así? — preguntaba yo a Juan.

— Dices bien: el Rabbí ha cambiado mucho desde que llegó a Jerusalén.

## IV

Era ya de mañana y todavía Juan me contaba esas cosas pacíficas mientras yo encaminaba mis pasos hacia el templo. Iba perturbado, sin centro moral. A veces surgían en mí deseos de ir a Galilea, siguiendo los pasos de Jesús de Nazaret; otras veces mi viejo orgullo estrecho de hombre del templo, suscitaba en mí hostilidades o desdenes.

El templo se abría, llegaban los fariseos, los devotos; los doctores aproximábanse en sus cabalgaduras, los sacerdotes en sus literas; cruzábanse de piernas en sus esteras los mercaderes; sacábase el agua de las piscinas, encendíanse purificadores, desdoblábanse los velarios; los pregones anunciaban debates civiles, ventas de campos; comenzaban a instalarse las escuelas rabínicas; sonaba el oro en la banca de los traficantes; había risas, oíase el balar de las ovejas y carneros.

Mientras vigilaba estos servicios, vino a mí, alegre, un viejo camarada del templo, Josué, que desde hacía tiempo andaba por las villas de Galilea organizando las sinagogas. Era gran conocedor de las tradiciones y lleno de experiencia de la vida sacerdotal. Le pregunté si conociera en sus peregrinaciones a Jesús de Nazaret, hijo de María de Caná, y a sus compañeros. El era docto, sincero, estudioso; debía de saber explicarme, mejor que el simple y exaltado Juan, la esencia del Rabbí de Galilea.

Díjome que, efectivamente, había visto a Jesús en la sinagoga de Chorazín; que conocía su vida y su doctrina; que era un hombre destinado, tarde o temprano, a ser lapidado en la puerta de Bethel; que predicaba toda clase de impiedades; que combatía la ley, las tradiciones y los textos; que hablaba en sentido opuesto

al de la vieja sabiduría judaica, siendo ignorante y mozo; que no respetaba a los ricos, ni a los sacerdotes, ni a los fariseos; que quería distribuir las riquezas entre los pobres; que vivía en compañía de mendigos y de mujeres perversas; que dormía al acaso, en los huertos; que no tenía casa ni campo; que se asociaba con el publicano y aun con el pagano; que no hacía abluciones ni sacrificios y que era un vagabundo de los montes de Galilea, sin autoridad entre los doctos y los ricos.

Yo oía, callado, estas palabras, que eran todo el espíritu de los fariseos y de los doctores. Y, cuando salí del templo, corrí al atrio de Hannan.

Jesús de Nazaret ya me era simpático por el sentimiento y por la razón. Pero... ¿qué era aquel hombre? ¿Era un simple visionario? ¿era un contemplativo, lleno de la melancolía que dan las espesuras de Galilea, repleto de un divino desdén? ¿Era un espíritu lleno de sabiduría? ¿Era un continuador de Judas Galanita? ¿Venía a predicar contra el impuesto y contra el diezmo? ¿Era hostil a César, y lleno de la tradición de los Macabeos? ¿Era un simple? ¿Era un creyente? ¿Era un frío especulador de las esperanzas mesiánicas? ¿Venía a combatir el espíritu del templo?

Encontré a Juan, conversando en el atrio embaldosado con un hombre de la milicia sacerdotal. Le llevé hacia una ancha y obscura galería, vagamente estrellada de lámparas.

— Juan — dije yo, — dime: ¿qué viene a hacer a Jerusalén el sabio de Nazaret?

Juan me miró fijamente.

— Viene a la fiesta de la Pascua — dijo con lentitud.

— Juan — insistí, — por el Mesías y por la libertad del Bautista, prisionero de Antipas, dime: ¿a qué viene Jesús a Jerusalén y al templo?

— A predicar — dijo Juan.

Comprendí, rápidamente, todos los resultados de aquella lucha original.

— Ve! — le dije con exaltación — y dile que parta, que vuelva al lago de Tiberiades! Que viva en sus montañas, con su Dios, con los que le aman, tranquilo, en el reposo de los campos. ¡Que evite las puertas de Jerusalén! Dile que no venga nunca a acercarse como profeta a la columna del templo! Que vuelva a Galilea, que se acuerde de las piedras de la Puerta Esterquilinaria y que sirven para lapidar a los profetas!

Juan tenía el espanto en los ojos, en la voz.

— Eliziel! Eliziel!

— ¡Que vuelva, que vuelva a Galilea!

Y subí rápidamente por la escalinata de granito verde, que llevaba a las habitaciones interiores de Hannan.

El viejo sacerdote, debilitado, caduco, encorvado, comía, tendido sobre hermosas pieles, arroz y miel. A sus pies, una esclava siria, de Damasco, cantaba. Jesús Bar'Abbas, enfrente, hacía bufonadas.

EÇA DE QUEIROZ.

*(Continuará).*

(Trad. de Juan Más y Pí).

## AVENIDA DE MAYO

Como una dama hermosa que ante un galán, coqueta,
Despliega un abanico con vistas de color,
La Avenida de Mayo, presumiendo al poeta,
Despliega policromias de eléctrico fulgor.

En una *limousine* que silenciosa rueda,
Una maestra rubia que desatiende a un niño:
Una alondra germánica, presa en redes de seda;
Sueña con Berlín, flores, *lieutenants* y cariño.

Lenta, como el carruaje que leve la conduce,
Se desliza su vida cual perpetuo soñar;
En sus ojos azules una pena reluce...
La gobernanta rubia no tiene a quien amar.

Una señora joven en un auto lujoso,
Sonríe los misterios de un sonreír de amor...
Y en el pescante un *groom* muy pálido y buen mozo
En traje de lacayo con gestos de señor...

Una señora anciana, muy erguida y sencilla,
En un *mylord* abierto de correcta elegancia,
Pasea a un nietecito cuya mirada brilla
Con la expresión fulgente de una feliz infancia.

Y forman un contraste continuo y armonioso
La anciana que sonríe con tristeza y bondad,
Y el niñito que observa muy serio y muy dichoso
El movimiento rítmico de nuestra gran ciudad.

Pasan autos de plaza, rumbo a las estaciones;
Se adivina en el fondo la pareja de amor...
¡No laten más a prisa que estos dos corazones
Los émbolos ardientes del rápido motor!

Y el poeta descubre que ritma en el ambiente
De este mundo de ansiosos que buscan emoción,
Como una queja muda, como un grito inconsciente,
Un eco de la angustia del propio corazón.

ADOLFO KORN VILLAFAÑE.

---

# EL AMOR A LA VERDAD[1]

Querido amigo: ¿Mi opinión sobre la filosofía? Hela aquí. Se la expongo con todo el candor de la inocencia de un hombre de mis años.

De mi confesión, empero, no deduzca usted nada; si alguna frase le pareciera preñada de consecuencias, no la obligue a parir. Sólo a este pacto puedo resolverme a hablar. De que alguien sostenga que el Aconcagua no es tan alto como se cree, no se sigue que él se crea más alto que el Aconcagua.

El más grande vicio orgánico de nuestras razas es la propensión a la idolatría y la necesidad de sacrificar a alguien a nuestro ídolo. La antropotusia no es verdad que haya desaparecido. Nada desaparece de una raza; la conservación de los elementos constitutivos de cada raza es más cierta que la de la materia y las fuerzas. Si un elemento parece haberse desvanecido es que de sensible se transformó en latente; lo que cesa de mostrarse aquí, se manifiesta allá; y nace el problema de saber si lo que se llama civilización y no es otra cosa que transformación en latente de lo manifiesto, es un bien o un mal. En terapéutica el internarse de una enfermedad es un mal.

Todas las estatuas que usted ve en las plazas de las ciudades latinas no hacen más que ocupar el lugar de las de los dioses que se admiraban en Atenas y Roma. Un ejército de hombres de levita y ropa interior, ha derribado los desnudos dioses de sus pedestales, sustituyéndolos en la admiración de los transeuntes. Donde había

---

(1) Desde Haarhuus donde actualmente reside, mi buen amigo el profesor Hans Friedrich, que durante muchos años vivió en esta república y a quien ya conocen los lectores de NOSOTROS por sus publicaciones anteriores, me escribe la carta que aquí inserto. Yo le había solicitado un artículo filosófico, todo un señor artículo: él me contesta con estas rápidas y burlonas notas epistolares que desafiando su indignación he resuelto transcribir. Me induce a ello la acogida favorabilísima que tuvieron sus cartas anteriores, en estas mismas páginas publicadas, y el juicio encomiástico que merecieron a personas que mucho respeto. — R. G.

la radiante frente del intonso Apolo, se levanta hoy una calva; en vez de las hermosas líneas de una pantorrilla, los ojos chocan con un pantalón , ni cortado siquiera a la medida; la perilla ha reemplazado la barba de Júpiter; el reloj y la cadena la egida; y hasta los manoseados botones toman parte en la apoteosis.

Nos extraña que los griegos y los romanos estuviesen persuadidos de que los dioses se elijan como los magistrados, no siendo menos eficaz el nombramiento; que se postrasen a los pies de dioses cuya divinidad era un don de ellos mismos, y no caemos en la cuenta de que nosotros no hacemos otra cosa; que es el producto de una subscripción el pedestal que los levanta sobre nosotros y que para conseguir su deificación, ya en el mármol, ya en el bronce, han tenido que apelar por medio de los diarios a nuestro bolsillo.

¿Qué es lo que se adora en esos númenes cuyas prendas de tocado llevan la marca de Gath y Chaves? Nada: su divinidad es nuestro don, y por eso mismo ¡pobre de él quien no la reconozca! No podemos hacernos ni hermosos, ni ricos, ni inteligentes, ni educados, ni bien vestidos; pero podemos hacer dioses y esta prerrogativa nos compensa de todo lo demás. Y tanto mayor es nuestra satisfacción cuanto más grandes y manifiestas han sido las deficiencias del sujeto que se deifica: todo en nuestros dioses ha de ser regalado por nosotros.

Es de veras admirable el poder que tiene el hombre de dar realidad a los productos de su fantasía. Si usted se pone un par de astas, su sensibilidad no se extiende cuanto su locura; quiero decir que las astas quedan secas, y no reaccionan ni contra las moscas, ni contra los bichos colorados.

No sucede así con estos dioses; la sensibilidad de un pueblo o de una nación pasa en ellos, se vuelven los callos de aquel pueblo o de aquella nación, y ¡cuidado con pisárselos!

Usted comprenderá ahora lo peligroso del empeño en que me quiere poner. Descartes es un callo de la nación francesa; Kant un callo de la alemana. Vueltos ya dioses, no es permitido en su presencia ni escupir, ni quedar con la cabeza cubierta, ni reír. De Dios y de Cristo la sensibilidad pública se ha retirado; pero no de esos monigotes. Usted no puede siquiera tocarlos sin que mil voces griten *ay!*, sin que se agite alguno de los espíritus colectivos reclamando su cabeza.

Vamos. Usted me sostendrá que no eran menos ficticios los

númenes antiguos, y que si yo quiero derribar a Schelling o a cualquier Muller o Wolf, es para poner en su lugar a Platón o a Aristóteles. Acaso sea usted pragmatista y profese que el hombre crea la realidad.

Pues bien, usted se equivoca. Yo admito una realidad independiente de mí; no sé desprender la conciencia de este clavo que la sujeta; ni tampoco admitir, fuera del caso de una litiasis, que un hombre cree una piedra. No por eso niego el poder de la fe: admito que para uno se vuelve real aquello en que cree de veras, y que si yo pudiera creer, pero enteramente, que estoy viéndolo a usted, lo vería. Con todo, pienso que si usted no estuviese presente la mía sería una ilusión.

En el sueño lo que da realidad a las visiones no es otra cosa que la fe. Pero yo sé que esto sucede en el sueño. Despierto no podré jamás creer que usted sea una proyección mía; y el llegar hasta allí para mí será siempre indicio de locura.

Siendo, pues, así, nadie me hará jamás creer que si hay un Dios es hechura mía.

Reconozco los efectos admirables de las bebidas alcohólicas, y que bajo la acción de Baco sale de nuestro carozo psíquico un mundo, substituyéndose al real; pero no puedo conformarme a confundir la filosofía con una botella de caña.

Sé demasiado hasta donde puede uno ilusionarse, mas no veo que sea bueno querer formarse ilusiones, hacer de la filosofía un sustitutivo del opio, y esforzarse en hipnotizarse. Cuanto más uno logre disfrazar a sí mismo la realidad, tanto más rudo será el choque que habrá de despertarle.

Unico empleo digno de la mente humana me parece ser el servirse de ella para conocer la realidad; y sólo entonces será posible hacer verdaderamente reales nuestros sueños. ¡Qué de sueños de nuestros antepasados son hoy día realidad! ¡Desde el fonógrafo hasta el aeroplano! Cierto que mejor hubiese sido que el fonógrafo no pasara de un sueño...

Por consiguiente, siendo tales mis convicciones, mi preferencia por los antiguos no es cuestión de idolatría; los prefiero, los leo con mayor confianza, no porque sean dioses menos ilusorios, sino porque no tenían prevenciones, y por lo mismo que no conocían la realidad, no tenían interés ninguno en disfrazarla.

Hasta Platón sigo la filosofía con gusto; después de Platón, estoy íntimamente persuadido de que el seguirla es un mal, un delito.

¿Es que Platón resolvió el problema del ser y el conocer? Platón, amigo querido, no resolvió nada. No admiro a Platón por los resultados de sus pesquisas, antes, si he de ser sincero, no lo admiro por ningún motivo, persuadido como estoy de que yo también llegaría adonde él, de tener su ingenio y hallarme en las mismas condiciones de ambiente. Nunca he admirado al águila porque vuela, pareciéndome al contrario muy natural que se la debería admirar si no volara.

Mas, si Platón no me causa admiración, me inspira, sin embargo, una gran confianza, y ello por su sinceridad. El ama realmente la verdad: es la verdad y no otra cosa lo que él anda buscando, y doquier llegue, llega llevado por aspectos de la realidad que se manifiestan a la conciencia de todos. La verdad él la ignora; pero está dispuesto a aceptarla, cualquiera que sea: no se le ocurre someterla a condiciones, pedirle títulos, imponerle la medida en que debe entregarse. El recoge y limpia una migaja de verdad con el mismo cuidado que un trozo.

Si hay algo indudable es que la verdad no sufre violencia, que la condición para llegar a ella es amarla sinceramente, y que rechazarla si no se entrega toda entera es pretensión que raya en locura.

Todas estas condiciones se encuentran en Platón, así como en sus predecesores, y por ello ando con él con el mayor placer, con él me alegro de sus hallazgos y me río con él de sus decepciones. Poco importa que su especulación sea vana: me basta que sea sincera. No rehuyo la compañía de nadie, con tal que de por medio no haya disfraces, disimulaciones, hipocresía.

Escucho, pues, con agrado a Platón, agradeciéndole sus consejos y las vistas que me comunica, todo lo que me dice, porque antes se lo dice a sí mismo. Pero con agradecérselo y todo, es de mi experiencia de donde procuro sacar el concepto de la realidad, y no de la ajena, aunque sea la de Platón; si bien no puedo disimular que cuando sus inducciones coinciden con las mías, experimento un verdadero placer. Confieso que ver en Platón a un precursor mío me extraña amablemente y me le hace estimar más todavía.

Platón, al acercárseme, no me pide renuncia ninguna. Me pregunta si yo también soy amante de la verdad, y yo le contesto que tanto como amante no, pero sí amigo; que uno es amante de una mujer, y no de la luna.

Platón sonríe y no disimula que su amor a la verdad raya en pasión, aunque nunca la viera ni sepa en donde tenga su Toboso.

Después de estos preliminares, me ofrece su mano de aristócrata y me convida a que le acompañe en buscarla, poniendo mis ojos, con gafas y todo, a su disposición. Así es como yo lo quiero a un filósofo. Pero uno que sin conocerme siquiera, sin saber ni qué gustos, ni qué disposiciones tengo, se me acerca y pretende que me ponga a dudar, tenga yo ganas o no, porque para él no hay como la duda para llegar a la verdad, ¿qué impresión puede producirme sino la de un grosero y un entrometido?

Yo dudo, pero cuando dudo; y no me parece menos indecente provocar la duda que el estornudo, sea con el rapé, sea con una paja. ¿Cómo puede ser sincera la duda que uno se impone?

"Usted, dice Descartes, no quiere comprender que lo que yo pretendo es una duda sistemática". No sé si mirarlo con compasión o con desprecio. ¿Cómo es posible que un hombre que está en sus cabales, se diga: "ahora me pongo a dudar de todo"? ¡Y tal gente que empieza por una ficción presume llegar a la verdad!

Veo lo que veo, y lo que veo para mí es cierto. Nunca he tenido motivo para dudar de mis ojos, y muchas veces he tenido que persuadirme que son mucho más listos que yo. Una vez me presentaron como torcido un bastón sumergido a medias en el agua y los acusé de embusteros sin que ellos me pudieran contestar. Al estudiar óptica me di cuenta de mi error y de que, torciendo el bastón, me indicaban los ojos del solo modo posible para ellos, la gran ley de la refracción de la luz.

Tanto como en los ojos confío en mi razón que nunca me engaña. Hay casos, y muchos, en que yo la obligo a llamar blanco lo negro, pero sin conseguirlo sino en apariencia, porque algo así como el canto de una hormiga, una voz que no se describe, sigue diciendo en mis adentros: negro, negro.

Ahora ya me he acostumbrado a tratarla mejor y a no hacerle violencia; y desde que hice la paz con mi razón, toda la bóveda azul de mi alma se ha despejado.

Pues bien, ahora se me acerca Kant, por más señas con su flotante corbata sucia de rapé; y por primera cosa se mofa de mí y quiere que toque el timbre y llame la razón, para hacerle, como los detectives, *algunas preguntas*. Y no basta, porque pretende que mis ojos, mis oídos queridos y hasta ese pobre olfato, están todos conjurados con la razón para engañarme. De

donde le venga esa manía de las persecuciones no alcanzo a entender, y a mi turno le pregunto en qué funda sus acusaciones. Me contesta que le quisieron dar a creer que hay un sol, una tierra, montes, ríos y mil mentiras por el estilo!

Usted apenas puede admitir locura tal. El entonces lo aferra a usted por un botón y se empeña en que lo siga, pero a condición de que antes haga usted el sacrificio de su sano juicio: sobre este particular no admite transacciones.

Descartes presume que su método lleva a la verdad: ha descubierto la piedra filosofal y el secreto de fabricar el oro. ¿Por qué, entonces, no muestra el oro que ha fabricado? Mientras dure la tuberculosis no creeré jamás en la eficacia de los sueros para combatirla, y no los consideraré sino como robos perpetrados en nombre de la ciencia. Para mí, cualquiera que habla del método es un charlatán. Para llegar a la verdad todos los caminos son buenos y ninguno lo es.

¡Usted me citará el método experimental! El error está en considerarlo como método para llegar a la verdad, y no como un medio para cerciorarnos de haberla descubierto. No hablan de saber si hay modo de verificar, después de descubierto un diamante, si es un diamante o un trozo de vidrio; sino de si hay un método que lleve infaliblemente a descubrir diamantes.

"Las etapas del método experimental son: la observación..." ¡Basta, basta! Si usted es capaz de practicar la observación, habrá notado que no se observan sino los hechos que se hacen observar. Sin aquella lámpara de la catedral de Pisa, Galileo no habría parado mientes en el isocronismo del péndulo; y si la famosa pera, quizás indignada de la torpeza de Newton, no se decidía a caerle sobre la naríz, él nunca habría pensado en la atracción universal.

¡Si todo esto es tan evidente! La atención fluye, es de suyo la cosa más resbaladiza, y no se detiene sino cuando el acaso subraya vigorosamente un hecho. Fué la pierna de una rana la que sacó a Galvani de su aturdimiento; es a un farol, con cuya luz empañada tropezó Galileo Ferraris, que se deben los campos magnéticos rotatorios. Y es que si el mismo hecho no nos obliga a observarlo, la observación es estéril. ¿Cómo, pues, puede llamarse método el acaso?

La filosofía empieza por la afirmación de Tales, de que todo en el mundo es agua; mas esta misma observación nunca se le habría ocurrido a Tales, si el acaso no lo hubiese hecho caer en un pozo.

La duda puede ciertamente llevar a grandes hallazgos; pero para que ello sea posible, es menester que se presente por sí sola: se necesita un hecho en contradicción con una creencia, es decir, el tropiezo consabido.

La duda sistemática, aparte la imposibilidad de que sea sincera, podrá conducir al hospicio de alienados pero no a la verdad. ¿Cómo puede ser base de un método una ficción?

Helo aquí a Kant con un poste, que va a fijar el término de la razón! ¡El criticismo! ¡Hay que determinar antes los límites del campo, dentro de los cuales la razón puede obrar con éxito! ¡Qué pretensión! Yo precisamente quiero que mi razón no vaya a pastorear sino más allá de aquellos límites. "Pero, me dice Kant, no podrá usted jamás llegar a la certidumbre absoluta!"

Contestaré que nunca me ha seducido ir a la caza de la certidumbre absoluta; que la certidumbre depende de motivos psicológicos; que nadie busca la sopa absoluta, sino la sopa que baste para saciar el hambre. Ni el sol con toda su luz logró hacerse admitir por Kant: tan es verdad que ninguna evidencia basta a producir la certidumbre si ésta no encuentra en una mente disposiciones para producirse.

¿Quería Kant contralorear la razón? Había un medio. Irritar su masa cerebral hasta producirse en ella otra razón, distinta de la que tenía. Contralorear la razón por la razón es encerrarse en un círculo sin salida.

Lo que de veras Kant consiguió, fué demostrar que por más grande que se suponga, la necedad es en el mundo todavía mayor.

No hay más que una cosa preciosa en el mundo: el sano juicio. Dando con él, se tiene la solución de todos los problemas. Y nunca iré yo con personas cuyo único objeto es embotarme mi sano juicio. Toda esa especulación ha nacido, dice Nietzsche, del miedo de dar con la verdad. Para no ser obligados ni por la razón ni por los sentidos a rendírsele, han presentado querella contra la razón y los sentidos. Lo que admira, es que el esfuerzo de substraerse a la verdad encontrara tanto favor.

Pero yo vuelvo a Platón; es decir, me esfuerzo en remover de mi espíritu y de mi conducta, cuanto pueda crear un interés contrario a la verdad.

No me importa no encontrarlo. ¡Quién sabe si su posesión no me envaneciese! Sus frutos se recogen no tanto con poseerla como con amarla. El reino de Dios está hecho no para que venga,

mas para que se desee su venida. A semejanza de una criatura, yo me pongo en los brazos de mi razón, sin buscarle los pechos con el descaro del criticismo. También ella tiene su pudor y no seré yo el que revele la goma de sus turgencias. Mis sentidos juegan risueños a mi alrededor como otros tantos Santos Juancitos en torno del Niño Dios. Lo que descubro desde el idilio de mi Belén, no es como para dicho en pocas palabras. — Su amigo afectuoso.

HANS FRIEDRICH.

---

# LAVALLE Y ROSAS

## SUUM CUIQUE TRIBUERE

*A mi distinguido amigo el doctor Carlos Alberto Carranza.*

He asistido a sus conferencias del Ateneo Hispano-Americano y desde aquí como allí, como argentino y como amigo, aplaudo la noble y patriótica idea que las originó; pero si le manifiesto con toda franqueza mi admiración por su esfuerzo, con toda sinceridad también, me permitiré objetar el método seguido por usted para comentar los acontecimientos y personajes de nuestra Historia.

Se ha ajustado usted en sus interesantes y eruditas conferencias, a la proposición que formulara Carlyle: "La Historia no debiera ser más que la glorificación de los Héroes"... y esto me corrobora la nobleza del patriotismo que alienta su corazón, pero, aspiración tan levantada, no justifica el error fundamental del método adoptado en todas sus partes.

Si bien estoy completamente de acuerdo con usted en lo que a la glorificación de los héroes de nuestra emancipación se refiere, disiento fundamentalmente en lo que a la actuación ulterior de los mismos respecta, si se quiere abocar el estudio de nuestra Historia, en esa época subsiguiente a la independencia.

La Epopeya dejémosla para el poeta, es para cantarla con las trompas de bronce de la Inmortalidad y no para la prosa escueta y lógica del comentario, pero no podemos hacer lo mismo con los acontecimientos posteriores y sus hombres.

Para comentar esta parte fundamental de nuestra vida institucional y política, que corresponde al sociólogo y no al poeta, se

ha seguido sin embargo un procedimiento apologético y personalista, dividiendo a sus actores en mártires y verdugos, describiéndoseles con frases altisonantes y declamatorias, cargadas de alabanzas y anatemas; a punto de que todo lo que se ha escrito sobre esa época compleja, admirable y grandiosa en que se debate el embrión de la nacionalidad, no nos da idea de nada humano sino de algún trasunto de mitología india, en que se describiera la eterna lucha del Bien y del Mal.

Lavalle, a través de sus conferencias, está brillantemente descripto como el paladín y el mártir, cuyos *errores* fundamentales, según usted y sus apasionados biógrafos, no logran macular su grandeza. En cambio, como siempre, Rosas es monstruoso, feroz y sanguinario.

Esta es la historia de siempre, pero no la Historia. Para esta última, encarada con la imparcialidad que exige el método positivo, que enseña lo relativo y fatal de los hechos sociales, no puede haber personajes abstractos, a fuerza de perfectos, de actuación indiscutible; no puede haber sino seres humanos demasiado humanos, con toda la gloria que les pertenezca por la grandeza de sus actos, pero también con toda la culpa que les corresponda por sus errores y sus faltas.

Además el determinismo histórico nos demuestra que no han sido nunca los hombres los que han originado los acontecimientos, sino éstos los que han producido a los hombres.

Usted nos ha pintado, como es costumbre, aunque brillantemente, un Lavalle tradicional y de leyenda, generoso, bravo, altanero, sublimizado por el martirio, al cual usted, como todos los biógrafos unitarios, ha perdonado la muerte de Dorrego y la alianza con los franceses que bloquearon el territorio de su patria; y de paso, no pudo menos, de una pincelada enrojeció "esa negra y sangrienta noche de la tiranía". Las frases eran bellas pero los argumentos no eran verdaderos y no creo que así se debe comentar la Historia.

¿No sería mejor presentar al héroe con toda la magnitud de su grandeza y toda la hondura de sus culpas y de ahí, hacerle surgir a la inmortaldad si la merece?

Al pretender justificar estas dos culpas fundamentales de Lavalle, que, a mi juicio, con el tiempo pesarán más que su gloria, los historiadores y comentaristas apelan a las frases más sentimentales y caen en las más lamentables contradicciones. Así unas

veces nos dicen que Lavalle manifestó, en varias ocasiones: "que él ordenó la muerte de Dorrego convencido de que así lo deseaba la opinión publica; y sin embargo, también nos dicen que antes del fusilamiento, Lavalle recibió una comunicación del almirante Brown en la cual le advertía: no traiga a Dorrego prisionero a Buenos Aires porque el pueblo se levantaría en masa."

En cuanto a la alianza con los franceses se advierte que todos los tratadistas evitan comentarla acudiendo a socorridas expresiones declamatorias y nos hablan de mártires, de sangre y de barbarie, para ocultar lo que no se puede justificar: la traición a la patria.

He oído en mi niñez, a una anciana patricia, de origen unitario, recientemente fallecida, y que formó mi alma de argentino, que las tropas federales cantaban unas estrofas que decían: — "Si Dorrego murió asesinado no fué por infiel ni traidor a su patria."

¿Puede decirse lo mismo de Lavalle?

La respuesta que es abrumadora, está en el testamento de San Martín. Al través de las palabras del Libertador de medio mundo, se advierte el dolor que le causara la actitud de uno de sus más brillantes oficiales, uno de los que le acompañaron de triunfo en triunfo hasta dar la libertad a tres naciones. Este brillante oficial del ejército libertador no titubeó, por satisfacer sus ambiciones, en aliarse con el enemigo de la patria para entrar vencedor en su territorio.

"Traición es la más vil cosa que puede caer en el corazón de home" — dice Don Alfonso el Sabio, en *Las Partidas;* y San Martín en su testamento, legó al tirano de su patria — dice Mitre — "el sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sud, como prueba de la satisfacción que como argentino he tenido, al ver la firmeza con que el general Rosas ha sostenido el honor de la república contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla."

Dice Osvaldo Saavedra, comentando un mal libro, falsamente científico, escrito sobre Rosas y su tiempo, pocos años ha, en un artículo brillante por su lógica, admirable por su sinceridad histórica, publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* y que vale más que toda la obra que lo originó:... "falta el agitador que haga rever el proceso para calmar las incertidumbres generosas. Ya vendrá, muchos lo esperan y ha de hacerse célebre ese luchador porque hasta algunas estatuas tendrán que defender su posición."

Acontece con la época de Rosas, lo que con la historia de la Edad Media. Según el método vulgar de comentarla, aparece este ciclo grandioso y magnífico de la Historia de Europa, como una larga y siniestra noche en que todo es calma, y la vida, que sólo alienta en la ferocidad de los señores y en la crueldad de los frailes, se apaga en la oscuridad de las conciencias.

Sin embargo, cuán diferente es si se estudia sin dogmatismos ni prejuicios!

La Edad Media es entonces la gestación estupenda y admirable de las nacionalidades y las crisis de su vida, que late formidable, es un palpitar continuo hacia los grandes ideales de Justicia y Libertad.

Así también, la época de Rosas, vista al través de sus apasionados comentadores, es sólo un ciclo de terror y de sangre, originado por un monstruo sobre el cual debió caer la maldición divina.

Para estos historiadores la vida y los hechos de los unitarios son un dechado de pureza y patriotismo; en cambio, los federales encarnan siempre la barbarie, el crimen y la sangre.

¿No se ha enseñado a todas las generaciones argentinas desde el año 52, que "La Mazorca" era una agrupación de bandoleros que utilizaba el tirano para satisfacer sus instintos sanguinarios? Sin embargo, sin ir más lejos, en una publicación reciente, perfectamente documentada, Dardo Corvalán Mendilaharzu, nos da la nómina de los miembros de la "Sociedad Popular", en la que se contaban los apellidos patricios más distinguidos e ilustres de la sociedad argentina de la época.

Por esto, cuán diferente es también la época de Rosas si se la estudia con criterio imparcial y positivo; cómo se tornan en vulgares ambiciosos los más inmaculados paladines y cómo se impone, con los caracteres de una necesidad fatal, el gobierno de la fuerza y el terror para contener las ansias de poder y de mando de los que, para satisfacerlas, no se detienen ante nada ni aún ante la Patria; y cómo en esta época de sangre, este gobierno que ha cargado con todo el baldón y la ignominia de la Historia, con la destrucción del caudillismo calcó las bases de la organización nacional.

Entre todo lo que se ha escrito sobre esta época tan vilipendiada, no se encuentra ni un estudio científico y razonado de las causas, ni de las fuerzas sociales que actuaban en el ambiente y

que produjeron, como una consecuencia fatal de los hechos sociales, ese gobierno de fuerza, cuyos actos, aun los más violentos, no eran extraños al criterio jurídico y legal de la legislación colonial que regía todavía.

A este respecto refería Juan Agustín García, en sus conferencias de la Facultad de Derecho, una anécdota de la vida colonial. "Un procesado por homicidio, fué condenado a muerte por el alcalde y habiendo apelado de la sentencia, fué confirmada por el gobernador. Apelada nuevamente ante la Audiencia, el gobernador Cevallos puso este decreto al pie: "Que en vista de que los homicidios se sucedían en una forma amenazadora para la sociedad y que haciéndose necesaria una represión enérgica, *concedía el recurso de apelación pero sin perjuicio de que se ejecutara la sentencia.*" A continuación de este decreto aparece la nota del escribano en que se da fe de que en ese día se ahorcó al procesado." "Se ve, entonces, cuál es la clase de autoridad que tenía el gobernador en la época colonial y cómo la ejercía. Se ve que el poder ejecutivo ejercía una influencia absorbente sobre el poder judicial, lo que es una especie de despotismo."

"Viene más tarde la Independencia, y el nuevo Estado que se forma trae consigo muchos de los caracteres propios del Estado anterior, así como un hijo lleva siempre impreso alguno de los caracteres físicos y morales del padre. Así, cuando uno estudia la historia argentina, leyendo los documentos de los gobiernos anteriores al año 10 y de los gobiernos posteriores al año 10, se llega a esta conclusión: que son casi idénticos. Entre Rosas y Cevallos no hay diferencia en los procedimientos. Se dirá que Cevallos no ordenó las ejecuciones que ordenó Rosas, pero tampoco él lo necesitó; él gobernó un país sin enemigos; por esto los procedimientos subsistieron hasta en las formas."

La historia de la época de Rosas no ha sido hasta hoy, salvo rarísimas y poco conocidas excepciones, comentada en una forma científica y positiva, sino por medio de anécdotas y relatos melodramáticos de "testigos presenciales o víctimas de los hechos", lo que, teniendo en cuenta la falibilidad y escaso valor que la ciencia moderna atribuye al testimonio, desautoriza completamente el método.

Salvo estudios fragmentarios y aislados, no se ha publicado aún ninguna obra en que se estudie ese ambiente y sus fuerzas sociales, investigando, no ya en las pasiones que gravitaban en él,

lo que induciría a un error fatal, sino en los antecedentes y el desenvolvimiento de la vida política y social de la época, en la científica acepción de los vocablos.

¿Qué nos dicen los historiadores de la vida política, financiera o administrativa de ese tiempo? Nada que no sea un argumento utilizable para reforzar su apasionamiento, no para hacer luz, sino para confundir, para probar una tesis preconcebida y no para aclarar los orígenes de los actos de gobierno, políticos, administrativos o jurídicos, ni las causas de violencias sociales o personales.

Dice el doctor Estanislao Zeballos, en un comentario a un meditado estudio sobre la personalidad psicológica del Dictador, aparecido en el último número de la *Revista de Derecho, Historia y Letras:* "Cuando la época de Rosas es objeto de *explotaciones y caricaturas,* los estudios serios que en ella se inspiran llegan oportuna y eficazmente..."

¿Son realmente historiadores en la científica acepción de la palabra los comentaristas de la tiranía? No. Son eruditos, cronólogos que abruman con citas, fechas y anécdotas, pero que no logran con ello vencer ni disimular sus prejuicios, ni su parcialidad y apasionamiento.

Lejos, muy lejos de estos procedimientos está la verdad y la ciencia, pero afortunadamente no faltan tampoco espíritus serenos y prestigiosos que estudien con imparcialidad.

Así Juan Agustín García, el ilustre catedrático de sociología ya citado, cuyas investigaciones sobre la vida colonial son de una reconocida autoridad, decía en sus conferencias al estudiar los factores de la "Solidaridad social":

"Cuando un pueblo pierde el sentimiento de disciplina y obediencia, cae en la desorganización y en la anarquía. Tal aconteció a la República Argentina después de 1810, en que, una vez perdido por las masas populares el respeto y la disciplina, caímos en la anarquía, hasta hacer necesaria la tiranía para salvar al país; y se cayó en la anarquía porque la familia proletaria de la época colonial — de la cual ese pueblo provenía — estaba mal organizada y no tenía hábitos de obediencia, faltaba el laboratorio de esa fuerza social. Mientras que, por el contrario, en 1853, después de veinte años de obediencia forzosa, en que el Estado, sustituyendo a la familia, obliga a los hombres a obedecer, fué fácil la organización del país."

Para estudiar los acontecimientos, nos dice el profesor citado, que: "esos fenómenos sociales, si existen, es debido a causas sociales perfectamente naturales y como se trata de hechos sociales, sus causas deben ser también sociales, aunque aparezcan como el producto de la iniciativa o del poder de un individuo, porque ese individuo no es más en ese momento, que la encarnación o el representante de la causa social, desde el momento en que está actuando en el país."

Esperemos, entonces, que venga el historiador sincero y con verdadera honestidad científica alumbre esa noche de la leyenda, pues aún persisten las sombras sobre esa época en que se elaboró la nacionalidad.

Su amigo afmo.

CLODOMIRO CORDERO.

---

## EL NARDO

Flor de plata lunar, bíblica flor,
deje tu santo aroma en mi tristeza,
la misma ingenua y mística belleza
que dejaste en el alma del Señor.

Inspírame el encanto del amor
sencillo que perfumas de pureza;
quiero alejar de mi alma la maleza
con religioso, férvido temor.

Quiero tener como diamante, puro
el espíritu, al pálido conjuro
de tu color de luna, blanca flor;

como Jesús tener una María
que derrame la bíblica legía
de tu esencia divina en mi dolor.

José Muzzilli.

---

# NUESTRA ENCUESTA

## ¿Es más culta la mujer que el hombre en nuestra sociedad?

*Al proponer a nuestros lectores esta cuestión en el número 43 de* NOSOTROS, *vacilamos sobre el procedimiento que nos convenía adoptar para llevar a cabo la encuesta. Nuestra primera intención fué la de interrogar expresamente a un grupo selecto de damas y caballeros, a fin de conocer su personal opinión, valiosísima sin duda. Desistimos sin embargo de ello, aleccionados por unos cuantos ensayos: los interrogados se eximieron cortésmente de responder. Hay, al parecer, entre nosotros, un gran temor en comprometerse en peligrosas apreciaciones. Una distinguida dama nos ha contestado: "Ustedes me disculparán mi negativa. Tendría que hablar muy mal de las mujeres, a ser franca, y no me atrevo". Preferimos entonces no arrancar a nadie la respuesta; preferimos dejar al libre arbitrio de nuestros lectores de buena voluntad el debate de la cuestión propuesta. Son conocidas las contestaciones, interesantísimas algunas de ellas, publicadas en el número anterior. Otras cuatro hemos recibido, dignas por cierto de ser leídas. La primera que insertamos a continuación, es del reputado crítico musical de La Nación, señor Mariano Antonio Barrenechea. El distinguido escritor no vacila; concede a la mujer, convencidamente, la primacía. Se habrá advertido que es ésta la opinión del mayor número. No somos nosotros, por consiguiente, los que nos empeñamos en proclamar a todo trance — como alguien nos ha reprochado — la superioridad de cultura de la mujer de sociedad sobre el hombre. Parece ser un juicio bastante general. Nosotros nos abstenemos... Nos resulta muy cómoda la imparcialidad.*

*Dice el señor Barrenechea:*

"Si debe entenderse la palabra "cultura" en el sentido de estudio, meditación y enseñanza con que se perfeccionan los talentos naturales del hombre, es decir, la instrucción por la práctica de las artes y de las ciencias, es muy difícil, sino imposible, formarse una opinión y emitir un juicio.

En una de las temporadas de la Opera tenía mi platea detrás de la del hermano de uno de nuestros más eminentes políticos, ex presidente de la República. El semipersonaje, conversaba en los intervalos con el espectador que tenía yo a mi izquierda. Una noche que se cantaba *Don Juan* de Mozart, después del segundo acto se dió vuelta como de costumbre para hablar con su amigo.

"Me parece, le dijo entre otras cosas, que esta ópera no va a vivir mucho."

Se pueden repetir muchas anécdotas como ésta en pro y en contra de uno y otro sexo. Serán casos particulares, que nada resolverán. Es siempre forzoso presumir que el hombre es más culto que la mujer en una sociedad en la que las carreras científicas y liberales y el cultivo de las artes están exclusivamente abiertos al sexo masculino.

Pero la palabra "cultura", empleada en la encuesta, sólo puede ser tomada como el conjunto de cualidades de todo orden, que constituyen la superioridad moral e intelectual. La encuesta queda así reducida al debatido problema de la superioridad del hombre o de la mujer, y en él ¿quién tardará en pronunciarse? La mujer es infinitamente superior al hombre. Si no tuviéramos razones para afirmarlo, la más elemental galantería nos obligaría a ello.

Se repite generalmente que la mujer es un ser inferior al hombre. Moebius y consortes, la Ciencia (saludemos con veneración), ha probado que el sentido del olfato y también el del gusto están menos desarrollados en la mujer que en el hombre. De donde resulta que... el hombre a su vez es inferior al perro. ¡La lógica ante todo!

En su artículo *Un problema eterno,* publicado en el número anterior de NOSOTROS, el señor Pedro Sondereguer ha tenido una frase feliz: "En amor la mujer es una profesional y el hombre un aficionado". Pero no sólo en amor, sino en todas las cosas de la vida la mujer es una profesional y el hombre un aficionado. En esto consiste su superioridad. Es que en todos los actos de la existencia, como en el amor, la mujer cede sólo a las inspiraciones del sentimiento. Los hombres también, pero no lo confiesan ni

lo quieren, con lo que cometen una gran estupidez. De aquí que las mujeres, a quienes se acusa de hipocresía y de vanidad, son más sinceras que los hombres. Por lo menos son más hábiles, porque gracias a este predominio que dan al sentimiento sobre la razón, deben la infalibilidad con que se conducen en la vida, y esta confianza en sí mismas, en sus luchas con el hombre las asegura siempre la victoria.

En la pareja humana la mujer representa toda superioridad. Su belleza es bien real y se prueba por la unidad y armonía de sus líneas y por la invisibilidad de sus órganos genitales. Y es superior al hombre, porque es un ser más delicado y sensible y está, por esto, más cerca que nosotros de la naturaleza y de lo divino...

Todos, quien más quien menos, hemos oído emplear en los salones a los jóvenes de nuestra sociedad, los términos del "bar" y del "paddock", y con las diferencias que la decencia impone no tratan a sus "compañeras" con más respeto y con más cultura que los que gastan con las inquilinas de las *Pensions d'artistes*.

Dejemos este hecho, desgraciadamente de muy fácil comprobación, y consideremos al hombre y a la mujer más o menos cultos.

Si queréis explicar a un hombre cualquier cosa difícil, tenéis que hacer una larga disertación con varias demostraciones entrelazadas con cerrados silogismos y el hombre no os entiende bien todavía. Tratad de explicar la misma cosa a una mujer: pocas palabras bastan, a veces una, otras ninguna. La mujer entiende más rápidamente y mejor cuando menos se habla. Una actitud basta a veces para explicarla todo un misterio. Las más sabrosas conversaciones con una mujer espiritual están hechas de medias palabras. ¡Qué obtusos, qué groseros resultamos los hombres a su lado y qué incapaces, generalmente, de comprender las delicadezas y sutilezas de su lógica que no es la nuestra! France ha podido escribir, con muchísima razón, en su *Jardín de Epicuro* que la mujer es nuestra verdadera educadora. ¿Cómo no han de ser más cultas que nosotros?

Si no tenéis el espíritu sutil, pronta la intuición y vibrante y ágil el sentimiento, no esperéis la experiencia del difícil y delicioso comercio de las mujeres para seguir el consejo que, según Bourget, dió la cortesana veneciana a Jean Jacques Rousseau: *"Lascia le donne e studia la matematica"*. — *Mariano Antonio Barrenechea.*

*Roxana — una inteligente colaboradora de La Razón, — emite, asimismo muy acertadas observaciones sobre el particular, abordando la cuestión singularmente desde el punto de vista educativo. Escribe:*

*¿Es más culta la mujer que el hombre en nuestra sociedad?*

Con esta pregunta encabeza NOSOTROS una encuesta que es hoy en nuestro país un verdadero problema social.

Ese ilustre publicista, psicólogo y sociólogo argentino, que ha dado su opinión a este respecto, conoce mucho a nuestro mundo social, pero no todo lo profundamente necesario para poder dar una explicación a esa superioridad en nuestra cultura, y a esa inferioridad en el sexo fuerte.

En principio, la mujer (y sobre todo nuestras mujeres, ricas en inteligencia y en facilidad de asimilación), es más susceptible, más delicada en sus sentimientos, y sobre todo mucho más viva que el hombre. Pero es el caso que nuestro cerebro, poco cultivado por lo general, se atrofia, cuando no muere de inanición.

El género de educación que recibimos las mujeres de esta tierra, es ilógico y es anticuado. Apenas un dos por mil, entre el sexo femenino, recibe una educación amplia, y esas son tachadas de feministas avanzadas, etc., etc.

Si a medida que se van desarrollando las condiciones intelectuales de la mujer, se les fuera dando forma, puliéndolas por decirlo así, llegaríamos a ser sin duda alguna superiores al hombre intelectualmente, como ya lo somos en delicadeza de sentimientos. No hay razón ninguna para creer que el Divino Hacedor tuviera la poca galantería de hacernos inferiores en materia de cerebro ya que nos hizo físicamente superiores al hombre.

Es que hemos evolucionado, dejándonos dominar hasta en eso.

En cuanto a la incultura del hombre, si algo hay de criticable en ellos, sólo las mujeres tenemos la culpa. Las mamás modernas llevan hoy una vida que está reñida en absoluto con todo lo que sea hogar en el sentido práctico de la palabra. Los niños varones son educados en los colegios o en las Universidades; salen buenos, cuando su índole es buena, y malos (la mayor parte de las veces), puesto que la inclinación natural del hombre es la perversidad.

Sólo una madre puede corregir con dulzura y firmeza al mismo tiempo esos mil defectos naturales en el corazón masculino, y

cuando esa madre abandona a manos mercenarias el cuidado de sus hijos varones, no debe quejarse luego cuando un *yerno* educado en la misma escuela, hace la eterna desgracia de su hija.

En cuanto a la costumbre de aislarnos porque "encontramos la compañía de los jóvenes frívola y vulgar", protesto enérgicamente. La actual generación, hombres y mujeres, es absolutamente insubstancial, física y moralmente. Salvo honrosas excepciones.

Es mil veces preferible la compañía de los hombres a la de las mujeres. No hablo de los chicuelos insignificantes que se dan aires de hombres, cuando sólo son *proyectos*. Hablo de los hombres cultos, inteligentes, instruídos, ilustrados; que los hay entre nosotros, gracias a Dios! La compañía de esos hombres es agradable e instructiva a un tiempo mismo. Ahora bien, de aquí proviene esa desavenencia entre los dos sexos. ¿Cómo es posible que un hombre de talento soporte la compañía de una jovencita a la moderna, que no sabe más que distinguir un "Paquín" de un "Redfern", o comentar el último noviazgo elegante de la estación? Aunque haya en esta generación niñas inteligentes e instruídas, esos hombres de talento no buscan su compañía porque ignoran sus condiciones. Y una de esas niñas, a su vez, tiembla de encontrarse en *tête à tête* con uno de esos muñecos que sólo saben hacerse el nudo de la corbata o manejar su "voiturette".

Hasta el idioma se despedaza aquí, lo que es otra demostración de la mala educación que se da a las generaciones modernas.

No puedo juzgar las condiciones de cultura de otros países, puesto que no he podido ver de cerca su sociedad. Sin embargo, la lectura nos une mucho a esos países aunque no tengamos igual idioma. Aquí la mujer argentina sabe siempre hablar varias lenguas. Las mujeres extranjeras van abriéndose camino, e imponiéndose por su talento. En cuanto a los hombres, la mayor parte de sus producciones, las teatrales sobre todo, son sucias y descorazonadoras. Los autores italianos no tienen nada que envidiar a los franceses como imaginación corrompida. En cambio hay una verdadera eclosión de autores españoles, tanto novelistas como dramaturgos, que son una compensación de la mala escuela y que no sólo tienen un talento admirable, sino que sus obras son un derroche de finura y delicadeza.

Nosotros en vez de progresar, vamos hacia atrás; y ya vendrán extranjeros a admirar nuestro adelanto, y la belleza de nuestras

mujeres, y podrán comprobar que en este país admirable, sólo se cultiva... la tierra.

Eduquemos a los niños de ahora, y ya vendrán generaciones que honren a la patria argentina. — *Consuelo Moreno (Roxana).*

*Una respuesta que apreciará el lector en todo lo que vale es la que nos envía el señor Enrique Murena, quien trata la cuestión con brillante originalidad. Hela aquí:*

En un viaje a Europa conocí a un noruego, hombre joven y práctico que viajaba de vuelta a su país después de una jira con intenciones económicas por América. Era una persona culta, muy culta, según una compañera de viaje. En efecto, poseía cierto roce social, era rígidamente amable, había viajado mucho y luego que le presentaban una persona, preguntaba si era rica y el monto de su fortuna, pero esto último hacíalo con discreción. Un día durante el almuerzo y después de haberse reído de una falta de pronunciación mía al hablar en francés, el noruego me preguntó: ¿Qué edad tiene usted? — Veintitrés años, respondí. — A su edad — me dijo — yo sabía siete idiomas! — No deja de ser una ventaja — le respondí; — ya estaba en condiciones de ser "maître d'hôtel".

Creo que lo mismo podríamos responderle al publicista argentino que ha afirmado que la cultura general de las mujeres en nuestra alta sociedad es superior a la de los hombres, pues, aquéllas, *formadas en el hogar por sus institutrices, saben idiomas, no carecen de gusto, tienen rudimentos artísticos, aman la buena lectura.* En efecto, cualquiera de esos elementos de cultura poséelo un "maître d'hôtel". — Idiomas: el "maître d'hôtel" es generalmente políglota. — Gusto: es elegante, distinguido, amable y de fino tacto. — Rudimentos artisticos: conoce los mejores museos, el libro y la obra teatral de moda.

Podemos felicitar, pues, a las jóvenes de nuestra alta sociedad por su cultura que les permite desempeñar una profesión tan lucrativa, especialmente hoy que todos sufrimos el yugo de la propina.

Si hay alguna diferencia entre la cultura del hombre y la de la mujer, no es en favor de ésta ciertamente, porque ese cosmopolitismo intelectual no puede constituir una superioridad.

Tanto el hombr como la mujer, en nuestra alta sociedad, reci-

ben las primeras nociones de institutrices extranjeras sin excepción, de manera que, con el objeto de que aprendan idiomas, los niños reciben la primera educación moral de una persona extraña, ignorante de nuestra lengua, de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones. En la edad más fecunda para las modelaciones espirituales, reciben el primer germen de cosmopolitismo. La mujer, si va a algún colegio, será al Sagrado Corazón o a otro por el estilo, y allí seguirá recibiendo, al hacer sus estudios en lengua extranjera, la misma influencia cosmopolita, a la par de una educación lastimosamente niveladora. Esa escritura recta y uniforme, común a todas las alumnas de esos colegios, es un signo gráfico de la uniformidad militar de la educación que han recibido, matadora de lo que, en la formación de un pensamiento, produce su independencia y originalidad de juicio.

El hombre, libre de institutrices, generalmente cursa el bachillerato en nuestros colegios nacionales, y tanto allí, como al seguir sus estudios superiores en la universidad, algo ha de obtener que sea propio y le permita luchar contra el cosmopolitismo ambiente.

Más tarde, mientras les dura el encanto vano de frívolos flirts de sociedad, seguirán bajo la influencia del medio cosmopolita, cada uno en su respectivo campo de acción, pues si la mujer juega al bridge y al golf, va a los teatros extranjeros, lee libros franceses o ingleses, se viste según las modas de París, el hombre tiene el foot-ball, el poker, el box, el Royal Thêatre, el Scala, el Casino, etc.

Todo esto está muy lejos de ser cultura intelectual, si se considera a ésta en su verdadero sentido, es decir, como la formación de un pensamiento libre, característico, equilibrado y dominador de su idioma propio que será su mejor instrumento de pensar. Citemos para el caso, de una carta del *Epistolario de Fradique Méndez,* el siguiente párrafo:

"Un hombre sólo debe hablar con impecable seguridad y pureza la lengua de su país: todas las otras las debe hablar mal, orgullosamente mal, con aquella pronunciación mutilada y falsa que denuncia en seguida al extranjero. En la lengua reside verdaderamente la nacionalidad y quien va poseyendo con creciente perfección los idiomas de Europa, va sufriendo gradualmente una "desnacionalización". No existe ya para él el especial y exclusivo encanto "del habla materna", con sus influencias afectivas, que

lo envuelven y lo aislan de otras razas; y el cosmopolitismo del Verbo le da irremisiblemente el cosmopolitismo del carácter. Por esto el políglota no es nunca patriota, no puede serlo. Con cada idioma ajeno que se asimila, introdúcensele en el organismo moral, modos ajenos de pensar, modos ajenos de sentir."

¿Qué consecuencias nos traerá el cosmopolitismo cuando influye por medio del idioma, del ejemplo y del contacto de la vida diaria, en un alma apta para recibir cualquier modelación, como la de un niño? La institutríz, maestro importado como cualquier reproductor anglosajón, apagará con su influencia la "individualidad nativa" del niño y su pensamiento empezará a formarse ajeno al encanto del "habla materna", a las tradiciones y a la historia de su país, al modo de pensar de los suyos, ajeno, en fin, al medio donde actúa y donde actuará después.

No es por ese camino, pues, que un pensamiento llegará a la universalidad de sus ideas, grado de evolución que supone una personalidad moral firme y característica, capaz de asistir al espectáculo del mundo asimilando sin desordenarse. El cosmopolitismo moral, por el contrario, implica revoltijo, falta de base, ideas incaracterísticas, personalidad neutra, desconocimiento y desapego de lo que es propio, país, costumbres, idioma, arte y tradiciones.

Y de esto último se compone esa cáscara suave y dulce, ese *almibarado* espiritual de las jóvenes de nuestra alta sociedad que el aludido publicista ha llamado cultura, juzgando, tal vez, con su paladar de hombre de salón, elegante y semiafeminado, y no con su criterio de pensador, pues éste le ha de indicar que la única cultura que merece la pena de ser tomada en cuenta es aquella que consiste en saber pensar bien. — *Enrique Murena.*

*Por fin, un colaborador que se esconde bajo el pseudónimo de John Black, nos envía la siguiente respuesta:*

Aceptando el llamado de Nosotros, voy a permitirme contribuir con mis modestas vistas a la encuesta motivada por las palabras de un sociólogo argentino, pues creo haber observado algo nuestra vida social y formado opinión sobre la cultura del hombre y mujer argentinos.

Desde luego, y como premisa, debo sentar que pienso todo lo contrario que el ilustre sociólogo de la referencia, sobre el momento cultural de nuestro país.

La mujer, en la República Argentina, no solamente no ha superado al hombre, sino que ni siquiera ha podido igualarlo; salvo pocos casos de excepción, es imposible que pueda hablarse, en general, de cultura superior en la mujer respecto al hombre.

Y la razón es sencilla: la intelectualidad media en una sociedad, no se forma por los estudios más o menos profundos que haga una generación; aquélla es producto de una serie de generaciones con sus ascensos y descensos consiguientes.

Si nunca existió ¿de dónde ha de resultar esta superioridad de la mujer en nuestro país?

Por otra parte, los estudios actuales de la mujer nos dicen claramente que muy poco tenemos que esperar de ella en lo futuro; dedicada casi por completo al magisterio, está obligada a acumular una infinidad de conocimientos — sin profundizar ninguno — que hacen de ella un ser inapto para trasmitir a su progenie una inclinación y ni siquiera para orientarla en su vocación. Para esto último tampoco serviría, cuando es maestra, si no se le hicieran reglamentos que la orientan a ella misma en su cátedra.

Hay, sin duda, un poco de crudeza en mis palabras, pero creo que ella es necesaria para fijar claramente la posición de la mujer en nuestro medio.

¿Que prefieren conversar entre ellas, antes que hacerlo con los hombres? Me parece que el concepto es exacto, pero considero equivocadas las razones con que el sociólogo justifica ese proceder.

La mujer no excluye de sus conversaciones al hombre por creerlo inferior a ella ni porque encuentre más instructiva o elevada la conversación de su compañera, no; lo que hay es, precisamente, lo contrario: háblele usted a la generalidad de las mujeres de música, arte y literatura — cosas que es de suponer le interesen más — y en ese mismo instante, apenas dé usted vuelta la cabeza, ella estará diciendo a su compañera: "éste viene a darme una lata sobre la luna y los bueyes perdidos".

¿Que puede pasar el caso contrario? No lo niego. Y esto también tiene su lógica explicación. Jóvenes dedicados por completo a la "vida social", sin instrucción de ninguna clase, muy afectos a los sports, con los pantalones doblados — aunque el 90 por ciento ignora por qué motivo ni de donde pueda venir *moda* tan ridícula — jóvenes que, haciendo uso de una expresión vul-

gar, "se van en puro vicio" ¿de qué pueden hablarle a una mujer? ¡Del calor, y gracias! Recuerdo haber escuchado a alguno de ellos estas sabrosas palabras que son rigurosamente exactas: "¡Qué lindo vestido, señorita! ¿Cuánto vale el metro de este género?"

En esta situación ¿qué busca la mujer? Imposibilitada, por falta de capacidad, de mantener conversaciones serias, por una parte, y teniendo que soportar cargantes trivialidades por otra; la mujer vése *obligada* a recurrir a su "confidente" — ya que no busca cualquier mujer — porque con ella se entretiene con chismecitos y puede reirse del traje de Fulana y criticar los vestidos de Zutana, etc.

No hay, pues, que considerar la baja cultura que exteriorizan los que hacen exclusivamente "vida social" cuando se trata de establecer una comparación entre los sexos, puesto que los que podrían dar pruebas de la superioridad intelectual del hombre son, precisamente, los que no buscan a la mujer, por frívola, sino cuando, reina y señora por su majestad la Belleza, sienten placer en doblegar su orgullo y su soberbia ante ella. — *John Black.*

---

Alberto Lagos.

# PINTURA Y ESCULTURA

**Exposición de Alberto Lagos.**

Este joven escultor argentino acaba de realizar una interesantísima exposición de sus últimas obras. Ha estudiado y trabajado en París y sin duda esta circunstancia ha influído en su obra total, dándole una distinción y una gracia verdaderamente raras. Lagos, según creo, lleva pocos años de consagración al arte y sin embargo su habilidad de modelador es ya evidente. Su exposición se componía de una serie de estatuítas. De algunas exhibió tres réplicas: en mármol, en bronce y en cera. Las pequeñas piezas escultóricas de Lagos están bien modeladas, y si no proceden de una mano aún muy firme, revelan, en cambio, finura y elegancia en su ejecución. A veces se dirá que tienen cierta vaguedad o indecisión en los rasgos fisionómicos. Pero no hagamos ningún cargo al artista. Es joven y no debemos exigirle una maestría que demanda largos años de práctica. Además, tal vaguedad parece convenir a sus estatuitas; ellas son, ni más ni menos, pequeños poemas elegíacos en mármol, pequeños poemas sutiles, exquisitos, expresivos, con algo de aquella elegante imprecisión que es casi indispensable a la poesía elegíaca. Por lo demás, Lagos termina siempre sus obras. No presenta figuras humanas que apenas se destacan del bloque de mármol, ni hombres con los brazos rotos, o sin piernas, o sin cabeza. Procede en esta excelente inclinación al revés de sus contemporáneos que todo lo dejan inconcluso. La escultura es un arte esencialmente realista; trata de representar las cosas como son y carece de aquel poder de sugestión que tiene la poesía, y en menor grado la pintura. Un poeta no está obligado *a decirlo todo;* puede indicar, dejar que el lector complete lo que él sólo insinúa. Pero en la escultura, por la índole de la materia utilizada, el artista debe *decirlo todo,* debe

representar las cosas en su realidad objetiva. El subjetivismo en escultura parece tan absurdo como el objetivismo en la música.

Lagos descubre, en su anhelo de perfección formal, un espíritu orientado hacia el clasicismo. Pero sólo en cuanto a la forma. En lo que atañe al fondo íntimo de sus obras, se muestra un espíritu lleno de modernidad: sutil, exquisito, elegante; un temperamento sensible y delicado. La aparición de un artista de tales cualidades, en este medio y en estos instantes en que todos pretenden ser robustos y formidables y en que el ansia de hacer grandes síntesis malogra, en muchos artistas, sus excelentes aptitudes, debe ser saludada con íntima satisfacción. No analizaré una por una las esculturas de Lagos. Son pocas, y a todas, salvo Pietro Morelli y la mujer de Pietro Morelli, les conviene cuanto he dicho anteriormente. Pietro Morelli y la mujer de Pietro Morelli son ya distintas. Revelan más observación, más conocimiento de los detalles fisionómicos y, por todo ello, tienen más carácter que los demás. Pero esto no significa gran cosa. El carácter en escultura no representa un alto valor estético. La escultura es un arte formal, y la belleza escultórica puramente exterior, objetiva. El carácter nada tiene que ver con la belleza formal y casi siempre acompaña a la fealdad. El carácter suele ser el ropaje de la belleza interior. Si estas cosas — carácter, belleza interior, — valiesen en escultura lo que en pintura o en literatura, los mejores estatuarios del mundo serían aquellos maestros españoles que tallaban en madera las obras más expresivas y características que existen. El Montañés sería superior a Praxiteles.

Para concluir con las obras de Lagos, quiero dejar constancia de que pocas veces he visto una exposición tan reveladora. Pero no solamente hay en Lagos la promesa de un gran escultor. Vemos también en él un noble artista, ajeno a las bajezas del reclamo y a los torpes gustos del público. El ha trabajado silenciosamente, y silenciosamente también ha expuesto, lejos del tumulto callejero, sus estatuitas encantadoras.

**José A. Merediz.**

Este artista argentino acaba de realizar en París la primera exposición importante de sus obras. Todavía no es posible conocer los resultados de esta exposición, pero desde ya nos da mo-

tivo para creer en un gran éxito, el prólogo que ha puesto al catálogo de Merediz el eminente crítico Charles Morice. Conozco la mayor parte de los cuadros de Merediz y a algunos se los he visto pintar en Sevilla. Son cuadritos de 20 × 25 aproximadamente. Representan rincones apacibles, plazas silenciosas, patios solitarios. Merediz adora las viejas ciudades españolas y cree, como Darío de Regoyos, que no existe en el mundo país más admirable para el artista. Toledo, Segovia, Játiva, Sevilla, han dado a Merediz asuntos para sus cuadros. Los de Sevilla, que son los que conozco, me revelaron una Sevilla ignorada, una Sevilla castiza, superior no sólo por su espíritu, sino también pictóricamente, a la Sevilla moruna y sensual que solemos imaginarnos. Merediz ha puesto en sus cuadritos toda el alma de Sevilla. Es un profundo y noble espíritu, un artista y un poeta. Me explico, pues, que sus cuadros hayan gustado tanto a Morice, crítico tan exigente. Por eso transcribo con verdadero placer los párrafos más importantes del prólogo de Morice:

" El arte de Merediz es de una simplicidad extrema, casi desconcertante."

... "no tardaréis en apercibir que estas viejas piedras están cargadas de una vida intensa, de una vida doble, la de las generaciones que ellas albergaron y la del artista, que viene a agregar un minuto de conciencia a siglos de pasión."

... "él nos aporta la más incontestable prueba de talento: las cosas que pinta son verdaderas de su verdad, como de la verdad de ellas mismas. Su simplicidad, resultado de la meditación laboriosa y mejor su simplificación, es una condición de extrañeza (tomad esta palabra en su mejor sentido) porque es una condición de personalidad."

"Es porque distingue tan netamente las cosas que el talento de Merediz es tan distinguido. Observad las sutiles relaciones de sus colores, la riqueza, particularmente, y la ligereza de sus blancos, de una gama tan variada."

"Pero la estima que él nos inspira sube más alto por el punto de vista técnico. Sus ciudades tienen su atmósfera, decía yo, — su alma —, agregaré, y quisiera disponer del espacio y el tiempo que son menester para mostrarla. ¿Y no es milagro encerrar tan enormes cosas en tan pequeños cartones?"

**El año artístico.**

El año 1912 ha sido, bajo el punto de vista artístico, excepcional. Ha habido cerca de sesenta exposiciones, con más de cinco mil cuadros, de los más grandes maestros contemporáneos y del siglo pasado; las ventas han sido innumerables; escritores y críticos de arte dieron en el Museo conferencias a las que asistió un público distinguido, y ha surgido una excelente revista de arte, *Pallas,* la primera publicación seria de la índole que aparece en nuestro país.

Es imposible analizar en estas líneas las sesenta exposiciones. Para ello se necestaría un volumen. Me contentaré con recordarlas solamente. Entre las exposiciones colectivas merecen ser citadas las de Allard, Bernheim, Stefani, Pinelo, L'Eclectique, Mancini-Scévola, de Arte moderno español y Alemana. La de Allard ha sido sin duda ninguna la más interesante. Había allí un Carrière admirable que dejó escapar la Comisión de Bellas Artes. Lo compró un coleccionista en 45.000 francos. Recuerdo también una bella tela de Raffäelli y otros cuadros excelentes que el espacio me impide comentar. La exposición Berheim era inferior. No obstante, la Comisión de Bellas Artes realizó allí sus grandes adquisiciones. Sería de desear que en lo sucesivo la Comisión no demostrase una predilección tan exclusiva por la exposición Bernheim. Pase por el Corot, que es un delicioso paisaje, pero el cuadro de Jacques — un pintor sin importancia — no vale los 45.000 francos que costó. Es imposible olvidar el admirable Thaulow y un pequeño cuadrito de Pizarro que es una verdadera obra maestra. Stefani presentó cuadros ingleses de principios del siglo XIX, dos obras de Corot muy buenas y un vigoroso y fino retrato de Goya. De la exposición Pinelo, sólo recordaré, "La sibila de la Alpujarra" de Romero de Torres, un cuadro de López Mezquita y varios de Eugenio Hermoso, artista que no conocía. En "L'Eclectique" los cuadros que descollaban eran obra de argentinos. Los tres paisajes de nuestro gran Malharro imponían su belleza romántica y panteista. De Ricardo García había dos paisajes interesantísimos y de Bermúdez un retrato goyesco, vigoroso y lleno de carácter que debieron tener presente los que tanto le atacaron más tarde con motivo de su cuadro "Castilla la Vieja"

expuesto en el Salón Nacional. De la Exposición Mancini-Scévola habría demasiadas obras que citar. No así de la Española, en la cual se destacaba un estupendo "Interior holandés" de Benedito. Es lástima que no fueran expuestas — pues no llegaron a Buenos Aires — las cerámicas anotadas en el catálogo de mi amigo el admirable don Daniel Zuloaga.

Entre las exposiciones particulares las más valiosas fueron la de Regoyos, la de Cottet, la de Bacarisas, la de Franco, la de Henry Cassiers y la de Monturiol. Darío de Regoyos no fué comprendido ni por los críticos ni por el público. Es, sin embargo, un artista extraordinario, apreciado como tal por los verdaderos artistas españoles. No tiene fama universal porque no ha expuesto en París, ni hace propaganda de ningún género. Y como no tiene un nombre consagrado, nuestros críticos que sólo ven las cosas a través de Mauclair, no le aprecian. Es claro; Mauclair no ha hablado nunca de Regoyos... Pero, para que se sepa hasta qué punto es considerado por los grandes críticos recordaré el reciente artículo de Lafond en *Museum* y citaré las siguientes palabras de una carta particular dirigida a mí por aquel eminente crítico: "Regoyos es, con Zuloaga, el más personal de los artistas españoles."

Cottet presentó una maravillosa exposición. Era toda ella la obra de un gran poeta. A veces incorrecto, a veces deformador de las cosas, es siempre un artista vigoroso, personalísimo, profundo. Sus cuadros encantan y emocionan. Su exposición ha sido la más alta nota artística del año.

Pasaré por alto las interesantísimas exposiciones del delicioso artista belga Cassiers y la del fuerte artista catalán Monturiol, para detenerme en la de Bacarisas, pintor español aquí residente, y la del argentino Rodolfo Franco.

Bacarisas es el hombre que, hoy por hoy, pinta mejor en Buenos Aires. Su dominio de las técnicas es singularísimo y su facilidad asombrosa. Su "Trilla" lo presenta en toda su pericia. Quizá su personalidad no se haya desarrollado completamente, — quizá no tengan sus cuadros la poesía que quisiéramos. Pero es indudable que hay en él un admirable temperamento de pintor y un excelente artista.

A Rodolfo Franco no se le ha juzgado como lo merecía. El valor de un artista debe medirse por la altura a que llega en ciertos momentos de su obra. Pesar de un lado sus méritos y de otro sus de-

fectos para sacar un término medio es sencillamente una necedad. ¿Qué nos importa que el Greco haya pintado algún cuadro pésimo si es el autor del "Entierro del conde de Orgaz"? ¿Qué nos importa que Franco haya imitado a Anglada en sus obras de los veinte años, si en las últimamente ejecutadas a los veintidós o veintitrés, revela un temperamento personal? Franco tiene grandes cualidades y creo que no exagero al afirmar que es él, con Merediz, el artista argentino mejor dotado. Es lástima que no pueda detenerme más en la exposición de Franco. Pero alguna vez dedicaré a su obra llena de brío, de audacia y de encanto, el análisis que ella merece.

De la Exposición Nacional hablé largamente en estas mismas páginas.

Sólo me queda esperar que el año próximo sea igualmente propicio para el arte argentino como lo ha sido el de 1912.

MANUEL GÁLVEZ.

---

# EL AÑO LITERARIO

El conjunto de obras publicadas durante el año que acaba de transcurrir, no es brillante sin dejar de ser satisfactorio. Cincuenta libros más o menos, — algunos de verdadera significación, — constituyen un resultado apreciable. Singulariza a esa producción la circunstancia de ser casi la mayor parte de los que la forman, libros de versos.

Se han producido en este período algunas obras importantes de sociología e historia argentina; *Blasón de Plata* por Ricardo Rojas, ya comentado en estas páginas; *Los Orígenes Argentinos* por Roberto Levillier, síntesis de la formación de nuestra nacionalidad, publicado primeramente en francés y vertido luego al castellano y que, susceptible de discusión en muchas de sus conclusiones, representa, de todos modos, un esfuerzo digno de aplauso, revelando en su autor una orientación excelente hacia estudios de tan capital interés para nosotros; *Los Orígenes de la Democracia Argentina,* colección de conferencias en que el profesor Ricardo Levene encara el asunto que el título anuncia y por fin, *Documentos relativos a los antecedentes de la independencia de la República Argentina,* editados por la Facultad de Filosofía y Letras.

Completa la serie de estas obras referentes a nuestro pueblo, una segunda edición recientemente aparecida de *Las Multitudes Argentinas,* de José María Ramos Mejía, con un sustancioso prólogo del profesor español Bonilla de San Martín.

Aunque de índole distinta por su carácter casi exclusivamente anecdótico, pero relacionados también con la historia argentina pueden consignarse otros dos libros publicados en el año que nos ocupa. Son ellos la nueva serie de *Tradiciones Argentinas* con que nos ha obsequiado la pertinaz laboriosidad y fecunda memo-

ria de Pastor Obligado y los *Recuerdos de un secretario* en que Manuel Marcos Zorrilla con sencillo estilo se complace en evocar siluetas de antaño y sucesos de la época en que actuara junto a hombres ilustres de generaciones anteriores.

Adolfo Saldías ha reunido en tres tomos, bajo los títulos respectivos de *Páginas Históricas, Páginas políticas* y *Páginas literarias,* una interesante cantidad de artículos y ensayos sobre diversos temas que merecían por cierto la consagración del libro.

Entre las obras de carácter doctrinario y didáctico, figura en el haber de 1912, *Metodología y enseñanza de la historia,* por Victorio M. Delfino, de la Universidad de La Plata. Se plantea en este libro todo un sistema de educación histórica para nuestros institutos de acuerdo con las teorías más modernas acerca de la enseñanza de esa materia.

Joaquín V. González nos ha dado en los últimos días del año un nuevo libro: *Hombres e ideas educadoras,* prologado por Adolfo Posada. De él nos ocuparemos con el detenimiento necesario en el número próximo.

*La Compraventa del trabajo,* tesis con que Eduardo Acevedo Díaz (hijo) optara al doctorado en leyes, constituye por su extensión, profundización y método, una seria labor acerca de esa cuestión social de palpitante actualidad e interés.

Tres libros de psicología se destacan en la parte más o menos científica del conjunto: Carlos Baires ha escrito un voluminoso tratado que titula *Teoría del Amor.* En él, examina las teorías hasta hoy emitidas sobre la afectividad sexual y construye la suya, apartándose, en su concepto, de todas las anteriores. El libro resulta asaz interesante, porque a la erudición del autor, en esta materia, se une una gran claridad y bondad de método en la exposición. Cualidades igualmente estimables ostenta la obra de Carlos Rodríguez Etchart acerca de *La Ilusión,* fenómeno que el psicólogo estudia con singular potencia analítica. Horacio P. Areco ha reunido en un volumen sus conferencias sobre *Psicología Legal,* pronunciadas en la Facultad de derecho.

Con la mención del *Nerón* de Luis Agote, obra de clínica histórica de que hablamos en números anteriores, pasamos a las producciones puramente literarias.

Ricardo Jaimes Freyre es autor de un estudio sobre *Las leyes de la versificación castellana.* La originalidad e importancia de la teoría del poeta será objeto de un futuro comentario.

Libros de crítica sólo podemos señalar dos: el que Roberto F. Giusti dedicara a estudiar a *Nuestros poetas jóvenes* y el de Alejandro Sux sobre la *Juventud intelectual de la América hispana,* título un poco excesivo tratándose de algunos artículos acerca de unos pocos escritores.

En cuanto a novelas no nos es dado anotar ninguna que merezca el título de tal.

Una edición nueva de *Alma Nativa,* la hermosa colección de cuentos de Martiniano Leguizamón, otro libro de narraciones de la misma índole, de Julio Cruz Ghío, titulada *Cariños,* y *El Balcón de la Vida,* conjunto de pintorescos artículos de José de Maturana, cierran la serie de obras en prosa aparecidas en el año a que nos referimos.

En libro de versos ha sido éste, como decíamos al principio, mucho más prolífico.

*El Libro fiel,* de Leopoldo Lugones, que aun no ha llegado a nosotros, pero que sabemos terminado y pronto para la difusión por algunas publicaciones de los periódicos, será, como todas las producciones del autor, una nota de resonancia en el mundo literario. En oportunidad le consagraremos el estudio correspondiente.

Por lo demás han salido a luz en este lapso de tiempo numerosas obras, la mayoría de las cuales fueron examinadas ya en NOSOTROS.

Son ellas: *El Espejo de la fuente,* por Rafael Alberto Arrieta; *Las lámparas de arcilla,* por Fernán Félix de Amador; *Bajo los astros,* por Arturo Marasso Roca; *Palmas y Hiedra,* por Arturo Samuel Drew; *Versos de amor,* por Arturo Giménez Pastor; *Melpómene,* por Arturo Capdevila; *Musa Errante,* por Francisco Aníbal Riú; *El Poema interior,* por Cousandier; *El árbol que canta,* por Emilio Lazcano Tegui; *Al ras de los ensueños,* por Raúl Oyhanarte; *Las Barcas del ensueño,* por Arturo Orgaz; *Libro sentimental,* por E. Fernández García; *La Voz de la roca,* por Arturo H. Vázquez; una segunda edición de *Versos de una juventud,* por Edmundo Montagne; todo lo cual acusa un despertar poético entre los jóvenes, algunos de los cuales han debutado de una manera muy feliz.

A punto de terminar el año, Alfredo de Arteaga, poeta ya conocido entre nosotros, ha publicado un tomo bajo el título de *Camino de la Montaña,* del que hablaremos en el número siguiente.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

# TEATRO NACIONAL

## EL AÑO TEATRAL

Es admirable y cómoda esa candorosa y segura confianza con que los historiadores califican las épocas, sintetizando sus características. El siglo de tal cosa, el año de tal otra... El sistema no será irreprochable, pero su comodidad es evidente. Si aplicando ese sistema examinamos nuestro momento sociológico actual, encontraremos como rasgo distintivo, conjunto al afán agropecuario, una afligente pobreza de ideas, fácil de advertir en todas las actividades de la vida nacional.

Es la característica argentina. La cabeza entre nosotros es un lujo de escaparate librado a la fantasía del sombrero y a las antipatías más o menos formales contra los fígaros. La intelectualidad se reduce a una deformación estética de la vestimenta corriente, tanto en la ropa como en lo demás... El último modelo europeo apenas nacionalizado en el fácil contrabando de la inconsciencia.

Y no se crea que nos ensañamos con la literatura. En ésta siquiera se fingen o se simulan ideas. En política, por ejemplo, no hemos alcanzado ni siquiera a eso. Si en nuestro país no existen partidos no es porque falte ambiente ni porque no seamos capaces de conseguir la relativa libertad electoral de las mejores democracias. No los tenemos porque nos faltan hombres susceptibles de tener ideas. Nuestros jefes de agrupaciones políticas son simples fantoches, para quienes basta un golpe de audacia para arrojarlos a la nada de que vinieron. Como carecen de ideas; y por lo tanto de personalidad, es bien fácil su substitución. Los últimos años han sido fecundos en tales enseñanzas y, hoy por hoy, ante el avance de ideas abstractas y vagas sostenidas por hombres inofensivamente endiosados en un silencio mitológico y augural, la mayo-

ría de nuestros políticos se dispersan indecisos por carecer de una idea que los agrupe. En una cámara de ciento veinte diputados, tan sólo dos pueden considerarse como tales, precisamente porque éstos responden al único partido político que existe entre nosotros, el único que — sean cuales fueren — sostiene ideas. Excepción que, por otra parte, comprueba nuestra regla.

Igualmente podemos comprobarla estudiando nuestras actividades en la lucha por la vida. Nuestro elemento nacional busca con preferencia la ganadería y la agricultura, especialmente la primera, abandonando en el extranjero la industria y el comercio. Halla más fácil la tradicional rutina gaucha, aristocráticamente progresiva a base de mayordomos ingleses o por la emulación extranjera, que los otros ramos de actividad que requieren además del esfuerzo constante una acendrada labor inteligente. El criollo tiene miedo de pensar y siente en presencia de las ideas el pavor supersticioso y ancestral de la luz mala. Elemento regresivo tantas veces poetizado después de Obligado en la figura del gaucho y que aun se explota en el teatro, fomentando el odio contra el aventurero, que no es otro que el inmigrante famélico de felicidad que, contra la voluntad de los nativos, va elaborando la patria a fuerza de hambre y de sueño.

Nuestro teatro nacional es un fiel reflejo de esa pobreza espiritual de nuestro tiempo.

Habiendo alcanzado mayor desarrollo que los demás géneros literarios, por su más fácil difusión y su resultado práctico inmediato, es quizás el que más nítidamente refleja esa característica argentina.

Era por lo demás un género que estaba llamado a tener entre nosotros la difusión que ha alcanzado hoy. Nada más accesible a las mediocridades que el teatro y el verso. Para ambos es fácil hallar moldes mentales, que evitan pensar y que no son dificultosos de llenar. La gente de teatro ha monopolizado desde hace años nuestro mercado literario y, sin embargo, no ha dado hasta ahora otro nombre prestigioso que el de Florencio Sánchez, un precursor.

Mucho se esperaba para el año 1912. El gran número de compañías nacionales, las direcciones artísticas confiadas a personas de nombre en los círculos teatrales, la excesiva demanda de obras, todo hacía prever un año laborioso y fructífero. Sin embargo el balance no le es por cierto favorable. Fuera de alguno que otro ensayo meritorio, pero meritorio como tal, el año 1912 no ha incorporado al repertorio nacional ninguna obra sobresaliente.

La mayoría de nuestros autores luchan después de tantos años por encontrarse a sí mismos. Citaríamos como caso típico el de un antiguo veterano de las lides teatrales, que después de haber ensayado en más de cincuenta obras, desde la tragedia al vaudeville, sin olvidar el sainete y la zarzuela, se encuentra aún sin haber escrito la obra que justifique sus actividades. Pero preferimos no citar nombres propios. Si precisamos el ejemplo, es porque a nuestro entender sintetiza el estado espiritual de la generalidad.

Con todo, sería injusto negar a nuestro teatro la selección alcanzada dentro de su propia mediocridad. Una evolución progresiva, aunque lenta, va dignificando su medio ambiente al mismo tiempo que permutando falsos valores inflados a base de una crítica complaciente y de camaradería. Nada ha sido más pernicioso para nuestro teatro que esa crítica parcial que, apoderada de los grandes diarios, impone dictatorialmente desde sus columnas el éxito de mediocridades, negando el pan y el agua a todo aquel que pretende surgir sin haber ingresado antes al círculo predilecto de los elegidos. Nadie tendrá talento fuera de nosotros y nuestros amigos, como dice por ahí cierto personaje de Molière. ...

La pobreza de ideas ha caracterizado a nuestro teatro en el año pasado. Sobre todo, de ideas que respondan a nuestra alma nacional. Los autores han buscado temas generales, como el de la trata de blancas, que tanto ha seducido a nuestros autores, o bien han ido francamente a problemas aislados anotados ya al margen de las crónicas de policía, ya en las entrelíneas de los estudios clínicos. Los más han reeditado ¡y quién sabe hasta cuándo! el eterno argumento de *La gringa.*

Una reacción saludable contra este estado de cosas se ha iniciado ya, tratando de llevar el regionalismo a nuestro teatro, es decir, procurando buscar otro ambiente que el cosmopolita de esta capital. Sánchez Gardel, que lo iniciara antes, ha insistido en esa brecha y es de anotar también el ensayo de Weisbach. Desviada así la corriente de nuestro teatro hacia un escenario más vasto, es de esperar una mayor nacionalización y acaso también una mayor potencialidad ideológica.

La obra del año ha sido sin duda el ensayo de tragedia de Sánchez Gardel *La montaña de las brujas,* primera parte de una trilogía regional. Es éste uno de nuestros autores más constantes. Su obra teatral, si no revela un pensamiento maduro y hondo, pone de relieve por lo menos una observación atenta y una verda-

dera predisposición para la escena. Es en realidad autor teatral. Siente y concibe para el teatro. De ahí el secreto de su éxito.

La comedia y el drama nos han dado también obras de mérito. *El malón blanco,* de Martínez Cuitiño, cuyo éxito mímico es innegable y en el que la influencia de Bracco es indiscutible, no nos convence. En cambio, no podemos dejar de aplaudir la fina labor de la obra de Iglesias Paz, *La conquista,* así como también *El festín de los lobos,* de Roberto Cayol. En la comedia y en la comedia dramática la influencia de Benavente y los Quinteros se precisa. En las dos comedias citadas se dibuja netamente la manera del autor de *La noche del sábado.* Escenas de los Quinteros se advierten hasta en los sainetes lunfardos... Sin contar con esa fiebre de poemitas sentimentales a la manera del de *Amores y Amoríos...*

A fuer de cronistas imparciales, debemos anotar también el éxito de un género teatral poco cultivado en estos últimos tiempos: el de las reconstrucciones históricas. Género fácil, salvo la dificultad de la evocación, y sobre todo productivo. El triunfo de *El minuet federal,* debe tentar muchas ambiciones. Lástima que nos exponga a obras como *La loca de la guardia,* con que terminó la temporada teatral de 1912, iniciada con las últimas representaciones del zarandeado concurso de 1911, del que tan sólo quedara *Resaca* y alguna que otra obrita.

El género ínfimo: zarzuelas en un acto, sainetes, revistas, hijo directo del género chico español, tiene los mismos vicios que su progenitor. Guarango, soez, disparatado, es un género que no puede durar. Por lo demás, da poco de sí. Obras tan disparatadas como *Fresco el andarín,* el éxito de la compañía Podestá Vittone, no hacen por cierto honor a ningún teatro. Creemos justo, sin embargo, librar del merecido olvido en que han caído la mayoría de esas obras a la revista *Los ilustres gatos,* ensayo meritorio que no tuvo por cierto el éxito que le hubiera correspondido dada la inferioridad de las obras con que alternaba en el cartel.

Curiosa repetición. Después de más de un siglo, el sainete, nuestro primer género nacional desde los tiempos de la colonia, incurre en la misma característica: la guaranguería. Cambiado en italiano el vilipendiado portugués de nuestros abuelos, sirve de base a los consabidos disparates escritos en lunfardos inverosímiles, ya ensayados en aquellos tiempos... Y es de lamentar que género tan inferior lleve al fracaso a trabajadores tan asiduos como Pacheco,

que inútilmente trata de alcanzar la alta comedia, monopolizado por su manera característica, y Alberto Novión, que parece haber abandonado el sainete en pos de obras de mayor aliento.

La zarzuela no tiene mayor arraigo entre nosotros, quizás por falta de elementos que la representen. Es fácil advertir en la urdimbre de las pocas con que contamos, el número musical de quita y pon, que no atañe mayormente a la obra. La opereta, tan en boga, tuvo también su muestra en *Espuma de mar,* una linda opereta del maestro Obiglio.

Tal es el resumen del año. Para completarlo nos faltaría agregar una palabra de condenación para los obscenos arreglos de vaudevilles franceses que cultiva la compañía de don Florencio Parravicini, pero preferimos omitirla, ya que ese género dudoso mal puede considerarse nacional.

Nuestras compañías — harto numerosas para la eficacia de sus conjuntos, — han dado de sí cuanto ha sido posible para la presentación escénica de las obras, no así en cuanto a interpretación. En el fondo de cada artista nacional hay un alma de primer actor que lo imposibilita para educarse progresivamente. Viven aún bajo el imperio de la intuición. ¿Y los directores artísticos?...

No obstante las observaciones apuntadas y lo adverso de nuestra opinión, creemos realmente en el progreso de nuestro teatro y abrigamos la esperanza de verlo respetable y floreciente antes de mucho. Todo es cuestión de tiempo y de trabajo.

MANUEL LUGONES.

---

# CRONICA MUSICAL

## LOS RESULTADOS DEL AÑO

Muy relativa importancia tiene para la crónica el balance del resultado artístico en cuanto al arte lírico durante el año que ha terminado.

De lás escasas compañías de ópera que han actuado en los teatros de Buenos Aires, sólo una ha atraído regularmente la atención del público selecto, realizando algunos espectáculos para la minoría, a quien tan poco o nada se le da en los teatros locales y cuyo juicio, por añadidura, no se ha tenido en cuenta, aun cuando éste se haya referido a obras absolutamente a él destinadas.

Nos referimos a *Ariadna* y *Barba Azul,* dada en el Colón durante la temporada del maestro Toscanini, y que conjuntamente con *Hijo del rey,* de Humperdinck, y *Conchita,* de Zandonai, son los únicos estrenos de significación realizados durante el año.

La crítica, como casi siempre, ha prestado gran atención al juicio del público que aplaude todo el viejo repertorio italiano con el mismo gusto de la primera vez, y ha hablado de éxitos para la *élite* sin tener en cuenta que *Tristán e Isolda, Lohengrin, El crepúsculo de los dioses,* etc., son obras para la *élite,* son obras magníficas que hacen dormir a los porteros.

La mayoría del público que asistió al estreno de *Ariadna* era incapaz de gustar la belleza de una frase de Maeterlinck, esta es la verdad, ¿y cómo entonces podía estar a la altura de un comentario musical de esa misma belleza? La dificultad, como se ve, es grande, y por cierto que el público francés que debió sancionarla no estuvo tampoco por sobre esa dificultad, y si hemos de ser justos debemos declarar que si a nuestro público debe tolerársele esto, no debe tolerársele del mismo modo a un público

a quien las bellezas o las tendencias de *Ariadna* conciernen más directamente.

Es un error creer que los pocos que aquí la han defendido lo hayan hecho en virtud de haberse sentido cautivados por tal o cual excelencia de técnica o ya porque a ellos afecta muy principalmente la significación de la tendencia que *Ariadna* comporta en el proceso de la música dramática actual. No, es un error que no debe ser difundido, y para lección del público que duerme es necesario dejar constancia de que los que han aplaudido lo han hecho en general porque sentían mejor. Fácilmente se podría demostrar que el gusto de aquellos que son por sí mismos una caja de resonancia no puede estragarse nunca, y que el único gusto que puede pervertirse es el del público grueso que hoy asiste a *Tristán e Isolda* y mañana aplaude *Eva*.

Por lo demás, nuestra crítica y nuestra *élite* han estado, para satisfacción nuestra, a la altura del trabajo de Dukas.

De las tres obras estrenadas y que ya hemos citado, ha sido ésta, indudablemente, la que debe citarse en primer lugar.

*Conchita,* del maestro Zandonai, ha excedido, asimismo, el gusto común, aún cuando no importa un esfuerzo de arte mayor, sino por la eficacia de su color y de su ambiente.

La obra de Humperdinck puede decirse que gustó, sin constituir por esto un éxito.

Merecen especial mención las audiciones de *Tristán e Isolda* y de *El crepúsculo de los dioses*, dirigidas por el maestro Toscanini, aun cuando todo su talento ha tenido una aplicación más eficaz en la dirección de *Ariadna* y *Barba Azul*.

* * *

Las novedades del año, en cuanto a música de opereta, son las siguientes: *El barón zíngaro, Conca d'oro, La bella Risetta, Le fanciulle ricche, La reginetta delle rose,* de Leoncavallo, *Caprici antico,* de Hualkay Darclée, *Eva, Sirena,* de Leo Fall, y *Jockey Club.*

Ninguno de estos trabajos obtuvo éxito entre los amantes de la música ligera, y *Eva* es la que se destacó por el número de representaciones.

Es evidente que nuestro público aprecia con gran exactitud de criterio la opereta, y es también evidente que este género ha

empezado a perder entre nosotros un poco del prestigio que consiguiera años atrás.

* * *

Entre los concertistas que nos han visitado figuran el pianista portugués Vianna da Motta y el español Pepito Arriola, que dieron en la Opera una serie de conciertos con buen éxito.

El favor que nuestro público ha dispensado a da Motta y al violoncelista Antonio Sala que tocó en el Odeón, confirman la hipótesis de que aprecia mejor que a los virtuosos a los que hacen emoción de calidad. Es necesario, sin embargo, dejar constancia de que ambos merecían una mayor aceptación.

Pepito Arriola se monopolizó justamente los favores del público, debiendo dar numerosos conciertos en distintos teatros y realizar varias jiras por el interior de la República.

Las sociedades musicales con que contamos, y entre las que se destacan la Sociedad Orquestal Bonaerense, la Sociedad Argentina de Música de Cámara que dirigen Fontova y López Naguil, la Sociedad del Cuarteto, etc., nos han hecho conocer las mejores obras de cámara actuales, realizando un programa digno de las mejores instituciones similares europeas. La primera de las sociedades nombradas nos dió a conocer en el Teatro Colón el oratorio *Cristo en los Olivos,* de Beethoven, y posteriormente, en la misma sala, puso en escena *Lohengrin,* con los elementos que emplea en sus audiciones habituales.

El número de asociados y la cantidad de oyentes ocasionales con que cuenta cada una de las sociedades musicales de Buenos Aires, dice mucho en favor de nuestro público en lo que se refiere a cultura musical, y es el momento de indicar que éste es el arte que en virtud se adjudica poco a poco carta de ciudadanía en nuestro medio, y que por tanto se hace cada vez necesaria la intervención oficial para controlar su enseñanza y poner coto a la avaricia de muchos directores de conservatorios, faltos de todo escrúpulo.

El Conservatorio Nacional de Buenos Aires, que dirige el maestro Williams, ha realizado una labor evidentemente meritoria, haciéndonos conocer a dos pianistas excelentes y de gran porvenir, egresadas de sus aulas: las señoritas Sarah Ancell y María Lucrecia Uriarte.

A estos dos nombres hay que agregar el de Federico Dávila Miranda, talentoso violinista argentino, de muy corta edad, que se dió a conocer de nuestro público el año pasado y que últimamente dió un nuevo concierto en el teatro Odeón.

* * *

La producción musical argentina, a juzgar por lo que en este año ha iniciado, promete para el venidero obras de mérito positivo, entre las que podemos indicar desde ya un trabajo del señor Pascual de Rogatis, que por su importancia y belleza trascenderá seguramente de nuestro medio artístico.

En este año partirá para Europa a completar sus estudios el joven Armando Chimenti, que acaba de dar una nueva audición, ejecutando obras suyas, tan discretas como buenas.

De entre el núcleo de jóvenes que cultivan entre nosotros este arte, se ha destacado últimamente el señor Joaquín Cortés López con una agradable y muy bien hecha página, titulada "Reverie". La producción ha sido copiosísima y en general no tan mala.

Nosotros, para terminar, exhorta a los jóvenes músicos argentinos al trabajo, en la seguridad de que el éxito será con ellos.

Juan Pedro Calou.

---

# EL AÑO POLITICO

Según Leopoldo Lugones, quien hace vuelta a vuelta profesión de su simpática y absurda fe anarquista en las correspondencias que inserta *La Nación* con hermosa amplitud, todos los gobiernos se parecen porque son igualmente malos.

Yo, aunque me asemejo al hombre aquél que habiendo llegado a una isla desconocida y sabido que en ella había un rey, se alistó incontinenti en la oposición, no opino como Lugones, cosa que por lo demás a él le tendrá sin cuidado. Ciertamente el gobierno es una mala y necesaria cosa que hay que soportar, así como sufrimos resignadamente muchas necesidades de esta vida; pero en lo malo hay grados, y bien se puede descender a lo peor y también a lo pésimo. Comer me es tan molesto como obligatorio, pero prefiero hacerlo con honesta regularidad a padecer de dispepsia. Y del mismo modo prefiero el gobierno del señor Sáenz Peña al del señor Juárez, de gloriosa memoria.

Sáenz Peña, llegado a la presidencia en gracia de una ejemplar unanimidad que habla elocuentemente sobre lo que puede dentro de nuestro régimen presidencial un mandatario de fuerte muñeca, ha cumplido lo que prometiera en su programa de candidato; de donde se deduce que de una mala elección puede salir un buen gobernante, como asimismo es cierto lo contrario: ha puesto el país en el camino de la libertad electoral, que en vano buscábamos desde que se organizó la nación y que es el supremo anhelo de todo pueblo en esta edad democrática, hija de la Revolución del 89.

Hemos tenido durante el año que ha concluído una elección en la capital, consoladora e intachable, dentro de los límites que la no muy intachable vida política consiente; hemos tenido excelentes elecciones en Santa Fe y en Córdoba, y muy prometedoras

para lo futuro en Tucumán, Salta, Entre Ríos y otras provincias. Ello ha sido el fruto de la prédica traducida en actos, del presidente de la república. Hay que reconocerlo. El padrón militar, el sufragio obligatorio y el voto secreto, en el orden nacional, han sido tres conquistas políticas que destacan el año 1912 entre los que le precedieron. Algunas provincias se han apresurado a adoptar su beneficios; otras — Buenos Aires entre ellas — no tardarán en hacerlo: la libertad electoral está en marcha, diré parodiando lo que se sabe, y nadie la detendrá. Es decir, más bien está de moda... Debe de ser por esto último que las clases dirigentes y conservadoras — ¿conservadoras de qué? — no han tenido inconveniente en patrocinarla en el congreso y en las legislaturas, y en hacerla cumplir con mayor o menor rigor desde los cargos ejecutivos, sin percatarse aparentemente de los peligros que tal progreso entraña para ellas, a menos que no hayan querido sacrificarse estoicamente en el altar de la patria. Verdad es que los politicantes no deben temer gran cosa: con o sin libertad se mantienen siempre a flote.

El peligro no es un cuento: ahí está el partido radical que lo representa y que va ganándose, victoria tras victoria, la República para sí. Digo victoria tras victoria, porque si sólo ha triunfado en la capital y en Santa Fe, equilibró sus fuerzas con las del adversario en Córdoba y Salta, y Dios sabe si no debió triunfar también allí, y todos sospechamos que triunfará en una nueva elección; y en Tucumán, si bien impreparado para la lucha, dió una grave sorpresa a los *conservadores*. Mañana les llegará el turno de la prueba a Buenos Aires y a Entre Ríos, y entonces habrá llegado el caso de preguntarse quien se llevará la presidencia de la República en 1916, siempre que la famosa máquina no vuelva a funcionar como en 1910.

Hay quien asegura que ya la están reconstruyendo, que ya están juntando sus piezas; que asustados ante lo que se llama la ola radical comienzan a cerrar desde arriba las esclusas abiertas en un día de imprevisor entusiasmo; que, en una palabra, para usar el bello lenguaje metafórico de *La Prensa,* volvemos máquina atrás. Se susurra de ambiciones presidenciales y se habla de una concentración conservadora. Yo no sé nada de esto. Para ello habría que frecuentar por lo menos las antesalas del ministerio del Interior y yo ni sé dónde está ubicado el tal ministerio.

El hecho evidente es que por el momento la ola de marras

avanza con creciente empuje. Después de veinte años de hosco abstencionismo los radicales se han presentado en escena y con éxito magnífico. La gente *chic* los ha silbado y los silba todavía; pero la galería aplaude, y los éxitos ruidosos los hacen las galerías. Ahora les toca sostener la victoria. En Santa Fe no parecen conseguirlo con demasiada felicidad. El gobierno del doctor Menchaca no ha realizado aún el idilio político soñado. Estamos hoy donde estábamos ayer. Pero conviene tener paciencia y aguardar: aguardemos primero que estén todos removidos los empleados adictos al antiguo régimen y que la policía, brazo fuerte de todo gobierno, quede reforzada. Luego vendrá, sin duda, el cumplimiento de las promesas.

Es que al partido le faltan hombres, se dice. Y en efecto, así es. Si hubiera *hombres* en el partido, no aparecerían aquellos manifiestos inverosímiles, en que se predica la buena nueva al país en estilo fantasista y con espeluznante gramática. Carece de programa, se agrega. Y también es verdad. Su programa de veinte años se lo ha apropiado el presidente de la República. Era el aperitivo. Ahora debiera venir el resto. De otro modo quedaremos en que, como dijo burlonamente el doctor Justo, los radicales sólo saben que la moral es buena. Habiendo ido las cosas, sin embargo, tan bien el año fenecido, no hay motivo para ser pesimistas. Esperemos. Esperemos que cuando el radicalismo triunfe en toda la línea, sepa incorporar a sus filas a los hombres de valer de la República, vengan de donde vinieren, con tal que sean rectos y honestos.

Tampoco ha brillado con grande luminosidad su representación en el Congreso. De los elementos de la extrema izquierda que a él llegaron a raíz de las elecciones de Abril, los que más se han destacado son los dos diputados socialistas. A Alfredo Palacios ya se le conocía como parlamentario; se conocían su ardor y sus excelentes intenciones; se le recordaba por las buenas leyes que logró hacer dictar. Juan B. Justo se ha impuesto en pocos meses. No ha defraudado las esperanzas puestas en su actuación. Amigos y adversarios lo reconocen un maestro en lides parlamentarias, y los segundos lo temen. Con una docena de hombres así, — no por la inteligencia, que los hay talentosos en nuestro Congreso, — sino por el valor, la Cámara de Diputados presentaría un muy diverso aspecto del que presenta.

Del período ordinario que concluyó en Setiembre, efectiva-

mente se esperaba más y mejor. Se ha gritado, se ha discutido más que en años anteriores, sin duda; ese cuerpo dormido se ha despertado un poco en algunas sesiones; pero los que se prometían un año parlamentario que hiciese época en nuestros anales, han perdido su plata. No ha habido tal cosa. No pienso reproducir las censuras habituales a la inactividad y esterilidad del Congreso. Casi me atrevería a decir que esa inactividad y esa esterilidad son un bien relativo. ¡Cuidado que si se moviesen y obrasen mal! Habrá dejado de hacerse mucho bueno; pero así se ha evitado que se hiciera mucho malo. El otro día me asusté al leer que el número de los proyectos presentados al Congreso de los Estados Unidos alcanza, término medio, a 20.000 por año. ¡Ay de nosotros si se votaran tantas leyes!

Durante el año transcurrido, en el nuestro se han votado algunas necesarias y fecundas. No recuerdo la lista y aunque la recordase no se me ocurriría reproducirla; pero compruebo el hecho. No obstante no se ha abordado ninguno de los serios problemas que la existencia de todo estado comporta; no se ha abordado ninguna de las complejas cuestiones sociales que reclaman solución. Ahí está en pie la cuestión agraria, más grave de día en día. Bien es cierto que poco pueden hacer los hombres de hoy contra la imprevisión o la deshonestidad de los de ayer. Ahora el Congreso está abocado a la discusión del presupuesto. Al menos nos diese una ley bien inspirada y sabiamente hecha! Pero ¿quién se atreve a podar? Toda proposición de esa índole es acogida con tanta resistencia que aun los más audaces se ven obligados a retroceder. Y en tanto el déficit crece todos los años...

El déficit crece, porque si el Congreso es generoso hasta lo vedado, la administración es débil e incapaz. Buena política ha hecho este gobierno, pero mala administración. Todos creen en su honestidad, pocos en su capacidad. Un presidente que sacrifica sus más sanos colaboradores — tal lo que sucedió con los ministros Lobos y Rosa — en aras de su amistad y su debilidad, no es un buen administrador. Un presidente cuya ocupación casi exclusiva es el veraneo, se hace sospechoso a los hombres de trabajo. ¿El patriotismo que ciertamente anima a los miembros del Poder Ejecutivo, bastaría a salvar la situación el día en que se requiriese tino, mucho tino, tino antes que nada? Cuando se recuerda como fué abordada y resuelta la huelga ferroviaria — quien siembra vientos recoge tempestades; — cuando se repasa

desde sus comienzos la historia extraordinaria de nuestra tirantez de relaciones primero, de nuestro conflicto con Italia luego; cuando se piensa en la gestión maravillosamente inepta del actual ministro de Instrucción Pública, da que pensar el porvenir.

Pero que en el porvenir piensen los pueblos viejos y como tales calculadores; nosotros somos jóvenes, jóvenes, jóvenes, y queremos vivir la vida en el presente. Que los que vengan detrás arreen...

ROBERTO F. GIUSTI.

---

# LA LITERATURA SOCIOLÓGICA HISPANO-AMERICANA

**Los Orígenes Argentinos,** por Roberto Levillier.

El continente americano siempre ha procupado a los pueblos de Europa, no sólo bajo su faz productora o materialista sino también en su aspecto intelectual; sea que se le considerara como objeto de estudio desinteresado y netamente científico, sea con fines ulteriores y preparatorios de empresas.

Abundan, por consiguiente, las obras de escritores extranjeros que en estos últimos tiempos nos han visitado; y, a guisa de observadores originales, nos han descubierto desde el punto de vista de su idiosincrasia personal. Muchas de estas producciones son menos importantes que las de los historiadores o naturalistas que en otras épocas viajaron por estos mundos, y las cuales ahora mismo son para nosotros fuentes preciosas de consulta.

Pero, en estos últimos tiempos, surgieron algunos escritores oriundos de América, que han querido mostrar a Europa una síntesis de la vida de sus países, estudiar la filogénesis de sus pueblos, en una palabra, explicar con criterio americano formas sociales novedosas e ignoradas. De ahí que en muy poco tiempo ha ido apareciendo una serie de obras esquemáticas y sintéticas, especializándose muchas de ellas con un país determinado, según la nacionalidad de sus autores. Abundantes han sido los juicios críticos formulados alrededor de dichas obras, pero la mayor parte de ellos responden más bien al prurito de la consagración inmerecida que al análisis concienzudo y honestamente hecho.

Y ¡asómbrate oh lector! son los críticos extranjeros los que juzgan despreocupadamente esta América, que no han visto sino en rápida *tournée* de conferencistas, por consiguiente, con el criterio de los *divos;* o son literatos que desean a su vez que se les

inciense, halagados por el deseo humano de ser retribuidos en elogios.

El libro de Roberto Levillier sobre *Los Origenes Argentinos*, el de F. García Calderón, *Les Démocraties latines de l'Amérique*, el de L. A. de Herrera, *La Revolución Francesa y Sud América* y la epopeya elaborada por D. Ricardo Rojas, *Blasón de Plata*, constituyen un conjunto, como decía, que hace meditar sobre la importancia que dichos estudios tienen para el mejor conocimiento de nuestro pasado y hasta sobre las profecías más o menos idealistas contenidas en ellos.

Las cuatro obras predichas han sido forjadas a base de nociones minuciosas, incluso la de Ricardo Rojas, si bien la de éste sea, según su segundo título lo deja entender, *de pura emoción* y por consiguiente encuadrada más en el género de la poesía que de la didáctica.

* * *

El señor Roberto Levillier ha repetido para Europa, para Francia, mejor dicho, con un programa más amplio, las tentativas sociológicas hechas por escritores argentinos, como él, y cuyas ediciones aparecieron en castellano y para nosotros casi exclusivamente.

*Los Orígenes argentinos*, como lo dice el autor en su prólogo, es un libro de difusión de cosas conocidas en España y América; es algo así como un *baedeker* de la evolución *étnica de la raza*. Ha querido hacer histología antropológica, buscando la arteria honda que nos orientara en el conocimiento de nuestro pueblo. Trata de precisar "la evolución de los instintos desde el nacimiento del núcleo primitivo" hasta vislumbrar el alma de la raza.

Como es evidente, debía comenzar por darnos la explicación del estado económico de España en la época del descubrimiento y conquista, y sus etapas sucesivas de decadencia, causada en primer término por la expulsión de los moros y el aumento del clero.

Las ambiciones de enriquecimiento de los conquistadores no encontraron pábulo suficiente en Buenos Aires; de ahí que los blancos españoles buscaran, a veces, otros medios no muy honestos como ser explotando la administración pública, que su situación privilegiada de gobernantes les permitía. Pero estos conquistadores tuvieron que vencer, además de las dificultades del medio ambiente, las que les oponían sus habitantes: los indios.

De aquí nacen dos clases de conquistas: laica una y espiritual la otra, ambas tendientes, con distintas formas, a someter al autóctono; mas los civiles, con el sistema de encomiendas, destruyeron la población indígena.

En seguida entramos a lo capital del libro: el análisis de los elementos que formaron lo que el autor llama la *nueva raza,* permitiéndole sostener la tesis de la fusión de indio y blanco. Los indios se agrupaban en tribus que el señor Levillier estudia valiéndose de Concolorcorvo y D'Orbigny, para la parte antropológica de los *quichuas* o *calchaquís* (sic); de Azara para los guaranís; con Falkner y Guinard describe los pampas, dejando de lado las otras familias por no tener importancia, desde el momento que no han participado como las anteriores en la formación del habitante argentino.

Da un valor secundario al elemento negro como componente, si bien es cierto que el blanco con aquél y el indio, constituyen el *germen* de la nueva raza.

Los nuevos pobladores de los territorios conquistados se vieron contenidos en sus aspiraciones por el sistema restrictivo de la Península, que a la sazón se encontraba en plena decadencia económica, originada por las doctrinas que estaban en auge. Sin embargo, el espíritu de empresan o escaeseó; por ello es que a pesar del sistema legislativo español, la realidad histórica prueba cómo los pueblos del Río de la Plata se enriquecieron por medio del contrabando y del intercambio de productos con el interior del país, determinando la implantación de nuevas industrias, como la de la pesca, que si no prosperaron, muestran, por lo menos, una faz de la actividad colonial.

El autor, antes de entrar al estudio de lo que él llama el tipo constituído de la nueva raza, expone sucintamente la vida política y social de la colonia. El respeto a la ley era casi desconocido y, en la mayoría de los casos, los códigos no influían en lo más mínimo en la vida, y hasta los mismos funcionarios encargados de aplicar la ley olvidaban de ser estrictos, dando origen a esa corrupción administrativa que se menciona constantemente; mas, a pesar de ello, el mecanismo político y jurídico estaba montado con gran prolijidad. El clero tampoco cumplía religiosamente con la misión encomendádale.

A continuación encontramos una serie de páginas dotadas de cierto relieve, en las que nos evoca el aspecto edilicio de Buenos

Aires con sus casas de barro, chatas y feas, tal como las vió Martín de Bassin. La indumentaria del habitante no era mala, sobre todo la de las mujeres, que revelaba un cierto gusto. Se detiene a describir la vida familiar de la ciudad — durante el verano —, en la que el negro es el mejor elemento de trabajo, coincidiendo Levillier con el doctor J. A. García, en la importancia social que aquél ha tenido. La mujer en la familia estaba "embargada por las materialidades de la vida, su imaginación no turbaba su felicidad. Con que su marido estuviese satisfecho y se lo demostrase; que las negras la ahorrasen el trabajo de cuidar a sus hijos y estuviesen atentas a sus menores caprichos; con estar bien quista con el señor cura; con tal que los pasteles, los dulces, los jabones y las velas que confeccionaba resultasen bien, y con que pudiese comer, beber y dormir mucho, se consideraba completamente dichosa, no deseando nada más, ni para ella ni para los suyos". Además, la mujer debía resignarse a sufrir en su sentimentalidad femenina, por el ejemplo que los jóvenes daban con su vida de concubinato, disminuyendo así la formación de los hogares. Se percibe un constante predominio de los instintos y un olvido de las leyes, de lo cual resulta la familia desorganizada, por la ausencia de disciplina moral en los hombres.

El estudio de la instrucción pública lo ha hecho en forma sumaria y sin precisar épocas; por lo tanto no es posible tener un cuadro fiel de la cultura. El factor religioso es predominante en la vida de la familia, por la dedicación excesiva de las mujeres a la práctica del culto, enalteciendo, de ese modo, en el hogar, la autoridad del sacerdote.

Todo este conjunto de elementos, de lugar, económicos, sociales y políticos, engendraron el desprecio al trabajo, que tan bien nos hiciera ver J. A. García, aunque a ser sinceros, este último nos da raíces más hondas, que no sólo se nutren en esos factores externos sino también en la conciencia del habitante.

Por fin llegamos a lo que me parece ser el eje del libro: la raza, su constitución y características.

La fusión es el punto capital del problema, fusión cuyo estudio realizó Sarmiento. El núcleo de la raza es producto del cruzamiento de españoles con indias, determinado por la circunstancia especial de la escasez de mujeres españolas. El mulato no tiene tanto predominio y su influencia ha sido muy reducida; la mezcla de negro con india tiene aun menos importancia; los producidos

de la raza negra, por razones de medio ambiente, desaparecieron poco a poco, permaneciendo el mestizo que en la ciudad se llamó criollo y en el campo gaucho.

Describe con rasgos felices al criollo penetrando en su psicología individual y mostrando su importancia como colectividad, descubriendo en él dominante la tendencia materialista.

El gaucho, a su vez, moldeado por el medio, desprecia profundamente el trabajo; su carácter es fruto de la soledad del desierto que se exterioriza en sus cantos; temperamento místico en el cual trasunta cierto fetiquismo, jugando con la vida porque tiene una idiosincrasia fatalista. Su vida social fué en todo producto de la campaña, pues amoldó lo mejor que pudo su carácter al medio ambiente, sin disminuir en nada su personalidad. Con estos rasgos felices, termina el señor Levillier el libro I de su obra.

La segunda parte titúlase: la epopeya. En ella nos es dado ver actuando en una nueva vida a esos elementos pobladores refundidos. Comienza la época independiente.

Las cortapisas de la metrópoli crearon lentamente un espíritu local y de resistencia que se acentúa y aumenta durante la transformación social operada desde 1776.

Nace una revolución en las ideas, determinada por múltiples factores concurrentes. La juventud que iba a Europa, en presencia de instituciones nuevas y de grandes sucesos políticos traía a la colonia el germen de rebelión latente ya en la mayoría de los habitantes, quienes pronto se entusiasmaron con las doctrinas de la revolución francesa; sin embargo, al principio, no pasó de ser nada más que un proceso de ideación. Un sacudimiento guerrero, las invasiones inglesas, dan origen al despertar de "los instintos agresivos de la raza", comprobado por el papel de los nativos en esa circunstancia.

A esto agréguense las agitaciones de Miranda y Rodríguez Peña en Londres, que fueron algo más allá, pues sugirieron por primera vez la posibilidad de llevar una vida independiente.

Y nos encontramos con la Revolución de Mayo, que puso en evidencia el triunfo de los nativos. El autor, en esta parte, inserta un documento emanado de los miembros del Tribunal de la Audiencia que tiene un interés particular, porque si bien nada agrega para el conocimiento de ciertos hechos históricos, sin embargo nos muestra una faz interesante: cómo apreciaron los

españoles, claramente, la importancia del movimiento, su formación y proyecciones.

La revolución se caracterizó por su caballerosidad, trasponiendo las fronteras naturales para ayudar a los países limítrofes, sin dejar ni un momento, como arma, la astucia, No estaba aún del todo terminada la guerra de la independencia, cuando comenzaron a definirse las ideas de gobierno en dos bandos: el monárquico y el republicano. Pareció predominar un tiempo el primero por las diferentes misiones enviadas a Europa en busca de un príncipe que coronar. Estas ideas se definieron y chocaron en el Congreso de Tucumán.

El autor explica las transformaciones políticas, en primer término, por la escisión entre el elemento mestizo y el español; fué la *raza argentina* aparecida a principios del siglo XIX que se rebeló, raza falta de educación política. Esto último fué la causa de la desorganización gubernativa y de la disociación que dominó en la república, ayudada por la presencia de ideas localistas, originadas y sostenidas en los Cabildos, que obstaculizaron las tentativas de unificación. Surge el caudillo, quien encontró una eficaz ayuda en la naturaleza del gaucho, sobre quien ejerció su autoridad; pero a su vez el caudillo no representó sino el espíritu de campanario y de resistencia al poder nacional.

En Buenos Aires este factor histórico tiene un aspecto particular, motivado por su cultura, y cuya única ambición se traduce en llegar al poder. Después de la anarquía de 1820, se implantaron en Buenos Aires, gobiernos que realizaron una reorganización política, que culminó en la constitución unitaria y en la presidencia de Rivadavia; harto conocido es el fracaso de esta tentativa a causa de la oposición de las provincias inspiradas en la política localista. Y se cae nuevamente en la disolución nacional, resultado de los gauchos y de los caudillos, que con sus desórdenes ponían a descubierto estigmas heredados de los antepasados.

A esta altura de nuestra historia surge Rosas, que opera una transformación profunda en el país. Nuestro autor ensaya una defensa de este personaje, encarando su gobierno bajo el punto de vista de la importancia que ha tenido en nuestra transformación social; diríamos que es una defensa fundada en deducciones de carácter sociológico político. El estado social de entonces, autorizaba a creer que las libertades concedidas no se disfrutaban;

no se tenía la educación suficiente por razón del régimen colonial extinguido. Rosas se popuso someter la raza que había mostrado todos sus instintos agresivos, usando, al efecto, procedimientos diferentes a los de sus antecesores, al imponerse por la fuerza y no por la razón. Sólo conservó los elementos tradicionales de la raza, y ésta se sometió. Afirmó aún más su autoridad en la lucha con Francia e Inglaterra. ¿En qué forma realizó sus propósitos? Supeditó la justicia a su voluntad arbitraria, aunque su menosprecio por las leyes y el uso de la fuerza no fueron sino cualidades de la raza que caía vencida.

En el comercio, ejerció el monopolio a favor de Buenos Aires, con el pretexto de ser el puerto único para todas las provincias. Acentuó el desastre económico que se originaba en el desquicio de la hacienda pública y contuvo la lucha de ideas políticas, prohibiendo se divulgaran, haciendo olvidar así a una generación el interés por las discusiones partidistas. La propaganda de los emigrados, para el señor Levillier no tiene importancia.

Rosas mató la cultura y la instrucción pública, pero fortaleció el Poder Ejecutivo, y, en esa forma doblegó, humilló la raza, sin causar un mal, por cuanto la civilización casi no existía cuando subió al poder; fué un mal gobernante, y eso era lo que se necesitaba, según el autor. Así pudieron consolidarse el alma nacional y las aspiraciones de gobierno por medio de un poder militar fuerte, produciéndose el fenómeno curioso de ser los mismos unitarios los que dictaron una constitución federal. He aquí cómo aquel personaje cumplió su misión.

Esboza el autor el período de la organización nacional y la lucha entre Buenos Aires y las 13 provincias por rivalidades internas. Surge el general Mitre adquiriendo preponderancia no sólo como organizador de la república sino como pacificador de una época de nerviosidad. La constitución de 1853 representa una fuerza civilizadora que con nuevos factores cambia totalmente la faz nacional.

Por fin, el señor Levillier estudia los factores que dan el nuevo aspecto a la nación: la inmigración abundante que reforma el núcleo de la nueva raza, trayendo consigo el trabajo modificador, la implantación de vías de transporte, la construcción de obras públicas y el mejoramiento financiero los resumen casi todos.

La tierra pública es el gran problema que a tantos errores ha dado lugar, porque nuestros hombres de estado se entusiasmaron

con las doctrinas europeas de colonización y al quererlas traducir en formas prácticas han fracasado. La única colonización que prospera es la privada.

El progreso económico se acentuó a saltos haciendo que se operara un cambio en el orden político: la destrucción del gobierno-caudillo. Lo más difícil de realizar ha sido, y es, la práctica estricta de la constitución. La sociabilidad se ha transformado, europeizándose unas regiones más que otras, poniéndose Buenos Aires a la cabeza.

La escuela emprendió una verdadera obra nacional y con la colaboración de la prensa engendró el adelanto cultural argentino. Hasta el idioma se renueva y se va formando con rasgos distintos del castellano.

Levillier encuentra en Sarmiento la personificación del genio de la raza, porque pensaba con ideas nuevas y sentimientos antiguos.

En el capítulo final de conclusiones nos muestra lo que ha quedado de la raza primera después de las influencias de los nuevos que vienen a nuestro suelo. El vigor del criollo actuó en el mejoramiento fisiológico de los pueblos extranjeros mediante la fusión; pero estos últimos, a su vez, modificaron las ideas de aquél. El autor cree que lo primero es infinitamente superior a la segunda. ¿En qué proporción predomina cada uno de los pueblos llegados? Nuestro país ha tomado tres cosas: las instituciones a los Estados Unidos, a Francia sus costumbres y sus teorías filosóficas y a Inglaterra sus capitales; y aunque las inmigraciones italiana y española hayan sido las más numerosas y hayan influído más en la composición étnica, los franceses, los ingleses y los alemanes "ejercieron una acción más imperiosa que aquellas sobre la vida intelectual, las industrias, las finanzas y el comercio".

Y el gaucho, representante de aquella primera raza, queda como un recuerdo, cuya silueta física el progreso ha muerto.

* * *

Esta es la obra. ¿Qué reflexiones sugiere el análisis mismo? Un tema tan vasto, repito, y encarado como el autor lo ha hecho, me proporciona un semillero de observaciones y objeciones por no estar de acuerdo en puntos que juzgo fundamentales. Y no lo hago por rendir culto a la dialéctica, no.

Es evidente que el señor Levillier no debía producir una obra histórica; su plan es el de un trabajo de síntesis y de carácter sociológico, aunque tiene también pretensiones de tocar los límites de la antropología.

En primer lugar, en casi todo el libro hay una falta de precisión en el conocimiento de los hechos y datos inmediatos necesarios para el estudio. No discierne cuáles son los puntos fundamentales de sucesos determinados; así, al ocuparse de la fundación de las ciudades en el territorio argentino omite la de Córdoba y su resultado, que fué germen del conflicto jurisdiccional con Santa Fe, conflicto que no sólo explica la confluencia de las dos corrientes pobladoras, sino que pone en evidencia la primera manifestación de rivalidades que más tarde se transformaron en luchas civiles.

Se detiene demasiado en hacer reflexiones sobre cosas muy sabidas, como aquello de la sed de oro y de la corrupción administrativa, etc. De vez en cuando aparecen como pequeñas *macchiette* de evocación. Es lo que sucede con la descripción de Buenos Aires, al que, con un pequeño detalle, con una faz, cree habérnolos presentado en su totalidad. Esto no debía descuidarse dada la índole de la obra.

La psicología de tipos y caracteres responde más a obtener frases agradables al oído que a una veracidad coherente. Al analizar el conquistador, por ejemplo, en un pasaje nos lo hace ver como a un tipo a quien "le roía la envidia, pasión que fué una fuente inagotable de discordia. Las distinciones de que eran objeto los demás, le mortificaban. Atribuíanlas al favoritismo y considerabanlas una injusticia para con ellos. La superioridad de un rival y, sobre todo, de un amigo, daba pie a una enemistad inconsciente, que desborda de una manera odiosa al primer choque". Y sin embargo, este hombre que llegaba hasta odiar a un amigo por rivalidades, en otro párrafo aparece dotado de "una lealtad guiada por su espíritu caballeresco, hasta el sacrificio de la propia vida y que se aferraba con notable obstinación a la palabra dada"; éste era el mismo tipo que, arrastrado por las pasiones, "sentía levantar en su espíritu una barrera entre el orgullo y la equidad". Siempre he observado en todos los escritores que han hecho la psicología del conquistador una superficialidad general, en donde la adjetivación predomina sobre el fondo del asunto.

La parte destinada a la antigüedad del hombre en América y a su período precolombiano es demasiado sumaria, desde el mo-

mento que da importancia al indígena en la composición étnica. El estudio del indio es lo más débil de la obra. Aquí encuentro patente esa falta de precisión a que antes aludía. Me ha sido dado notar confusiones lamentables de nombres, como ser, por ejemplo, el refundir los quichuas con los calchaquíes y decir que los quichuas descienden de los incas. Ante todo, se da el nombre de incas a una dinastía más que a una tribu, y lo más que podría admitirse, evitando confusiones, es que los indios quichuas constituyeron una de las tribus del imperio inca.

La descripción de los calchaquíes, prueba que el autor está un poco lejos de los adelantos precisos en el estudio de esa agrupación tribal. Primeramente, jamás se puede decir quichuas o calchaquís, pues fueron pueblos enemigos y, en segundo lugar, los calchaquís tenían elementos de cultura y de vida propios o asimilados que el autor parece ignorar.

Hay una carencia de información y de apreciación crítica de los textos, que le hace incurrir en errores totales. Se me ocurre recordar a este propósito, la objeción que Sarmiento hacía a Prescott, reprochándole de no someter a una sana crítica los datos que trasmiten los autores contemporáneos de la conquista. El señor Levillier no se ha emancipado de la bibliografía antigua y discutible, olvidando estudios y conclusiones a que han llegado los arqueólogos argentinos y peruanos, principalmente. No le pido la especificación del detalle, pero por lo menos la exactitud de las afirmaciones. Azara es una de las mejores fuentes de estudio de los indios del litoral, pero no debe olvidarse que no nos resuelve nada sobre el carácter de los pueblos que habitaron el Río de la Plata durante la conquista. Hay entre nosotros un grupo de arqueólogos y antropólogos modernos que han realizado estudios verdaderamente detenidos. Para la tesis misma del autor, que se funda en la mestización, repito, era necesario darnos nociones más precisas.

Los indios pampas están bien tratados, pero con ellos termina la reseña, dejando de lado otras tribus importantes y que tienen rasgos bien distintos de las enumeradas.

La influencia que los negros han tenido como elemento etnográfico está bien de relieve. Entre nosotros no se puede hablar de problema negro por haber desaparecido este grupo. Sin embargo, no olvidemos que es necesario ser consecuentes con la verdad histórica y deberles la gratitud del recuerdo por la forma como se condujeron en nuestra guerra de la independencia.

Por ahora dejo de lado lo relativo a la fusión de razas, porque al ocuparme del papel que tuvo, apreciaré debidamente sus conclusiones.

Se hace necesario reaccionar seriamente contra la manera uniforme de apreciar el régimen colonial español. Es mucho lo malo que él tuvo, pero hay que ser imparciales en presencia de ciertas circunstancias. Critican casi todos los autores algunas medidas que las autoridades coloniales adoptaban, prohibiendo la exportación de ciertos productos. No obstante, está plenamente justificada la prohibición de extraer el trigo y menestras, porque era necesario precaver las carestías que amenazaban constantemente con su consecuencia, el hambre. Abundan los casos en que una ciudad del virreinato pedía a otra se le permitiera exportar trigo por carencia de este producto.

El cuadro de las industrias coloniales podría haber sido más completo. Me explico esa deficiencia en el autor, por carencia de información, debido a que ha limitado su investigación a los archivos existentes en Europa y ha descuidado la valiosa documentación colonial que tenemos nosotros y que dada la índole del asunto, le hubiera permitido resolver en otra forma ciertos problemas. Así, por ejemplo, la industria de la pesca de la ballena que, si bien fracasó, fué una realidad; la del cultivo del tabaco, del añil, la extracción de la sal y tantas otras cuyos rastros nos revelan documentos archivados y dejados en olvido. El autor ha discernido con buen criterio la realidad histórica del enriquecimiento del habitante.

A veces la mención de ciertos detalles de la vida colonial revelan que el autor no ha penetrado bien en ella. La vida jurídica y el mecanismo administrativo y político no están bien presentados, pues no aparece clara la jerarquía existente entre los virreyes, capitanes generales y gobernadores, lo mismo que sus atribuciones. Los cambios que se sucedieron en la organización durante la dominación española, le hubieran permitido deducir conclusiones hermosas, por la verdad, sobre las etapas porque pasó la colonia imprimiéndole una fisonomía determinada.

La tan zarandeada cuestión de los Cabildos, le permite sostener una conclusión que me parece exactísima y que rehabilita, por fin, la importancia que esa institución ha tenido, sobre todo en provincias, donde "separados de todo gobierno central y completamente aislados, fueron dueños de sí mismos durante varios siglos

y no debieron su existencia más que a su valor para defenderse contra los indios y a sus medidas de previsión para asegurar la suerte de su ciudad. Adquieren un espíritu de independencia que los acostumbró a la autonomía, pero a una autonomía peligrosa". Es una conclusión ésta que merece ser comprobada por un trabajo que nos explique de una vez por todas la marcha de las ideas sobre la forma de gobierno que quisieron adaptarse al país. Es casi el único pasaje que encuentro en el libro en donde el autor ha aplicado un criterio que, para mejor mérito de su obra, debía haber usado siempre, esto es, que no puede estudiarse de una misma manera y refundir totalmente, las características del interior de la república con las del litoral.

La vida colonial, analizada en sus múltiples facetas, se me aparece en su estructura y en su conjunto bastante distinta de lo que Levillier la ve. Ante todo, no precisa los momentos que de ella toma ni tampoco la abarca en su totalidad. Muchos defectos se achacan a las instituciones, cuando no son sino resultado del habitante. A veces nos refunde un dato, un detalle de un siglo con otro perteneciente a otro siglo. Cuando Groussac en su *Santiago de Liniers* nos habla del Buenos Aires viviendo, ya sabemos a qué época histórica se refiere. Pero en *Los Orígenes Argentinos* aparece la ciudad de Buenos Aires en su aspecto edilicio conjuntamente a estados de cultura posteriores. De ahí que el cuadro resulte abigarrado y confuso. Descuida, igualmente, la información exacta; por ejemplo, se contenta con un Martín de Bassin para evocarnos a la capital del virreinato y cae en generalizaciones erróneas. No es cierto que en Buenos Aires se viviera totalmente en casas construídas de tierra molida! Reducir las casas todas a ranchos es dar una noción muy poco verídica.

Las conclusiones sobre la familia no se fundan en un estudio completo. Le falta analizar la familia proletaria de la campaña, en la que la mujer tenía un papel muy diferente de la de la ciudad y que es la estudiada por Levillier, esa familia proletaria de la cual salió el núcleo más noble de los ejércitos revolucionarios.

Omite detalles que dan fisonomía a un pueblo, como ser la pulpería. Además, está olvidada la vida agrícola, las chacras, las estancias. Quiere reconstruir la vida social de Buenos Aires, y tanto el señor Levillier como otros escritores de costumbres pretéritas han creído que en Buenos Aires reinaba perpetuamente el verano. Siempre son los mismos vecinos que charlan sentados en

la vereda o se pasean por la orilla del río o gozan del umbrío patio de sus casas o duermen la perezosa siesta. ¿Y en invierno qué se hacía? ¿Se charlaría en la vereda, a las 6 de la tarde, con tres grados bajo cero? Es necesario dejar de lado el prurito de hacer frases coloridas en obras de corte científico. No conducen a nada; sólo a formar conceptos unilaterales. Quizás la lectura de *Buenos Aires Colonial*, de Pillado, hubiera mejorado su tentativa de descripción.

Tampoco me satisface cómo describe la vida pequeña del mercado. Existe un documento en el Archivo de la Nación de Buenos Aires que, a ser conocido por el señor Levillier, habríale permitido trazarnos una página nítida de realidad histórica. Dicho documento emana del fiel ejecutor que desempeñaba funciones en el año 1783, quien, al darnos cuenta de lo obrado en su cargo describe la forma en que se disponían los abastecedores, de la siguiente manera:

"23. Distribución de calles para los vendedores y comodidad de los compradores.

"23. Y haciendo relación de lo primero digo, que di orden el que parte de las ortalizas y Tocinos, y algunos otros comestibles hiciesen un Ala por debajo de la Calzada de las Casas que miran al Norte; no consintiendo caballos en ella. Y la otra de Carretas y Carretillas de Carne, enfrente: dejando un vacio ó calle capas para el concurso de Gentes; De modo, que poniéndose la primera frente la esquina del difunto Dn. Juan Gutierrez, quedase descubierto el 2.º Arco entero de los Portales de Cavildo con sus Pilares. En medio de esta cera de Carretas y Carretillas, una calle Trabieza frente de la bentana de reja del difunto Sorarte.

"Las Carretillas de Carne que desde esta calle trabieza ó Callejón se ponen hasta rematar frente de otra bentanita de reja que está junto al Estanco no deben pasar de este paraje... Otra calle ancha siguiendo la de San Francisco se formó siguiendo como para la Merced de las Carretillas de Carne, y algunas hortalizas; ancha y desahogada que descubriese las Esquinas primeras de la dha. Calle de la Merced: Otra pequeña para los Carneros: Otra á un lado entre el Juzgado y la Capilla de enfrente, para el Labio del foso, de Carretillas de Carne ó del Pescado, dexando en su principio camino suficiente entren las Carretas de Trigo para el Fuerte." (1)

---

(1) Documentos para la Historia del Virreinato del Río de la Plata. — Publicados por la Facultad de Filosofía y Letras. — Buenos Aires. Tomo I, pág. 58 y sig.

Todo lo relativo a instrucción pública es muy deficiente, lo que hace muy difícil explicar la psicología y cultura del habitante en 1810.

Pero lo capital de la obra es la teoría de la fusión y su importancia por los rasgos determinantes que ha impreso a la raza. Siento manifestar mi disconformidad con la síntesis a que arriba el autor. No niego que a este respecto dedica páginas hermosas como las destinadas al gaucho, en donde el tipo está literariamente bien delineado, aunque prefiero la psicología del tipo hecha por Sarmiento en el *Facundo*. Todo lo relativo a la fusión queda por demostrarse aún, cosa que, por otra parte, creo difícil.

La importancia de la fusión de razas está exagerada, no por lo que a sí misma se refiere, sino por los resultados que, según el autor, ha tenido en nuestras transformaciones sociales y políticas. Mas para el señor Levillier ¿qué es esta nueva raza? ¿Cuál es el grupo importante? El mestizo. Ante todo, es necesario estudiar por grados el valor de la mestización según las regiones. En ciertas partes del litoral casi no ha existido, mientras que en el noroeste argentino constituyó la base del elemento poblador. De aquí que no se pueda generalizar sin caer en errores, afirmando, de buenas a primera, que ha existido una unidad étnica de la pretendida nueva raza, unidad que asemeja al interior con el litoral. La terminología está equivocada en parte, porque no todo el elemento gaucho fué mestizo, ni tampoco se llamó exclusivamente criollo a este último. Muy al contrario, denominóse criollo casi únicamente a los vástagos de blancos españoles, nacidos en nuestro suelo. El gauchaje de las regiones pampeanas estuvo constituído, en su mayor parte, por los hijos de la familia proletaria española establecida en estancias y chacras.

No creo que deban pregonarse las bondades de la mestización, pues tuvo y tiene efectos perniciosos, que ahora mismo experimentan naciones cuya mayoría de habitantes está compuesta de hombres derivados de ella. No se ha podido comprobar aún, de cómo los productos de blanco e indio definieran, en realidad, el tipo de una nueva raza, pues, casi siempre, como muy bien lo dice Agassiz, el híbrido de blanco e indio y sus descendientes retroceden poco a poco al tipo indígena, borrándose los rasgos del blanco. En síntesis no hay amalgama de elementos afines, sino superposición ocasional de dos pueblos bien diversos. Para que se pueda hablar de una raza, se necesita tener algo más que la simple pala-

bra; una raza no sólo requiere para que exista la conformación uniforme del cráneo u otros elementos anatómicos, sino también la homogeneidad típica de la agrupación.

Sarmiento, cuya intuitiva profundidad en esta cuestión debería conocerse mejor, sostiene que "estas razas distintas de color, no forman un todo homogéneo, como formaron entre sí galos y romanos, sajones y normandos, germanos y longobardos, godos, etc., y aun árabes y sarracenos, que, al fin, todos son variedades de una sola y misma raza, la caucásica. Agassiz no admite que la progenie de negro y blanco, de blanco e indio, de indio y negro, que produce mulatos, mestizos y mamelucos, pueda substituir sin volver a uno de sus tipos originales; pero el lenguaje común se ha anticipado a la ciencia distinguiendo estos diversos orígenes y las medias castas intermediarias, muy sensibles aún en el Perú y en Bolivia, aunque no sean felizmente muy visibles en nuestra propia sociedad argentina." (1) En el territorio de la República Argentina no se puede sostener que la composición étnica se funde "en la raza cobriza como base y la blanca y negra como accidente", como lo hacía notar Sarmiento.

Un desliz evidente comete el autor, cuando afirma que la independencia fué sobre todo para los mestizos e indios. Todavía no han sido bien individualizados, por falta de información, los elementos pobladores que en primera línea sostuvieron la guerra de la independencia. En más de una circunstancia los indios formaron parte de los ejércitos españoles, así como los mestizos. Blackenridge, citado por Sarmiento, afirmaba que "la gran porción de indios de estos países tiende mucho a favorecer a los españoles, y les da ventaja sobre los patriotas. Los indios son continuamente reclutados por los ejércitos españoles, y acostumbrados como lo han estado por siglos a la más abyecta esclavitud y obediencia, no sólo se someten dócilmente a su suerte, sino que son excelentes soldados". (2)

La guerra de la independencia fué continental y, por ende, no se puede hablar de naciones, ni sostener la conclusión de que unas ayudaban a otras. Los pueblos se constituyeron en naciones posteriormente; pero lo cierto es que, tanto en esta guerra de la independencia como en la lucha civil, los que desempeñaron el principal papel fueron los criollos blancos puros: Moreno, Belgrano,

(1) Sarmiento. — Conflictos y Armonías de las Razas en América. — Tomo I, pág. 56.
(2) Sarmiento. — Obra cit. — T. I, pág. 57.

San Martín, Castelli, Saavedra y tantos otros, eran blancos sin mestización, y los ejércitos que completaron su obra estaban formados, en su mayoría, por elementos que no están comprendidos en la clasificación de nueva raza del señor Levillier. Por otra parte, en ciertas circunstancias, el elemento colectivo es apático, ni dirige ni orienta los sucesos. Quizás se hubiera estado más en lo cierto, al estudiar una raza regional argentina que comienza a destacarse desde la guerra de la independencia. Nuestra revolución no fué hecha por una raza que reivindicaba tradiciones seculares, sino por un grupo de hombres etnográficamente distintos, y que no tenían más ideal que el gobierno propio.

Las montoneras, brazo derecho de los caudillos, estaban compuestas de un elemento etnográfico bien diferente del que constituyó los ejércitos patriotas. Al contrario, esas montoneras en sus comienzos, fueron un conjunto racial que disolvió los gloriosos ejércitos patriotas, borrando totalmente su organización. Sarmiento, en la obra citada, explica luminosamente, a mi modo de ver, cuales fueron los pueblos que lucharon por la independencia y los que hicieron las guerras civiles, al afirmar que "desde el instante en que la clase española de las ciudades americanas, cediendo a un impulso histórico externo, se dispuso a hacerse independiente de la España, del mismo impulso se produjo un movimiento interno de dislocación de la antigua composición de las colonias en el Río de la Plata, principiando una revuelta paralela a la Revolución de la Independencia, de las razas indígenas, suscitada por los Coriolanos perversos, qué se separaron de los propósitos e instintos civiles de su raza para encabezar en provecho propio las resistencias, los rencores y las ineptitudes civiles de los indígenas, no preparados para la vida civil ni para las instituciones libres, a que aspiraban los blancos entendidos y en contacto con el mundo exterior. Esta revuelta no ha creado las instituciones que poseemos, hijas del espíritu liberal de la raza blanca"... (1)

El señor Levillier no ha podido explicarse con claridad el nacimiento de la montonera, porque no ha tomado en consideración, para nada, los movimientos producidos en la Banda Oriental, que, en sus orígenes, no fueron sino un "levantamiento indígena encabezado por Artigas, y que al llegar el Presidente Sarratea de

(1) Sarmiento. — Obra cit. — T. I, pág. 346.

Buenos Aires y presenciar tan repugnante espectáculo de barbarie, mandó separar del campamento de Artigas las tropas regulares que mandaban French, Soler, Rondeau y Terrada"... [1] Y aunque los tintes del cuadro están un poco exagerados, hay en él un fondo de verdad, porque "cuando se ha querido describir la historia de aquel desquicio, de aquellas violencias, traiciones, alzamientos y algaradas de jinetes, se han buscado palabras en el diccionario, ideas en los pueblos, causas en los celos locales, para darles alguna forma aceptable. Todo se explica, sin embargo, dejando a todos satisfechos o igualmente contrariados, restableciendo la verdad histórica, palpable, brutal, un alzamiento de razas conquistadas... una separación de razas, de propósitos. Artigas — su jefe — está contra los españoles, contra los portugueses, y por poco que le nieguen los auxilios para hacer de su cuenta la guerra, estará contra los patriotas también". [2]

En el territorio argentino, después de un tiempo, la guerra civil no sólo contó con los indios y mestizos sino también con los blancos; hay abundantes memorias de jefes que actuaron en esos sucesos, en las que nos dicen que sus fuerzas estaban compuestas casi totalmente por gente de este color.

En síntesis, diré, que no me parece posible sostener que los mestizos fueron los que fundaron nuestra nacionalidad.

La afirmación de que el caudillo se limitó a representar la política de campanario es muy discutible. Quiroga, Bustos, López, Rosas, etc., buscaron asentar su autoridad sobre el mayor número posible de provincias.

Ha acertado al considerar al gobierno de Rosas como bueno con relación a las circunstancias en que actuó, aunque es prudente considerarlo desde un punto de vista limitado. Sin embargo, no creo que ello baste para rehabilitar al personaje. ¿Qué propósitos animaban a Rosas? ¿Qué fines buscaba? Es difícil hallarlos. Sería digno de elogio, siempre que hubiese tenido un ideal elevado de gobierno; careció de él. Los medios que le sirvieron podía haberlos utilizado en hacer progresar al país. Reconozco, no obstante, que Rosas ha hecho obra de solidificación nacional, aunque es inexacto que toda la colectividad de entonces fuera incivilizada, porque ese grupo de emigrados, que más tarde rigió los destinos de la República, y cuya propaganda el señor Levillier errónea-

(1) Sarmiento. — Obra cit., Tomo I, pág. 355.
(2) Sarmiento. — Obra cit., Tomo I, pág. 365 y sig.

mente desconoce, era culto e inteligente, muy distinto al nivel intelectual de las montoneras, y no estaba compuesto de mestizos e indios. Lo mismo puede decirse de la población de Buenos Aires.

Y volviendo sobre la cuestión de la nueva raza, me pregunto: ¿si Rosas desnaturalizó los instintos de la raza, para qué estudiarla, desde el momento que no actúa mayormente en nuestra conciencia colectiva? ¿O a no mediar Rosas, subsistiría aún una raza semibárbara? Ella ya no existe, casi, ni antropológicamente, porque la inmigración la ha modificado; ni psíquicamente porque Rosas la doblegó. Porque para sostener la invariabilidad del carácter argentino, a ser lógicos, deberíamos sostener la invariabilidad del elemento europeo que se asentó en nuestro suelo. Luego, el señor Levillier ha dedicado numerosas páginas a delinear un grupo de individuos de los cuales casi nada ha quedado. Una raza mantiene su homogeneidad étnica a pesar de un cúmulo de vicisitudes, cuando posee las mismas cualidades dominantes en todas las épocas.

El período de la organización nacional está incompletamente tratado. En él le hubiera sido posible hallar la transformación del caudillo en elemento social y progresista. Considero que las personalidades de Urquiza y Mitre no están imparcialmente estudiadas. No ha sabido avaluar la importancia histórica y social que realmente ha tenido Urquiza. Tampoco ha caracterizado con exactitud el papel que Mitre desempeñó de 1852 a 1868. No olvide el señor Levillier que este último también supo encabezar y sostener revoluciones.

Hay una laguna en el libro, que cualquiera podrá notar. Omite el estudio de la evolución de las ideas políticas en la masa de los habitantes y el modo como se modificó la conciencia colectiva.

La parte dedicada a la transformación de las instituciones y de las leyes no trae nada nuevo. Formula las acostumbradas reflexiones del editorial de la prensa diaria. Entre paréntesis, le haré notar que el Código Civil y muchas otras leyes, reconocen como paternidad directa la legislación romana o extranjera, según los casos, y no vislumbro esa originalidad casi absoluta que el autor afirma.

No es admisible que la inmigración haya dejado constante la composición étnica, y en las últimas páginas de su libro se desconoce esa invariabilidad. Sin embargo, se olvida de sus fundamen-

tos y sostiene la permanencia del tipo. Hay que rehuir todo patrioterismo cuando se trata de obras serias y meditadas.

Tampoco ha abarcado bien la penetración extranjera en el país; no aprecia la importancia que este elemento ha adquirido en Mendoza, Tucumán, Santiago del Estero y algunas gobernaciones. Es injusto, al ponderar la influencia que en nuestro país han tenido las distintas nacionalidades, porque no sé hasta dónde es cierto el hecho de que únicamente los ingleses, franceses y alemanes, predominen en nuestro comercio e industria. ¿La agricultura y hasta ciertos ramos de la ganadería en manos de quiénes están? De españoles e italianos. Visite el señor Levillier los centros fabriles de Buenos Aires y notará cuantos talleres, pequeños y grandes, llevan firmas italianas o españolas. Quizás un conocimiento libre de preconceptos sobre ciertos fenómenos, no le hubiera hecho incurrir en afirmaciones demasiado prematuras. No debe olvidarse el predominio de los latinos entre nosotros sobre las demás razas inmigrantes.

Resumiendo, diré que el subtítulo más apropiado, del libro que acabo de analizar, hubiera sido el de "Un pueblo en formación", pues creo que aun está muy lejos de poderse definir lo que el autor llama el alma de la raza. Por ahora estamos en los prolegómenos, ya nítidamente señalados, de la formación de una raza, cuyo pasado histórico es una tradición gloriosa y de enseñanza. Hay demasiado elemento nuevo, que nos impide hablar de su existencia, porque aún no están totalmente asimilados los unos por los otros.

Una última palabra. Toda generalización científica debe ser construída sobre el mayor número de datos concretos exactos. El libro del señor Levillier deja mucho que desear al respecto, aunque el plan del trabajo es digno de ser tenido en cuenta en toda obra que de esta índole se produzca.

EMILIO RAVIGNANI.

En el próximo número trataré del libro de Francisco García Calderón, *Les démocraties latines de l'Amérique.*

---

# CRONICA FEMENINA [1]

## NIÑAS DE HOY

Entre todas las graciosas figuras femeninas que se ven desfilar por la calle, que se codean en los salones, que se aprecian en la intimidad, deben hacerse diferencias.

Son interesantes para el que observa; pero si por sus actitudes, sus costumbres y sus modos de vestir se parecen todas las mujeres modernas de un cierto rango social y misma edad, se diferencian, a pesar de su casi uniforme cultura, por su *yo* moral. Este aviva las fisonomías con su resplandor espiritual, haciendo asomar en sus pupilas una luz de comprensión muy viva.

* * *

Una de ellas, que se destaca de la nutrida armada de jóvenes elegantes por su distinción natural, es físicamente así: muy alta y esbelta, más bien delgada. Cabellos y ojos negros, la tez pálida y los labios exangües.

No se dice por ahí que es muy bella, pero gracias a su porte, su "chic" y más que todo su inteligencia, sobresale y subyuga. Refinados son sus gustos en todas cosas; superiores. El modo

(1) Esta sección, *Crónica femenina,* que inauguramos en el presente número, exige un breve comentario. Hemos dicho que nuestro propósito era el de hacer de NOSOTROS un fiel reflejo de la vida espiritual del país, en todas sus manifestaciones. Una de ellas es, ciertamente, la sociabilidad. Por tal razón, a fin de que un eco de ella llegara hasta estas páginas, hemos abierto la encuesta que el lector conoce; con el mismo objeto creamos ahora la presente sección. Una niña gentilísima, la señorita Fanny Pouchan, ha aceptado el delicado cargo de dirigirla. Espíritu cultivado y sutil, tratará en ella con toda libertad de cuanto tiene atingencia con la vida intelectual, moral y — ¿por qué no? — material, de la mujer argentina. Un espécimen de lo que serán tales crónicas es la que aquí publicamos. Cuatro siluetas de jóvenes de nuestra sociedad, dibujadas con fina firmeza, cuatro minuciosos análisis de otras tantas almitas femeninas, hechos con mano a la vez amorosa y cruel. La página es personalísima y digna de ser leída. — *N. de la D.*

que tiene de asimilarse conocimientos demuestra que es siempre *ella,* en cualquier circunstancia. No es término medio. Sus convicciones son inalterables.

Canta con talento, manejando con sentimiento su agraciada voz; y conversa en tono reposado, con frases impecables, siendo sus gestos correctísimos, casi severos... o, mejor dicho, majestuosos. El corazón lo tiene bueno; lo prueban el interés espontáneo que demuestra por cuanto necesita alivio, y las obras a que se dedica, sin "pose", pues no admite que se finja.

Ella dice: "Si algo no gusta ¿por qué violentarse mintiendo? Todas las opiniones son humanas... Debe tenerse el valor de lo que se piensa, y para eso... pensar sólo lo que se puede garantir".

En sociedad es apreciada y no por los necios! Estos se previenen entre ellos, y evitan el peligro. La llaman pedante, orgullosa, pero admiran su elegancia y su buen gusto. Interiormente deploran que no sea accesible para su nulidad.

Se personaliza entre todas porque su valor moral se oculta bajo cierta rudeza que desdeña nimiedades. Sus tendencias no son las de todo el mundo: Sus ideales son muy altos y sus pensamientos dignos del cerebro de un hombre... grande. Lo sabe y no se asusta; es herencia de familia: Su padre, su madre, sus dos hermanos mayores son seres de "élite" intelectual.

Pero, a veces, en momentos de indomable cobardía, quisiera deponer esa lucidez que deprime su voluntad...

Y reacciona, sugestionándose: "Noblesse oblige". Es su medio terapéutico...

* * *

Otra niña conocida tiene el alma más compleja.

Sé, que atraído por su espíritu excepcional, cierto observador se dedica desde hace algún tiempo a ejercer sobre ella su psicología, y tanto concuerdan con sus ideas las de la chica, que pronto unirán sus vidas.

Nelly tiene entusiasmos sostenidos y desalientos pasajeros. Adora a Dios fervientemente, pero la asaltan herejes dudas... que expía, sí, pero que la hacen meditar...

Lo mismo baila que contempla. Es ingenua y consciente. Gusta de los atavíos que embellecen y sabe elegir con seguro sentido artístico lo que más le sienta, ocupándose de los detalles que completan y poetizan a la mujer.

Exalta el valor, las innovaciones y también las virtudes; admira el progreso confiando en el mejoramiento del mundo.

Con lo que tiene goza, porque lo comprende y lo estima. Hallar monotonía en lo que se ve todos los días es tener el alma inquieta y aventurera... y el sutil placer que experimenta ella acariciando con la vista los objetos familiares que la rodean, no es lo mismo! Nelly les presta alma, los embellece... y sueña... Se aisla en sí misma, se retrae del ruído y vive espiritualmente de intenso modo.

Su imaginación camina infatigablemente, recogiendo en la ruta que recorre provechosas nociones. Luego, al examinarlas, las clasifica; las cuida con esmero, les evita toda vecindad peligrosa apartando del conjunto las malezas y las inutilidades. Vela solícita por su tesoro.

Descubre mil encantos a la tradición; le halla el prestigio que le da la pátina del tiempo y ve en ella los recuerdos. Se sitúa en el *tiempo aquel* y remonta su curso, para revivir, paso a paso, sus etapas con fruición.

Nelly, en la tradición ama el pasado, como ama también el presente, y el futuro. Pues, el presente, consciente, lo comprende... ¡feliz ella! El porvenir, el mañana..., lo futuro, — como querráis — eso es enigma, cree...

El estudio, aunque árido, le gusta; su aridez, por las dificultades que presenta, al aplicarse y vencerlas, la recompensan. Modestamente oculta su saber, mostrándolo sólo en confianza a una alma que le parece simpatizar con la suya.

Brilla en las reuniones por su belleza andaluza, sus grandes ojos negros — que obsesionan a más de uno por su extraño poder, — y también, por su silueta a lo Drián, de las que tiene la distinción, la languidez de actitudes y la gracia.

Además, su gentileza es proverbial; se cuida muy bien, ella, de contradecir al conversar con amigos superficiales! Acaso aquello sea consecuencia de esto...

Siempre es, aparentemente, de la última opinión que se ha expresado. La suya la tiene, no cabe duda, mas no se atreve a darla, a explicarla e imponerla si es necesario con argumentos irrefutables. Entonces la juzgan incolora, maleable, cuando es firme, si se la profundiza!

Sensitiva, en su casa, en el ambiente propicio de la intimidad, si no escatima las galas de su espíritu no se muestra, sin embargo,

del todo como es. Según la expresión consagrada, es el hada de su hogar; pero una hada muy humana que conoce las exigencias materiales de la existencia y que asume gustosa la responsabilidad de dirigirlo. Su lema es hacerlo cada vez más atrayente, agradando a los que trasponen su umbral. Y, sana de mente, los cuidados a él debidos que solícita le prodiga y que Alina dice prosaicos, le parecen a ella muy gloriosos.

Con esa constante dedicación doméstica, con mucho corazón y femenilidad, quiere tácitamente hacerse perdonar el tener cerebro... Sus amigas son más simples, piensa. Pasan por la vida, sencilla, felizmente (o lo aparentan) y ella... Sus ímpetus, su saber, sus preocupaciones, sus tendencias analíticas, no son las mismas...

Sobresaltada, a veces se sorprende ocupada en dilemas, vedados para mentes femeninas. Cree que eso no es lícito... que su nivel moral no debe elevarse más que el de sus compañeras. De ahí una continua lucha entre el corazón y su conciencia. La divergencia será eterna, si no la tranquiliza su prometido, el psicólogo.

* * *

Alina Rivas es distinta. Los sabios arreglos embellecen su físico ya agraciado, y digamos que representa la *Moda,* y la representa bien.

Puede contar con sus frescos colores, sus cabellos "auburn" —¿algo de química?— y sus lindos ojos pardos. Sólo que no tiene los atractivos de un espíritu cultivado y selecto.

*Joven casadera,* podría ser su letrero, pues se dedica a buscar novio, y a gozar de paso, luciendo su persona.

¿Que algo es caro? ¡No importa! Especula, esperando ganar. Su triunfo sería hallar un muchacho, cuyas dotes intelectuales poco la preocupan, se lo confiesa a sí misma.

Que tenga nombre y posición. El título viene bien, pero el dinero mejor...

Así podría continuar esa existencia de diversión que necesita. Como no tiene ocupación definida, ni tendencias o aspiraciones que puedan crearle alguna, ella se fastidia fácilmente.

La posición desahogada de que goza le permite satisfacer sus caprichos. Si conociese el deleite que produce esperar y la satisfacción de conseguir lo que parecía imposible o lejano!

El infinito campo que posee la imaginación del que lo sabe, ella ni lo presiente. La dicha de elevarse, evadiéndose de las mezquinas luchas diarias, de las a veces crueles e injustas convenciones sociales, de mejorar su alma misma y darle preferencia sobre el cuerpo, no la sabe.

¿Podría Alina substraerse a la influencia de la frívola y también degradante existencia que vive, porque sí, no teniendo ni siquiera la intuición de que es posible?

Su familia... ¡qué familia! de la cual el padre trabajó siempre como un reo y ha quedado primitivo como el día en que nació.... La mamá, buena señora, pero madre imprevisora, ahorra disgustos a su hija. Para eso vive, con esa constante preocupación y con la de que su Alina triunfe en torneos de elegancia y atrape al príncipe de sus sueños.

Alentada por ellos, la heredera de tales *racionales* aprende a moverse en la algazara de las fiestas y en la duplicidad del mundo.

Hábilmente se exonera de las responsabilidades que los seres escrupulosos se reconocen... Y miente, aunque el catecismo le diga que es pecado, — ya la perdonará el padre Juan! — convencida de que para tener éxito en el mundo hay que ser farsante.

Está en todos los cortejos, los tes, los beneficios... Es el número inamovible que descompondría con su ausencia el bello e inútil conjunto.

En lo del tío. Un invitado:

— Alina, toque el piano ¿quiere?

— Si yo no sé... — contesta con voz forzada. Y después accede, gustosa y agradecida de que se lo pidan. Le parece que se luce, aunque Bob, que es mediocre apreciador, diga bajito: *¡Esto sí que es música mecánica!*

— ¿Leíste el último libro de Nordau, Alina?

— No, ¡qué horror imponerse eso! Y además, no tengo tiempo. Las visitas... sabés, las fiestas, la modista... y el piano cuando viene el profesor. Lo único que me trago es la vida social.

.....

* * *

Quedar bajo una impresión molesta y darles gusto a los pesimistas que afirman que Alinas son todas las muchachas de ahora, no. Ocupémonos de Fifi.

Supo aprovechar sus aptitudes, pero ha sido inteligentemente dirigida, es cierto. Su *yo* está en contínua evolución... Es nuestra amable contemporánea, la que se impone sola, por sus méritos. Ha leído mucho y comprendido tal vez demasiado; cuanto ve u oye archiva en su dócil memoria... En su oportunidad le será provechoso... Del tumulto de impresiones que recibe, su razón entresaca las que debe y le convienen. Aplaude o condena. Tolerar le cuesta; si lo hace, es por imposición de su voluntad.

Su saber no parece pesado ni austero porque lo usa discretamente y a más de corregirlo con las simpáticas inflexiones de su voz, concuerda con su expresivo semblante.

Por lo que más se caracteriza Fifi es por el modo correcto e insinuante a la vez que tiene de hablar el italiano, a más de su reconocido talento de violinista.

Son ésas armas mortíferas, porque a ellas no resisten los corazones, por blindados que se digan.

Con mucha dulzura usa el idioma de Dante; pone tanta expresión en él, sus sílabas evocan detalles de bellezas y armonías insospechadas con tanta precisión que ya es magia... Y marea, contrastando con las sonoridades a que se está habituado.

Su otro don, el de la música, el mismo al fin, — porque ella pone música en las palabras, — es algo divino que hace mal aunque encanta.

Cuando se han oído las notas que ella hace exhalar al instrumento, se sabe que su alma vibra. Gime... o ríe..., abruma o aligera... El instrumento rinde lo que siente... Concluye "dolce", "piano" y resucita leve, crece y se torna vehemente, enervando las facultades emotivas. Es un veneno lento, que para algunos se hace indispensable.

Fifi tiene conciencia: cumple siempre su deber.

Es libre-pensadora...

FANNY POUCHAN.

---

# NOTAS Y COMENTARIOS

**Una obra de transcendencia: Antología Argentina.**

En la sesión del 26 de Diciembre próximo pasado, el directorio de la Sociedad Cooperativa Limitada NOSOTROS, aceptó la propuesta de la casa editora Mendesky y Cía., de formar una antología literaria de prosistas y poetas argentinos, en dos volúmenes.

Esta obra está sin duda destinada a tener resonancia, dentro y fuera del país, por cuanto se trata de una antología ideada sobre un vasto plan, como hasta ahora no contamos con otra similar. El criterio único que en ella presidirá las tareas de la comisión designada para formarla, es el de la belleza literaria de los trabajos seleccionados. Ni las consideraciones cronológicas, ni razones de veneración o de respeto valdrán a modificar dicho criterio. La antología comprenderá a los escritores fallecidos y a los vivientes, y la compondrán dos volúmenes, uno destinado a los prosistas y otro a los poetas. El nombre de cada escritor en ella incluído irá acompañado de una breve noticia biográfico-crítica y de la bibliografía pertinente. Se titulará: *Antología Argentina.* La casa Mendesky correrá con su impresión, que se efectuará en París o en Barcelona, y asimismo con la venta. Una buena parte del producto de las utilidades será destinada al sostenimiento de la revista NOSOTROS.

La comisión encargada de seleccionar los trabajos ha quedado constituída del modo siguiente:

*Presidente.* — Dr. Rafael Obligado.
*Vocal.* — Dr. Manuel Gálvez (hijo).
" — Dr. Roberto F. Giusti.
" — Sr. Juan Mas y Pi.
" — Sr. Alvaro Melián Lafinur.

Esta comisión ya ha puesto manos a la obra, y piensa entregar los materiales completos a mediados del presente año. La comisión hace presente al público que aceptará gustosa todas las informaciones e indicaciones que quieran dirigírsele, a fin de proceder en su labor con la mayor suma de datos posible, y de realizar, por tanto, una obra que sea el digno reflejo, libre de pasión y partidismo, de cuanto el espíritu argentino ha hecho en pro de la belleza literaria, durante la primer centuria de nuestra existencia como nación.

Creemos de estricta justicia dejar aquí constancia de que todo el mérito de la bella iniciativa corresponde al ilustre poeta Rafael Obligado, en cuyo corazón los años antes han dado más viveza que no apagado, al amor del arte, hermanado con el de la patria.

**Juan Salvador Boucau.**

Ha muerto un hombre bueno, a quien sin duda lloran a estas horas todos los que de las cosas del espíritu se ocupan. Don Salvador Boucau no fué un literato ni un artista militante, pero su nombre estuvo siempre vinculado al desenvolvimiento de las letras y el arte en nuestro país, porque ellas en todo tiempo tuvieron en él un amante entusiasta y un protector decidido.

No nos incumbe hablar del hacendado progresista, del cultísimo hombre de mundo, del *sportman* otrora famoso. Unánimemente lo ha hecho la prensa diaria, recordando a aquel noble criollo de buena cepa, que del antiguo espíritu criollo tuvo todas las virtudes: la expansividad, la alegría, la firmeza, la lealtad, el desinterés, la generosidad llevada hasta la prodigalidad.

Digamos nosotros del amigo y del protector de la gente de letras y de arte, aquel diletante sincero que no permaneció ajeno a ninguna manifestación intelectual, y a cuyas puertas no golpearon en vano quienes se llegaron hasta ellas en busca de consejo o de ayuda.

Fué un pequeño Mecenas para algunos, y si más hubiese podido hacer, más hubiera hecho, porque su generosidad iba hasta donde llegaba su entusiasmo, nunca débil cuando justificado.

Pocos años atrás, a fines de 1908, un grupo de jóvenes de buena voluntad — literatos, periodistas, aficionados, — se reunía todos los domingos en un popular restaurant, en cordiales comidas en

que se hacía derroche de buen humor, de vino y de discursos. Se designó esas comidas humorísticamente con el nombre de *almorzáculo* y se las puso bajo la enseña de NOSOTROS, bandera juvenil simpática a todos. Desfilaron por allí Sánchez, Carriego, — dos que también se han ido para siempre, — Banchs, Soussens, Bianchi, Mas y Pí, Arrieta, Soiza Reilly, Giusti, Del Mazo, Ravignani, Melián Lafinur, Ferraroti, Costa Rubert, Mertens... — ¿quién los recuerda a todos? Allí se festejó la partida de Soiza Reilly para Europa, el triunfo de *Misas herejes,* el éxito de *Ideaciones*... Centro de toda esa muchachada fué siempre "don Salvador", como cariñosamente le llamábamos. Hombre de mundo, no vacilaba en mezclarse con esa sana bohemia, buscando en medio de ella el calor juvenil de que tan sediento anduvo siempre su corazón.

Hemos querido recordarlo en esta hora dolorosa. ¿Cuántos somos los que lamentan su partida sin regreso? Todos ¿verdad? todos los que fuimos del *almorzáculo,* todos los que le conocimos, todos los que oyeron hablar de don Salvador, porque sobre él no pudieron oir sino palabras de elogio y de afecto...

**Los nuevos precios de subscripción.**

La Administración de esta revista ha pasado a todos los señores subscriptores la circular siguiente:

Muy señor mío:

El Directorio de la Sociedad Cooperativa Limitada NOSOTROS, creado para sostener esta revista, en su sesión del 26 de Diciembre próximo pasado, después de madura y larga discusión, en la que se consideraron atentamente el pro y el contra de la medida propuesta, resolvió aumentar el precio de subscripción. Decidiólo a ello la convicción arraigada en todos sus miembros, de que es materialmente imposible, si se tiene en cuenta el costo de los trabajos de impresión en este país, sostener la revista en las actuales condiciones.

Los nuevos precios son los siguientes: cuatro pesos por trimestre; ocho por semestre; quince por año. El número suelto valdrá en adelante un peso y cincuenta centavos. Es un pequeño aumento que responde al alza que han sufrido en los últimos años todos los elementos de la vida material y cultural, y a la cual no ha podido mantenerse ajeno el periodismo.

Fundada, no a objeto, de lucro, que sería ingenuo suponerlo, sino a fin de incorporar al periodismo argentino una revista definitiva de alta cultura, destinada a ser el eco de la ya compleja vida espiritual de la república, NOSOTROS ha debido imponerse dicha medida, como cuestión de vida o muerte. No dudamos que, vistas las simpatías con que usted nos ha acompañado hasta ahora, contribuyendo a una obra desinteresada como pocas, se dignará aceptar la referida resolución del Directorio, sólo inspirada en el propósito de poner a salvo la revista de todo ulterior contratiempo económico, perjudicial para su buena marcha.

La administración cuidará escrupulosamente de respetar los compromisos con usted contraídos, hasta su caducidad.

Saluda a usted atentamente,

*José Blanco Caprile,*
**Administrador.**

**Nuestros dibujantes.**

Los lectores de NOSOTROS conocen las finas caricaturas de hombres de letras y artistas aparecidas en estas páginas desde la iniciación de la nueva serie. Creemos cumplir con un deber al presentarles a los jóvenes dibujantes que las firman, en quienes los conocedores habrán sin duda advertido dos hermosas esperanzas para el arte nacional.

*Ríos* — Juan Emilio Benítez — es argentino y cuenta apenas 19 años. Se ha formado solo. Ha colaborado con diversos pseudónimos en *Ultima Hora, El Nacional* y otros diarios y revistas, y tiene la intención de publicar en NOSOTROS toda una serie de los más conocidos escritores del país.

En una reciente carta nos relata una anécdota de su niñez, que, por ser significativa de su afición al dibujo, reproducimos:

"En cierta ocasión en que estábamos en clase, la profesora me corrigió un dibujo. Me desagradó la cosa, porque el dibujo estaba hecho perfectamente, como mis compañeros y luego el director lo atestiguaron, y se me ocurrió una idea: dibujar al reverso la caricatura de la maestra. Esta, al venir para ver si yo había corregido el dibujo, se encontró con que estaba igual. Llena de cólera quiso echarme de la clase, pero yo le dije que no había motivo, pues lo había hecho en el reverso. Dió vuelta el papel, se encontró con la caricatura, y lejos de disgustarse me felicitó, la hizo poner en un cuadro y creo que aun la conserva.

"Está demás decir que pasé de grado".

*Cancalón* — Juan Carlos Huergo — también es muy joven. Nació en París, de padres argentinos, en 1889. Vino a la República a los dos años y medio de edad y más tarde tomó carta de ciudadanía. Estudió en la Academia pintura y escultura; pero ha llevado una vida raramente accidentada. Habiendo vuelto a París en 1910, con la esperanza de iniciar allá su carrera de caricaturista, como se lo prometía de sus méritos y de la protección de personas influyentes en el periodismo y en el arte que lo estimaban, se vió obligado a huir precipitadamente de Francia, al enterarse de que su nombre figuraba en la lista de los infractores al enrolamiento, malgrado su ciudadanía argentina. Se embarcó en el primer vapor que salía de Marsella y tuvo que seguir el derrotero de la India. En Bombay se empleó en una fuerte casa de porcelanas, con el encargo de decorar tazas, platos, teteras, etc., "en las que tuve que representar en diversas formas — nos escribe — a las divinidades Khiva, Vichnou y multitud de dragones y figuras alegóricas, imitando el antiguo arte indio". Con este trabajo se hizo de los fondos necesarios para volver a Europa, y llegado a Roma, se apersonó al ministro argentino de entonces, doctor Roque Sáenz Peña, quien le facilitó el pasaje de regreso para Buenos Aires.

Ahora se dedica a continuar sus estudios de escultura, arte por el cual siente un vivísimo amor y en el que, a juicio de los entendidos, no tardará en hacer carrera. También se ejercita en la caricatura: en NOSOTROS presentará al público una serie de nuestros mejores pintores, escultores y músicos.

**Viajeros.**

Ha regresado de Europa, adonde fué como secretario de la embajada extraordinaria enviada por nuestro gobierno a España con motivo del centenario de las Cortes de Cádiz, el conocido literato doctor David Peña, director de la revista *Atlántida.*

Va nuestro saludo de bienvenida para el distinguido intelectual y colega.

— Partió en cambio para allá a fines del mes pasado, don Enrique García Velloso, el aplaudido dramaturgo a quien debe el teatro nacional buena parte de sus progresos. Va en misión periodística, enviado por nuestro colega *La Nación,* y lleva también la representación de *Caras y Caretas.*

Estará de vuelta a mediados de este año.

**El concurso de "La Prensa".**

Ha sido acogido con simpatía el concurso literario organizado por nuestro colega *La Prensa,* que concluyó con la inserción de los cuentos premiados en el número extraordinario de año nuevo.

Los cuentos premiados han sido: con el primer premio, *Bucles de oro,* de Eloy Fariña Núñez; con el segundo, *¡Maldito hombre rubio!* por Eduardo P. Braña; con el tercero, *El Gavilán,* por Samuel Máximo Risso Patrón.

Nos felicitamos de que un colaborador de NOSOTROS y miembro del directorio de la sociedad, el talentoso hombre de letras señor Eloy Fariña Núñez, haya conquistado el primer puesto con su narración tan galanamente escrita como intensamente sentida.

**"Poesías", de Evaristo Carriego.**

Con este título aparecerá, en Abril próximo, la obra poética que nos legara, como exponente de su alma sentimental, aquel noble espíritu que se llamó Evaristo Carriego.

En un tomo voluminoso han compilado sus amigos de siempre, Marcelo del Mazo y Juan Mas y Pi, las poesías que permanecían inéditas, las que el azar esparció por docenas de revistas y periódicos y muchas que avaramente conservaban amigos íntimos. Se agregará, además, para dar carácter definitivo al volumen, la obra *Misas herejes,* de cuya primera edición quedan muy pocos ejemplares.

La edición de las "Poesías" se hace en España, a cargo de importante casa editorial, que asegura su difusión por todo el continente.

El costo de la edición ha sido sufragagdo por donativos de los amigos del poeta, quienes le rinden así su último homenaje. Del producto de la edición dispondrá la familia, honrando con él su memoria en la forma que se juzgue más conveniente.

**A nuestros colaboradores poéticos.**

Los señores que envían a NOSOTROS colaboraciones poéticas se servirán disculparnos de la demora que sufren sus colaboraciones, antes de ver la luz. Por ser las que más afluyen, y siendo

conveniente publicarlas con mucha parquedad, dicha demora es perfectamente natural.

En los próximos números iremos dando a la publicidad las composiciones recibidas de los siguientes señores: Juan Aymerich, Ernesto Mario Barreda, Antonio Burich, Belisario Hernández, Armando Ibarlucia, Fernando Lemmerich Muñoz, Arturo Marasso Rocca, Edmundo Montagne, Jorge Morcillo, Pedro Miguel Obligado, M. Rojas Silveyra, Carlos Schaefer Gallo, Francisco Soto y Calvo, Carlos Sanguinetti.

**Una opinión sobre Mauricio Maeterlinck.**

Dumont-Wilden, en un interesante estudio que sobre Mauricio Maeterlinck publica en *La Nouvelle Revue Française* de Septiembre último, dice entre otras cosas:

"Puede compararse a Maeterlinck con Bernardino de Saint-Pierre, como pueden compararse también estos tiempos a aquellos en que vivió Saint-Pierre. Los dos han inventado una especie de religión cómoda, para uso de los que no la tengan. Descubriendo en las ciencias naturales el ideal de que nuestro tiempo experimenta el deseo, han sacado de él razones para creer, esperar y moralizar.

La originalidad de Maeterlinck consiste, sobre todo, en haber dado a las ideas especulativas una forma sentimental, adaptándolas al temperamento de la burguesía belga, la más positiva del mundo. Al teatro ha llevado una fórmula inédita y singular que ha tenido gran éxito.

Su obra ha llegado en un momento oportuno, después de un período de vulgar positivismo y de naturalismo grosero. Pero su acento juvenil y generoso de un principio se agotó de pronto. Su filosofía, es una filosofía sin lágrimas, que se limita a hacer compatibles los problemas trágicos que desarrolla con el sonriente estoicismo a que quiere atenerse. El sabio, para él, es el hombre feliz. El secreto de la felicidad consiste en "no mirar hacia el lado de las lágrimas, sino hacia el de las sonrisas."

Es ésta una filosofía simplicista que solamente ha podido tener éxito en una época de dolorosa incertidumbre. Es, como Bernardino de Saint-Pierre, un buen consejero. Todo su éxito consiste en esto. Ofrece a sus contemporáneos una filosofía; a lo menos a los que quieren darse el lujo de poseerla. Su obra vivirá acaso en la historia de las ideas como una exacta representación del ideal barato actual."

**Ateneo Hispano Americano.**

La primera etapa de esta nueva institución ha sido vencida con gallardía. El 31 de diciembre se clausuró la serie de conferencias de su primer año, suspendiéndose todo trabajo durante los meses de enero y febrero, verdadera "saison morte" para el trabajo intelectual bonaerense.

Durante este período de descanso el Ateneo se ocupará de su definitiva organización económica y de su instalación, probablemente en un local más amplio del que hoy ocupa.

En sus tres primeros meses de vida han dado notables conferencias en el Ateneo los doctores Zeballos, Malagarriga, Achaval, Más y Pí, Calzada, Carranza, Lehmann Nistche, Remolar, Barradas, Keiper, Hansen, Bravo y otros muchos, que han dado a Buenos Aires la conciencia de una intelectualidad que muchos se empeñaban en desconocer.

Para el próximo curso se anuncia una larga e interesante série de conferencias.

**Renacimiento.**

Como lo anunciamos en nuestro número de noviembre, ha reaparecido el 1.° del corriente esta simpática revista que dirige desde hace tres años nuestro infatigable colega señor Florencio César González. En el sumario del ejemplar repartido encontramos, entre otras, las firmas de Juan Más y Pí, Francisco Soto y Calvo, Carlos A. Villanueva, Pedro Miguel Obligado, etc. Su director suscribe una sección permanente, en francés, que con el título "Vie Argentine" tratará de cuanto se refiere a ella en el orden político, económico, administrativo, judicial, escolar, municipal, de beneficencia, etc.

Deseamos que esta nueva época constituya un verdadero *renacimiento* para la revista hermana.

NOSOTROS.

---